

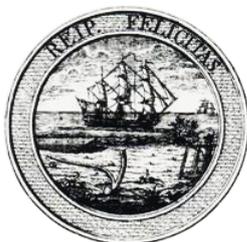
5
2024

ANEJOS CUADERNOS

DE ILUSTRACIÓN Y ROMANTICISMO
REVISTA DIGITAL DEL GRUPO DE ESTUDIOS DEL SIGLO XVIII

Los bandos de Sevilla. Novela inédita
de José Miguel Hué y Camacho (1803-1841):
estudio, edición y notas

Javier MUÑOZ DE MORALES GALIANA
(Universiteit Gent)



 UCA | Universidad
de Cádiz

Editorial  UCA
REVISTAS | Universidad de Cádiz



Anejos de Cuadernos de Ilustración y Romanticismo, 5

ISSN: 2173-0687

DOI: https://doi.org/10.25267/Cuad_Ilus_romant.2024.v5

*Los bandos de Sevilla. Novela inédita
de José Miguel Hué y Camacho (1803-1841):
estudio, edición y notas*

Javier Muñoz de Morales Galiana

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4988-9280>

Este libro ha sido sometido a evaluación por pares en sistema de doble ciego

Diseño gráfico y maquetación: Carlos Cruz González

CC BY-NC-ND

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz

Cádiz: 2024

Este libro es uno de los resultados del proyecto «Idea de Andalucía e idea de España en los siglos XVIII-XIX. De la prensa crítica al artículo de costumbres» (PID2019-110208GB-I00/AEI/10.13039/501100011033).

RESUMEN: El escritor jerezano José Miguel Hué y Camacho (1803-1841) fue un prolífico novelista de la época romántica que llegó a componer unas trece novelas originales, aunque la mayor parte de su producción aún permanece inédita. El presente trabajo se propone estudiar y editar la inédita novela de *Los bandos de Sevilla*, perteneciente a la colección de las *Crónicas sevillanas*. Para ello nos hemos servido del único testimonio conocido de la obra, el manuscrito M/219 de la Biblioteca Central de Jerez, que fue donado a ese centro en 2014 por el tataranietao del escritor. En el estudio introductorio hemos destacado los valores literarios de la obra y esclarecido el trasfondo ideológico de esta misma. Las notas que hemos introducido esclarecen expresiones, acontecimientos históricos aludidos y ayudan también a la comprensión del texto, a cuyo único manuscrito le faltan algunos fragmentos que hemos intentado compensar con aclaraciones.

PALABRAS CLAVE: novela inédita, Romanticismo, novela histórica, Hué y Camacho, Sevilla .

LOS BANDOS DE SEVILLA. UNPUBLISHED NOVEL BY JOSÉ MIGUEL HUÉ Y CAMACHO (1803-1841): STUDY, EDITION, AND NOTES

ABSTRACT: The writer from Jerez José Miguel Hué y Camacho (1803-1841) was a prolific novelist of the Romantic period who composed around thirteen original novels, although most of his work remains unpublished. The present work aims to study and edit the unpublished novel *Los bandos de Sevilla* from the collection *Crónicas sevillanas*. For this purpose, we have used the only known testimony of the work, the manuscript M/219 of the Central Library of Jerez, which was donated to that center in 2014 by the writer's great-great-grandson. In the introductory study, we have highlighted the literary values of the work and clarified its ideological back-ground. The footnotes we have introduced elucidate expressions, historical events alluded to, and also aid in the understanding of the text, whose sole manuscript is missing some fragments that we have attempted to compensate for with clarifications.

KEYWORDS: unpublished novel, Romanticism, historical novel, Hué y Camacho, Seville.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
José Miguel Hué y Camacho (1803-1841) y su producción novelesca inédita	7
Las <i>Crónicas sevillanas</i> y <i>Los bandos de Sevilla</i> : el manuscrito M/219	8
Argumento de la novela	10
El localismo sevillano frente al nacionalismo español	11
Ficción y realidad: el trasfondo histórico	12
El trasfondo político antibelicista	19
La prostitución como consecuencia de la guerra	24
Esta edición	26
Bibliografía	26
CRÓNICAS SEVILLANAS. LOS BANDOS DE SEVILLA	31
TOMO 2º	31
Capítulo 1º. La jura en Ávila	31
Capítulo 2º. Juana Sandoval	37
Capítulo 3º. El alzamiento	41
Capítulo 4º. La carta de Jaime	46
Capítulo 5º. Matilde	50
Capítulo 6º. El nuevo proyecto	55
Capítulo 7º. La boda	60
Capítulo 8º. Esteban de Villacreces	64
Capítulo 9º. El agravio	69
Capítulo 10º. La posada de Utrera	74
Capítulo 11º. El padre y el hijo	79
Capítulo 12º. La iglesia de San Marcos	87
Capítulo 13º. El mal caballero	93
TOMO 3º	97
Capítulo 17º. La riña	98

INTRODUCCIÓN

JOSÉ MIGUEL HUÉ Y CAMACHO (1803-1841) Y SU PRODUCCIÓN NOVELESCA INÉDITA

Hasta hace relativamente poco, el nombre de José Miguel Hué y Camacho había pasado desapercibido a la crítica especializada como un escritor romántico de no demasiada relevancia. Destacaba, sobre todo, por ser el autor de la colección de relatos titulada *Leyendas y novelas jerezanas*, estudiadas por Cantos Casenave (1999). En ese mismo artículo se especificaba que parte de su producción novelesca, como *El hombre de Tempul*, permanecía inédita (Cantos Casenave, 1999: 53).

Estudios recientes, en cambio, abren nuevos caminos a la recuperación de José Miguel Hué y Camacho como novelista. El trabajo de Gómez Martín y López Romero (2019) revela cómo el tataranietao del escritor, Alfonso Hué García, donó a la Biblioteca Central de Jerez una cantidad considerable de legajos en los que podemos acceder a buena parte de su producción narrativa inédita (Gómez Martín y López Romero, 2019: 269). A esto se le suma la edición en 2023 de su novela, también inédita hasta entonces, *El ferí de Benastepar* (Hué y Camacho, 2023), de cuyo manuscrito había sido en este caso depositario Estébanez Calderón (Muñoz de Morales Galiana y Muñoz Sempere, 2023: 1).

Gracias a toda esta nueva bibliografía, sabemos igualmente que Hué y Camacho consiguió publicar un relato breve, «El castillo de Benadalid» (1839), en el periódico *El Guadalborce* con el seudónimo de «el Andaluz» (Muñoz de Morales Galiana y Muñoz Sempere, 2023: 4; *ibidem* las siguientes citas). De manera póstuma vio igualmente la luz la novela *La hija de Abenabó* (1842) (7), pero sigue siendo muy amplia su producción narrativa inédita frente a lo que sí consiguió publicar y a pesar incluso de la reciente edición de *El ferí*. En concreto, hay siete obras entre los legajos de la Biblioteca Central de Jerez que aún no han sido publicadas. Dos de ellas pertenecen a la colección *Las noches de Benaoján*, junto con las ya editadas de *El ferí de Benastepar* y «El castillo de Benadalid», y son la novela corta *El alfaquí* y el cuento titulado «La venta» (3-4). A esto se le suman los cinco volúmenes novelescos que conforman sus *Crónicas sevillanas*, que en el orden asignado por el mismo autor son los que siguen: *Alejo y Guiomar*, *Los bandos de Sevilla*, *El conde de Niebla*, *Los negros* y *La peste de Sevilla* (6). De igual manera, quedaría también *El hombre de Tempul*, obra que originalmente iba a formar parte de *Las noches de Benaoján* para finalmente incorporarse a las *Leyendas y novelas jerezanas*, aunque no llegó a ver la luz en el correspondiente volumen publicado (4-5).

La edición primeriza de estas siete obras permitiría restaurar la totalidad del corpus narrativo confeccionado por Hué y Camacho, a excepción de la novela titulada *La tala de Guadalevín*, tercera de *Las noches de Benaoján*, cuyo manuscrito está actualmente perdido (5). La recuperación de este escritor jerezano, que aún requeriría de mucho trabajo filológico, es una tarea de notable interés no ya solo como curiosidad histórica o cultural, sino también por su interés literario. Ya en el primer trabajo sobre las *Leyendas y novelas jerezanas* se destacó su capacidad para construir «magistralmente» un texto literario basado en la historia (Cantos Casenave, 1999: 59). De igual manera, *El ferí de Benastepar* ha demostrado ser una obra que presenta «una serie de interesantes ambigüedades frente al relato histórico oficial que poco a poco iría asentándose» que constituyen perspectivas «alternativas a lo habitual en el liberalismo romántico de la España decimonónica» (Muñoz de Morales Galiana y Muñoz Sempere, 2023: 35).

Si tenemos en cuenta que Hué y Camacho compuso un total de trece novelas,¹ podemos reconocer que fue un autor relativamente prolífico para sus escasos treinta y ocho años de vida. Un corpus tan amplio podría llevarnos a pensar que no siempre mantuvo la misma calidad demostrada en *El ferí*, pero, para poder establecer juicios valorativos, es necesario que puedan ver la luz sus obras inéditas a fin de que la crítica literaria pueda establecer las correspondientes jerarquizaciones.

LAS CRÓNICAS SEVILLANAS Y LOS BANDOS DE SEVILLA: EL MANUSCRITO M/219

Como hemos visto, y con la salvedad de *La hija de Abenabó*, Hué y Camacho agrupó todas sus novelas en tres colecciones: las *Leyendas y novelas jerezanas*, sobre las que vio la luz un libro que compilaba tres de las cuatro obras; *Las noches de Benaoján*, de las que se publicó en su momento «El castillo de Benadalid» y más recientemente *El ferí de Benastepar*; y, finalmente, las cinco novelas que forman las *Crónicas sevillanas*. El carácter íntegramente inédito de esta última colección, sumado a la inexistencia de estudios que por el momento se han elaborado al respecto, han motivado que para este trabajo decidamos editar una novela perteneciente a las *Crónicas*. Como su nombre indica, son un conjunto de cinco narraciones ambientadas en Sevilla. Todas ellas tratan sobre algún asunto histórico, y el orden asignado por el mismo Hué y Camacho responde a una cronología interna. El primero de los textos, *Alejo y Guiomar*, trata sobre el reinado de Alfonso X el Sabio,² mientras que el último, *La peste de Sevilla*, se ambienta en el año 1649, a juzgar por lo que se indica en la misma portada.³

A pesar de que estén distribuidas de manera diacrónica, las obras no responden a una continuidad directa, ni los acontecimientos o personajes acaecidos en cada una de ellas repercuten directamente en las demás. En conjunto ofrecen una visión muy amplia de Sevilla a lo largo de cuatro siglos, lo que permite observar la evolución de esa urbe tras sucesivos cambios sociales y de gobierno. Ello no impide que cada uno de esos textos pueda leerse de manera separada del resto, ya que están compuestos de modo que cada uno se presta a una lectura independiente en tanto que ninguna información ofrecida en cada volumen es imprescindible para entender los acontecimientos de los siguientes.

De ahí que hayamos juzgado viable la edición de *Los bandos de Sevilla* pese a ser la segunda de la serie. Hay otro motivo, además, que justifica la publicación en primer lugar de esta novela. Nos referimos, sobre todo, al estado del único manuscrito que actualmente se conserva del texto. Para profundizar en esta cuestión, es necesario aclarar que no todos los legajos inéditos de Hué y Camacho son iguales en cuanto a limpieza y legibilidad. A un lado tenemos los borradores primeros, repletos de tachones y con una grafía no muy cuidada, cuya lectura entraña una notable dificultad y una ardua labor paleográfica. Por otro lado, están las copias realizadas por su descendiente Miguel Hué de la Barrera en torno a 1895 (Gómez Martín y López Romero, 2019: 270-271), de escaso interés filológico por ser posteriores a la muerte del novelista.⁴ Finalmente localizamos también una tercera clase

¹ Damos esa cifra teniendo en cuenta la perdida *La tala de Guadalevín*, y excluyendo también los relatos breves «El castillo de Benadalid» y «La venta». Las trece novelas mencionadas serían, por tanto, las siguientes: las tres publicadas como *Leyendas y novelas jerezanas* —*El pendón*, *Los gitanos y El cristiano y la mora*—, *El hombre de Tempul*, *La hija de Abenabó*, *El ferí de Benastepar*, *El alfaquí*, *La tala de Guadalevín*, *Alejo y Guiomar*, *Los bandos de Sevilla*, *El conde de Niebla*, *Los negros* y *La peste de Sevilla*.

² Legajo M/218 de la Biblioteca Central de Jerez.

³ Legajo M/220 de la Biblioteca Central de Jerez.

⁴ Sirva de ejemplo el caso de *Alejo y Guiomar*. En el ya mencionado legajo M/218 encontramos tanto el original de Hué y Camacho como la copia de Hué de la Barrera. Esta última no es realmente una transcripción íntegra, sino que a partir de cierto punto se convierte en una versión extractada y resumida.

de manuscritos, en los que podemos situar, por ejemplo, el que se usó como base para la reciente edición de *El ferí de Benastepar*. Este último es un autógrafo «pulcramente escrito y encuadernado, tal vez una versión previa a su traslado a la imprenta o incluso pensada para su circulación manuscrita» (Muñoz de Morales Galiana y Muñoz Sempere, 2023: 1).

El ferí de Benastepar, por tanto, fue una obra con la que el autor al parecer pretendió una difusión mayor, prueba de lo cual es el manuscrito final tan pulido. Lo mismo podría afirmarse de las dos únicas copias de novelas suyas que hasta el momento se conservan con idéntica grafía, limpieza y pulcritud. La primera de estas corresponde a *El hombre de Tempul*, de las *Leyendas y novelas jerezanas*. Se encuentra en el legajo M/214 de la Biblioteca Central de Jerez, junto al borrador original y una copia llevada a cabo por su descendiente, Miguel Hué de la Barrera. La segunda, en cambio, es de *Los bandos de Sevilla*, lo que convierte a esta última obra en la única de las *Crónicas sevillanas* que se conserva en un autógrafo tan cuidado, limpio y legible. La transcripción del texto, por tanto, supone una evidente facilidad con respecto a las otras obras incluidas en esa misma colección.

Esto no impide que, por otra parte, *Los bandos de Sevilla* haya tenido otros problemas de conservación. El manuscrito pulcro al que nos referimos es el único testimonio de la obra que se ha conservado, ya que no tenemos noticia de qué fue del borrador original. El autógrafo conservado puede encontrarse con la signatura M/219 de la Biblioteca Central de Jerez y, según vemos en su catálogo, presuntamente es una copia realizada por Miguel Hué de la Barrera (Gómez Martín y López Romero, 2019: 271). Sabemos que este último dato es inexacto en tanto que la grafía no se corresponde con las de las otras réplicas llevadas a cabo por el descendiente, y sí con la del manuscrito de *El ferí de Benastepar* del que fue depositario Estébanez Calderón, que se encuentra en la BNE en tres tomos con signaturas MSS/2173, MSS/2174 y MSS/2175. Si tenemos en cuenta que el Solitario falleció en 1867, no resulta verosímil que Hué de la Barrera le hiciera llegar una copia suya de *El ferí*, sobre todo teniendo en cuenta que esas copias las realizó en torno a 1895. Por tanto, podemos concluir que el manuscrito conservado en el legajo M/219 fue copiado por el propio Hué y Camacho, aunque a partir de un borrador previo y mucho menos limpio que actualmente se encontraría perdido.

La desaparición de este último está muy relacionada con una de las características apreciables en el testimonio conservado. En algunas ocasiones encontramos huecos que a veces ocupan el espacio equivalente a una palabra, pero en otras responden a páginas enteras. Si el mismo escritor confeccionó su segundo autógrafo a partir del primero, al parecer debió tener algunas dificultades al efectuar la copia en cuestión. La explicación más plausible a esto es que el borrador inicial hubiera quedado tan deteriorado en el momento de la transcripción que algunos fragmentos estaban totalmente ilegibles, de ahí que dejara esos huecos, probablemente para rellenarlos más adelante con palabras nuevas.

Es muy posible que algo parecido hubiera ocurrido con *El ferí de Benastepar*. El borrador original de esta obra no está completo, sino que le faltan uno o varios cuadernos, los cuales debía abarcar desde el capítulo 20 hasta el 40 (Muñoz de Morales Galiana y Muñoz Sempere, 2023: 6). Por tanto, el único testimonio que reunía la obra entera antes de su reciente publicación era el manuscrito ubicado en el fondo de Estébanez Calderón. Y, dado que al primer testimonio le faltaba una parte tan amplia, es probable que el autor igualmente hubiera dejado páginas en blanco en su nuevo manuscrito para componerlas de cero y de un modo coherente.

A partir de estos supuestos, podemos trazar aproximadamente cuál pudo ser el destino del texto correspondiente a *Los bandos de Sevilla*. El autor compuso la novela terminada en un autógrafo original y hoy perdido, al que nos referiremos como [O]. Posteriormente,

el cuaderno correspondiente se deterioró de modo que algunos pasajes quedaron ilegibles. Hué y Camacho debió copiar todo lo que sí se conservaba bien en un nuevo manuscrito, el mismo que actualmente se guarda bajo la signatura M/219, pero dejó respectivos huecos en las partes ilegibles, a fin de escribir con posterioridad y *ex nihilo* algo nuevo que fuera coherente, tal como probablemente hiciera con *El ferí de Benastepar*. Desgraciadamente, nunca llegó a completar esta labor en *Los bandos*; de igual manera, tampoco encontramos ninguna nota al final pese a que haya sucesivas llamadas en el texto. Recordemos que falleció relativamente joven y que el proyecto de poner en circulación su novela quizá tuviera lugar en sus últimos años de vida.

Nos queda, por tanto, un único manuscrito que en su mayoría es coherente, porque no encontramos omisiones hasta después de la segunda mitad, pero a partir de ahí lo vemos salpicado de lagunas. La comprensión lectora del texto exige, en este punto, un mínimo de capacidad deductiva que permita hilar lo que conectaba unas escenas con otras, pero en conjunto tenemos una obra que mantiene un argumento bien definido y de la que podemos acotar cuáles son los principales sucesos narrados. Como más adelante detallaremos, en la presente edición hemos procurado agregar todas las facilidades posibles al lector contemporáneo para que pueda seguir la trama sin mucha dificultad.

ARGUMENTO DE LA NOVELA

La novela se ambienta en el turbulento reinado de Enrique IV de Castilla. Un grupo de avarientos nobles, insatisfechos con las mercedes recibidas del monarca, deciden coronar por su cuenta al hermano del rey, Alonso, en la ciudad de Ávila. Varios agentes de este partido son enviados a Andalucía para que consigan convencer a las gentes de allí. La novela se centra en uno de ellos, Lope García, a quien se le asigna la ciudad de Sevilla. Acude a dicha urbe y allí logra persuadir a los nobles rivales que la gobernaban, los duques de Medina y los condes de Arcos, para que se unan contra Enrique IV.

Lo acompaña en ese viaje su hijo Diego, un mancebo sin malicia y sin convicción real ante estas guerras civiles. En lugar de preocuparse por la política, su atención recae por completo en una joven sevillana de la que se enamora, Juana Sandoval. La pasión es correspondida y logra concertar una boda muy a pesar del pretendiente que esa dama tenía, un noble altivo y soberbio llamado Jaime Coronel.

Mientras tanto, Lope García parte junto a un destacamento de soldados contra Gibraltar, que logra tomar pese a la ardua defensa del castellano Esteban de Villacreses. Entre los soldados que lo acompañaban se encontraba Pedro Sandoval, hermano de Juana, y el mismo Jaime Coronel. Pero no toda la compañía se siente satisfecha con el liderazgo de Lope, lo que da lugar a una acalorada discusión en la que el padre de Diego recibe varias bofetadas por parte de Pedro.

Colérico y sin miramientos ante los amores de su hijo, Lope le envía una carta en la que le pide que vengue su honor. Pero la misiva se extravía y el padre juzga que su retoño ha antepuesto sus sentimientos amorosos a la honra de la familia. Como represalia, envía a un destacamento de enmascarados para que interrumpen la boda y secuestren a Juana. Esta es nuevamente raptada por un hombre enviado por Jaime Coronel, también vengativo, quien, con el fin de humillarla, la encierra en un burdel para que ejerza como prostituta.

A partir de esa parte, el texto se encuentra lleno de omisiones significativas que hacen imposible poder seguir fluidamente el argumento, aunque los fragmentos que han pervivido permiten deducirnos cómo continúa el relato. Una prostituta llamada Leonor, que también ejercía en el mismo establecimiento, se apiada de Juana y da noticia a Diego del paradero de su amada. Más adelante vemos al protagonista inflamado en venganza y

buscando a Jaime Coronel. Lo encuentra y tiene lugar entonces un duelo entre los dos, que queda interrumpido por la intervención de Pedro Sandoval. Este último, tal vez por vengar a su misma hermana, asesina a Jaime pese a que antes habían sido amigos.

Hay entonces una última omisión y salta el manuscrito a la escena final, en la que Juana parece estar a salvo y reunida con su familia. La boda finalmente se celebra y proporciona una feliz conclusión para la historia.

EL LOCALISMO SEVILLANO FRENTE AL NACIONALISMO ESPAÑOL

A fin de realizar un análisis más detallado del texto, lo primero que llama la atención es, como su título sugiere, una evocación muy clara a una novela previa. Nos referimos a *Los bandos de Castilla*, publicada en 1830 y compuesta por el manresano Ramón López Soler, quien con ella se convirtió en pionero del género histórico a la manera de Scott (Rubio Cremades, 2014: 8-9). El escritor catalán había contribuido previamente a la difusión del nacionalismo español con su artículo «Perjuicios que acarrea el olvido de las costumbres nacionales» (Anguera, 2001: 909); su novela, de hecho, toma como propósito «dar a conocer el estilo de Walter Scott y manifestar que la historia de España ofrece pasajes tan bellos y propios para despertar la atención de los lectores como los de Escocia e Inglaterra» (López Soler, 2014: 23).

No parece casual que Hué y Camacho titule a su obra precisamente *Los bandos de Sevilla*. Parece contraponer, por esta vía, su novela a la de López Soler. Si este último había difundido una mentalidad nacionalista centrada en España, resultaba lógica esa apelación a «Castilla», entendida tradicionalmente como metonimia del país. Pero el nacionalismo, en sí, no tuvo por qué resultar convincente a todos los españoles de la época en la misma medida. Al fin y al cabo, una «nación» no deja de ser una comunidad imaginada, porque «aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión» (Anderson, 1993: 23). Es imposible, por tanto, que cualquier «español» haya conocido a más que un porcentaje pequeñísimo de sus compatriotas. Por consiguiente, es lógico que algunos no tuvieran tanto un sentir identitario de tipo nacionalista, sino más bien regionalista e incluso localista.

Hué y Camacho, por su trayectoria vital, estuvo vinculado a tres localidades: Jerez, Sevilla y Benaoján. La primera de estas era su ciudad natal (Parada y Barreto, 1878: 224) y su inspiración para las *Leyendas y novelas jerezanas*. En la segunda había estudiado medicina (Parada y Barreto, 1878: 226), por lo que tuvo que residir allí unos años, lo que derivaría en cierto sentimiento de ligazón cuyo resultado más evidente lo serían las *Crónicas sevillanas*. Finalmente, en Benaoján ejercía al final de su vida como médico local (Parada y Barreto, 1878: 227), lo que pudo haberle inspirado la creación de *Las noches de Benaoján*.

El escritor, por la vida que tuvo, pudo haberse sentido vinculado a esos tres municipios, pero no tanto a «España» o a «Castilla». De ahí que prefiera centrarse en lo acontecido a ciudades concretas, en este caso Sevilla. Lo que plantea, en líneas generales, es algo similar a lo que hace López Soler en *Los bandos de Castilla* (1830), donde nos ofrece a una nobleza dividida en bandos. En esta otra novela se replicará una situación similar, con luchas intestinas entre partidos nobiliarios, pero con la peculiaridad de que la focalización estará en todo momento centrada en la ciudad de Sevilla y en cómo pudieron afectar a la población de un territorio más delimitado los problemas que en ese momento repercutían en todo el reino.

FICCIÓN Y REALIDAD: EL TRASFONDO HISTÓRICO

Los bandos de Sevilla no deja de ser, ante todo, una novela sobre el reinado de Enrique IV. Tal monarca se contempla, en este caso, como origen de todos los problemas que en la narración tienen lugar. Ya en los primeros párrafos se nos habla extensamente de su gobierno, que aparece juzgado muy severamente como torpe, ineficiente y poco beneficioso para el país:

El reino necesitaba entonces una mano fuerte, aguerrida, constante, que reuniese en torno del solio los diversos partidos y los hiciese ante él doblar su altiva cerviz; pero el nuevo rey salió igual a su padre en lo descuidado, y en lo demás mucho peor; los ratos ociosos que el primero pasaba oyendo a su valido Álvaro de Luna recitar los versos de Juan de Mena o las sentidas trovas de Jorge Manrique, los ocupaba su hijo con inmundas cortesanas en desaforados apetitos carnales, y así abandonaba a su esposa doña Beatriz; perdía la salud de su cuerpo, la energía de su alma; adquiría con esta conducta y manejo el nombre de Impotente, y también con sobrado motivo el de Pródigo; juntaba en efecto tesoros con ávida codicia, y los repartía luego sin venir al caso; daba sus lugares y villas a los grandes y plebeyos, y con la misma facilidad se los quitaba; a pesar de tantos vicios, era afable, cortés, nunca olvidaba los beneficios que le hicieran, y sí las mercedes con que los retribuía; estas virtudes eran buenas, pero pocas y débiles para contrarrestar sus defectos, y más en aquellos tiempos azarosos de rivalidades y ojerizas personales: nada supo hacer para sí, y don Juan Pacheco, con más ventura que don Álvaro de Luna, gobernó el reino a su placer durante su larga vida (32).⁵

No podemos perder de vista cómo aquí no solo hay una recreación concreta de acontecimientos históricos reales, sino también una valoración de estos en una dirección particular. Lo mismo ocurrirá con la farsa de Ávila, suceso vertebrador de la obra y consecuencia directa de ese mal gobierno. En efecto, hubo una liga de nobles conjurados contra el monarca en Ávila, que proclamaron como «rey» a don Alonso, hermano del Impotente, pero cuestión aparte son los juicios que de ahí puedan extraerse en torno a Enrique IV.

Para poder entender estas críticas en su contexto, es necesario remitirnos a la visión concreta que Hué y Camacho tenía sobre ese soberano. Debemos aclarar que no es esta la única novela en la que se ofrece una imagen tan negativa de este. También en *El ferí de Benastepar* se ofrece una visión muy pesimista de su reinado, que en ese caso estaba muy condicionada por intereses ideológicos. Este otro texto supone una denuncia muy evidente a la crueldad de los cristianos que conquistaron los últimos reductos musulmanes; lo llamativo, en ese caso, es la actitud en todo momento exculpatoria que se tiene para con Isabel la Católica. Jamás se contempla ahí la posibilidad de que esa reina haya podido influir lo más mínimo en tantas violencias; al contrario, la visión que se da de ella es más bien positiva. En este punto, Enrique IV se convierte en la única vía por la que conseguir coherencia en un discurso tan aparentemente contradictorio.

Antes que esbozar siquiera una denuncia contra los Reyes Católicos, los abusos cometidos por los caballeros católicos se explican en ese caso exponiéndolos como consecuencia del reinado anterior. Isabel, retratada siempre como bondadosa, no ha podido tener parte en la degeneración moral de sus ejércitos. La alternativa es considerar que esas

⁵ Todas las citas a *Los bandos de Sevilla* presentes en este trabajo son referencias internas a esta misma edición, única existente de la novela hasta el momento.

tropas ya estaban envilecidas de antes, producto todo ello de un ambiente tan presuntamente lleno de depravación como el de Castilla bajo el poder de Enrique IV (Muñoz de Morales Galiana y Muñoz Sempere, 2023: 33). Tal soberano se convierte, de este modo, en un recurso muy socorrido para denunciar una situación de injusticia sin ennegrecer unas figuras tan fundacionales como las de los Reyes Católicos.

A partir de aquí podemos inferir el contexto ideológico del autor, lo que permite explicar los correspondientes sesgos apreciables en *Los bandos de Sevilla*. Esta novela, por sí sola, sirve de apoyo a la tesis que se plantea en *El ferí*. Si se visibilizan los desórdenes acaecidos durante el reinado de Enrique IV, será más plausible un discurso que juzgue a ese monarca como chivo expiatorio sobre el que cargar el peso de incontables injusticias. Al fin y al cabo, como explica Fernández Prieto, en una novela histórica nunca es casual la selección del escenario y del momento histórico, sino que también responden a determinados intereses de tipo ideológico (2003: 211).

La farsa de Ávila, epítome de la inestabilidad habida durante ese reinado, viene muy al caso para un propósito semejante. Huelga decir que no es un episodio ficticio, sino que fue un suceso real y bien documentado actualmente por la historiografía actual (Romero Portilla, 2002). Pero la obra no pretende recrearlo de manera panorámica, sino centrarse en una sola ciudad. En el apartado anterior vimos que la focalización está fundamentalmente en Sevilla, que no en Castilla; lo andaluz y lo sevillano tienen más prioridad aquí que lo castellano y lo español. Esto, en sí, parece difícil de conciliar con la crítica a un monarca cuyo dominio se extendía no solo por esa zona, sino por toda la provincia, en especial si el incidente apelado tuvo lugar no ya en Andalucía, sino en Ávila.

En *El ferí de Benastepar* esto mismo se resolvía asumiendo que las consecuencias de un mal gobierno castellano repercutían directamente sobre la sociedad andaluza; en ese caso, sobre la comunidad islámica. Tal novela da a entender que, si Enrique IV hubiese sido más virtuoso, los musulmanes andalusíes no habrían sufrido tanto. Una extrapolación semejante se lleva a cabo en *Los bandos de Sevilla*. La farsa de Ávila no es aquí un incidente aislado que repercute solo sobre una lejana ciudad del norte. Al contrario, los conjurados deciden enviar una serie de agentes al territorio andaluz para que consigan fieles a la causa de don Alonso: «Después de este fracaso, trataron, para equilibrar tan funesto suceso, de enviar con prontitud a Andalucía al maestre de Alcántara con Fernando Covarrubias, Pedro de Zúñiga, Lope García y su hijo Diego» (38). La novela se centrará precisamente en el que acudirá al territorio sevillano, Lope García. El poder de persuasión de este personaje es tal que consigue convencer a las dos casas rivales, los condes de Arcos y los duques de Medinaceli, para que dejen a un lado sus diferencias, al menos temporalmente, y se alíen en favor de don Alonso:

Lope dispuso en unión con el maestre amistar a los dos poderosos rivales, pues, de no hacerlo así, jamás podría ganar nada en Sevilla la causa del nuevo rey. ¡Cuántos pasos y trabajos costó este convenio! Ninguno de los dos quería cejar de su propósito ni ir al palacio del otro; por último, se dispuso que en la Iglesia Catedral se verían y abrazarían. Aquel día rebosaban las calles con la mucha gente que iba a contemplar tan deseada unión; (...) el orgullo se ostentaba en el semblante de los dos competidores, con la diferencia de que el duque lo disimulaba con ciertos visos de aquella popular franqueza que desde mucho tiempo le granjeara la voluntad de la gente menuda; después de confesar, se acercaron los dos al comulgatorio; el sacerdote tomó entonces en sus manos una sagrada hostia, y, partiéndola, le dio a cada uno la mitad.

—El cuerpo del señor —les dijo después— se ha dividido entre vosotros dos como prenda segura de la perpetua amistad y unión que debe haber. ¿Lo juráis así?

—Sí, lo juramos. (...)

Los dos rivales se abrazaron enseguida cariñosamente, y un grato murmullo que sonara manifestó bien a las claras cuán complacidos quedaban los espectadores al ver terminar de tan plausible manera los pasados disturbios civiles (43-44).

Lo cierto es que hay una importante base histórica tras todo esto. Según la historiografía actual, es cierto que acudieron agentes de ese bando a Sevilla y que convencieron a esos nobles de unirse a su causa, pero la persona que logró este cometido no se llamaba Lope García, sino Pedro de Estúñiga, quien contó también con la ayuda de Fernando de Covarrubias (Lora Serrano, 1997: 1207-1209). Estos dos últimos personajes históricos, de hecho, se mencionan en la novela, pero se niega que acudieran en concreto a Sevilla: «Don Fernando de Covarrubias y don Pedro de Zúñiga quedáronse en Córdoba, y el maestro con Lope García y su hijo Diego entraron en Sevilla» (41).

En esta última sentencia es donde encontramos la mayor inexactitud histórica de la novela, puesto que contradice el rigor histórico de una manera explícita y probablemente deliberada. Pero, desde un punto de vista literario, parece más ventajoso otorgar el protagonismo no a un individuo real, sino a uno ficticio. Centrar la novela en Pedro de Estúñiga o en Fernando de Covarrubias habría limitado la imaginación del escritor, que tendría referentes reales en los que basarse. Lope García, en cambio, es creación íntegra de Hué y Camacho, por lo que tiene libertad de inventar cualquier situación novelesca y atribuirle a su vida.

Los bandos de Sevilla es, por tanto, una novela sobre un suceso histórico real, pero protagonizada por un sujeto ficticio que sustituye a sus contrapartes reales. Pedro de Estúñiga y Fernando de Covarrubias, aunque se mencionan, se quedan en Córdoba y de ese modo dejan vía libre a cuanto Hué y Camacho quiera inventar. Tal contexto resulta especialmente oportuno si lo que se quiere es, precisamente, exagerar las consecuencias negativas de la farsa de Ávila. Y esto será precisamente lo que ocurra en la novela.

La gravedad de este suceso, que es un acontecimiento político con repercusión a gran escala, se explicitará sobre todo apelando a las vidas particulares de individuos concretos, en este caso del ficticio Lope García y su propia familia. La conjuración contra Enrique IV tiene como última consecuencia un agudo conflicto en la vida de este agente, quien se verá enemistado contra su hijo como consecuencia de la guerra. La toma de Gibraltar se vuelve fundamental en este punto, porque es consecuencia directa de la sublevación en Ávila y, a su vez, causa del conflicto intrafamiliar que la novela desarrolla.

Desde un punto de vista histórico, tal conquista consiguió llevarse a cabo, fundamentalmente, gracias al duque de Medina Sidonia, quien, al igual que el conde de Arcos, estaba aprovechando la anarquía política de entonces para su medra personal (Lora, 1997: 1210). La victoria de este noble queda vinculada a la historia del propio Lope, que también participa en ese asalto, lo que impulsa el desarrollo de la trama en dos direcciones. En lo referente a las tensiones internas de la misma ciudad, este personaje queda alineado en el bando del duque: «aparejose el duque de Medina al cerco de Gibraltar; (...) públicamente buscó soldados y atavió los pertrechos militares necesarios; su edad no le permitiera marchar en persona, pero envió a sus principales adalides y caballeros, y entre ellos a Lope García» (67). Cuando el duque fallece y le sucede su hijo, Lope no duda en ponerse de su lado durante el recrudecimiento de tensiones: «Lope siguió invariablemente unido al partido del nuevo duque» (87).

Pero el comportamiento del mismo Lope durante ese asalto dista mucho de ser ejemplar para lo que se esperaría de alguien de su posición. Su actitud al llegar a Conil dispara el descontento entre sus soldados, porque rechaza que las tropas se queden a dormir en la misma ciudad y opta por acampar fuera: «—¿Y sabéis acaso —siguió el advenedizo— quién tiene la culpa de que no entremos en Conil cuando nos dé la gana? (...) Ya estaríamos todos dentro, pues los capitanes así lo querían, mas se opuso ese faramallón que ha venido de Castilla» (73-74). Lope sorprende a sus subordinados mientras estos emitían tales críticas, pero no logra imponerse ante ellos:

—¡Hola! ¡Lope García!

—Vil pechero —saltó este saliendo apresuradamente—. ¿Qué pronuncia tu infame lengua? Habla y verás si te la arranco de cuajo.

—¿A mí barraganadas? —replicó el soldado poniéndose de pie.

—A ti, malvado.

—Cuidado con las palabras que se le sueltan a vuesamerced.

—¡Cobarde, cómo...!

En esto se despegó de otra tienda un hombre embozado hasta los ojos.

—Lope García —dijo acercándose—, no ultrajéis a ese soldado que no faltará quien lo defienda.

—¿Seréis vos?

—Podrá ser.

A estas palabras iba Lope a sacar la espada, pero los soldados se echaron encima y lo sujetaron, mientras el hombre se desembozó y conocieron todos al hermano de Juana Sandoval.

—¡Cómo, caballero! ¿Vos apadrináis una maldad?

—Viejo marrullero, yo no soy como Jaime Coronel, toma para que te acuerdes de mí.

Y le dio dos bofetadas tan fuertes al anciano que cayó al suelo accidentado (74).

La altanería que ahí demuestra no solo no lo ayuda a hacerse respetar, sino que menoscaba aún más su autoridad en tanto que recibe dos bofetadas de parte de Pedro Sandoval, subordinado suyo. Y sigue mostrando cobardía cuando no es capaz de restaurar él mismo su honor, sino que intenta conseguirlo por medio de su hijo, a quien manda una misiva que se extravía. Al no recibir respuesta, interpreta una traición por parte de su retoño, a quien presupone demasiado enamorado de Juana como para enfrentarse a Pedro, que sería su futuro cuñado. A partir de ahí, parece que no hay límites morales para los rencores que se despiertan entre Lope y Diego. La veda se abre cuando el primero manda a secuestrar a Juana, y la intervención de Jaime Coronel agudiza aún más lo problemático de la situación. Ni el padre ni el hijo tienen idea de dónde está la joven, y ambos se culpan el uno al otro:

—Sí, señor, yo os pido aquí y delante de todo el mundo que me entreguéis a mi esposa Juana Sandoval.

—¿Y quién te ha dicho que la tengo yo en mi poder?

—Vuestra turbación me lo probaría bien a las claras, aunque ya yo no lo supiese.

—Pues bien, ingrato... Desleal... Sí, yo quise impedir tu casamiento, pero luego... Otra vez cayó ella en tu poder... Y ahora vienes a mofarte de mis canas... Huye de aquí.

- No os entiendo y os ruego encarecidamente que me habléis más claro.
 —Quieres más claro, pues sabe que yo mandé robar a Juana Sandoval.
 —¿En qué os ofendía aquella inocente?
 —Me ofendió su hermano, y era lo mismo.
 —Pero ella...
 —Ella será maldita como todos los de su raza; la odio de muerte y jamás consentiré que se case contigo; por eso se aumenta mi rabia al saber que ha vuelto otra vez a tus manos.
 —¡Ojalá! Pero ignoro su suerte; necio de mí, ¿qué he de hacer? Si vos la tenéis presa.
 —Yo no la tengo.
 —Padre mío... Siento deciros que no os creo.
 —¿No me crees, hijo desobediente? ¿No crees a tu padre?
 —¿El que me roba mi esposa es acaso mi padre? (85).

El autor, además, hace coincidir estos acontecimientos con otro suceso histórico, esto es, la toma de Cádiz por el conde de Arcos. Si Lope había colaborado con el duque de Medina Sidonia, su hijo tendrá una relación parecida con Rodrigo Ponce de León:

El corazón del hombre es un vaso lleno hasta el borde de amargosa hiel; dél destilan como de ponzoñosa fuente los celos, la envidia, la venganza y las mil pasiones rencorosas que minan la existencia [¿misma?] aunque también nazca en su seno el amor, cercado se ve de tantas penas y dolores esta dulce pasión, que dudoso es bastante a el que la padece si obtiene un don agradable del cielo o un regalo envenenado de las furias del averno; despedazado estaba fuertemente el corazón de Diego y por eso abrió sus brazos, acogió con placer la buena voluntad que el conde le demostraba; y como nada halaga más al entusiasta amante como las pláticas del objeto de su cariño, el conde, que era en realidad generoso y afable, captose su eterno reconocimiento con nombrarle diariamente a Juana Sandoval; de este modo se templó la actitud de aquella alma de fuego y se determinó sin trabajo a suspender por algún tiempo sus pesquisas para seguir al conde a la conquista de Cádiz, que en nombre del rey don Enrique pensaba hacer para oponerse y ganar lauros cual el duque de Medina delante de Gibraltar; marcharon en efecto, y la ciudad se entregó con facilidad y los condes se apellidaron desde entonces marqueses de Cádiz, con cuyo nombre conocemos de hoy adelante a don Rodrigo Ponce de León (89).

Esto solo acrecentará que Diego y su padre, aparte de sus odios internos, estén cada uno en un bando distinto de los partidos que condicionan Sevilla. El conflicto paterno-filial se recrudece por esta vía y culmina en una escena en la que Diego está a punto de matar al hombre que le ha dado la vida, aunque se refrena en el último momento:

- El rostro del viejo iracundo centelleaba de furor, y al notar las respuestas vivas y enérgicas de su hijo más rabia se apoderara de su corazón.
 —Vete.
 —No me voy.
 —¿Que no te vas?
 —No, señor, hasta que me entreguéis a Juana.
 —Mira que...
 —A mí no me asustan malas razones.

—Pues toma, hijo infame —y le dio entonces dos o tres golpes.

Diego se quedó atontado, pero luego púsose más cárdeno que morado lirio, sus ojos se le querían salir del casco, sus manos temblaban y echó mano a un puñal que tenía en la cintura; entonces se asustó de veras el anciano, y le dijo a su hijo con voz dolorosa pero fuerte:

—¿Vais a matarme? Parricida, parricida...

A esta terrible palabra el puñal se le cayera de la mano a Diego y se quedó arrimado a la pared, frío como la nieve: su padre se salió de la sala y entrara en ella en el propio instante Marcos Sánchez, que desde Sevilla venía siguiendo los pasos de su amigo.

—Diego García, querido amigo, ¿qué vais a hacer? ¿Vais a matar a vuestro padre?

—¡Ay, Dios mío! Mi padre... (86).

Si tenemos en cuenta lo culminantes que son estos momentos en el conjunto del texto, podremos entender que *Los bandos de Sevilla* es, sobre todo, una novela sobre la relación de un padre con su hijo. Los acontecimientos históricos escogidos tienen, principalmente, la función de posibilitar que todas estas situaciones tengan lugar. Para ello, es clave la utilización de dos contextos diferentes; a un lado, el enfrentamiento entre los partidarios de don Alonso y los de Enrique IV; al otro, las rivalidades intestinas entre las dos casas sevillanas. Lo primero supone el contexto para explicar los acontecimientos acaecidos en el cerco de Gibraltar, que tan nefastas consecuencias tendrían para la familia. Sin embargo, esa guerra concluye en mitad de la novela, cuando se disuelve el bando sublevado. No cesan, en cambio, las rivalidades entre los duques de Medina Sidonia con los condes de Arcos:

Tal empresa desbarató para siempre el partido de don Alonso en Sevilla, pues retrajo dél a media ciudad; bien es que nada influyó, pues en aquellos tiempos murió el joven rey y don Enrique volvió a quedarse rigiendo solo un débil cetro, que las banderías y partidos le disputaban sin cesar; el almirante Girón se tornó a Castilla y Lope hubiera hecho lo mismo, pero aunque sumamente irritado contra su hijo, al fin era padre y no quería volverse a Palencia sin él, y por otro lado tampoco quería verlo ni hablarle; se negó constantemente a las súplicas de Marcos Sánchez que procuraba diariamente reconciliarlos, y esta amistad se hizo impracticable luego que Diego estaba aunado con el marqués de Cádiz y dejara su antiguo bando (89-90).

Según Lora Serrano, «si durante este período los dos nobles aparecen unidos en un mismo bando político lo hacen obligados por las circunstancias: solo de esa manera podrían controlar la ciudad sevillana y hacer frente a un sólido poder que se alzaba frente a ellos, el de Pedro Girón» (1997: 1211). La novela, de igual modo, insiste en la existencia de los bandos que dan título a la obra tras la muerte de don Alonso y la partida de Pedro Girón. En tal contexto acaece el ya mencionado momento culminante en el que el hijo casi mata al padre, aunque finalmente se logra la paz entre los dos con la muerte de Lope justo después de su arrepentimiento:

Halló en realidad Marcos tan desnudado a su anciano amigo, que se dio prisa a llamar al cura de la parroquia con quien tuvo una larga conferencia el enfermo de más de cuatro horas.

—Que venga Diego —dijo Lope con alterada voz—. Ven, hijo mío, la voz de la religión, las palabras de mi buen Jesús, que murió en un afrentoso suplicio y que perdonó hasta a sus encarnizados enemigos han penetrado ya en mi corazón, merced a la virtud varonil de este digno ministro del altar... Cuando se aproxima esta hora terrible... Entonces... (...) Yo perdono también a Pedro Sandoval... Alucinado contra ti, quise vengarme y mandé robar a la inocente Juana; la llevaron de mi orden a una de las huertas junto a la Trinidad, para desde allí conducirla a Medina, donde yo estaba... Mi fin era que no te casases con ella... Mas yo no quería hacerle ningún daño; aquella propia noche un desconocido penetró por una ventana y se la llevó... (...) Ea... Amigos... Acordaos algunas veces de mí... Diego... ¿No te acercas? Un poquito más... Veo tan poco... A Dios, te bendigo mil veces... Nunca dejes el camino de la virtud... No te entregues como tu desgraciado padre a las rastreras y mezquinas pasiones... Señor, recibidme en vuestro seno... Te bendigo otra vez...

—Ya expiró —exclamó el cura, poniéndose de pie—, Dios te recompensará; si tu vida ha sido la de un hombre engreído con el poder y las riquezas, tu muerte es la de un santo, y digna por cierto de eterna envidia.

¡Religión cristiana, tales son tus prodigios! El pecho altivo de Lope, que jamás pudo ser domellado, que desoyó la voz de la naturaleza, de la amistad y de la razón, doblegose a los acentos aterradores del ministro del santuario y murió después de perdonar hasta a sus mismos enemigos y bendecir mil veces a su hijo que antes miraba con horror (ooo).

En un principio, el conflicto principal de la novela debería haber concluido ahí, pero la trama prosigue profundizando, sobre todo, en las consecuencias de esa reyerta intrafamiliar. Aunque Diego se haya reconciliado con su padre en el lecho de este, lo cierto es que a causa de todo esto una joven inocente está encerrada en un burdel y obligada a ejercer la prostitución contra su voluntad, mientras que el responsable de ello, Jaime Coronel, permanece libre y sin sufrir represalia alguna.

Llegados a este punto, resulta difícil determinar cómo la historia sigue condicionando la ficción en la novela, porque a partir de esa parte es donde más omisiones encontramos en el texto. Los fragmentos conservados aclaran cómo Juana recupera la libertad mientras Jaime es asesinado, pero no esclarecen mucho sobre cómo se desarrolla el conflicto entre los bandos de Sevilla propiamente dichos, que dan título a la obra. Solo asistimos a una única escena en la que un cura condena tales enfrentamientos y establece varias aseveraciones morales al respecto que parecen corresponderse con la perspectiva que Hué y Camacho tenía al respecto:

—Parad, insensatos —volvió a repetir el prior con una voz estentórea—. ¿Qué espíritu infernal os alucina para que os matéis unos contra otros? ¿Todos hijos, todos hermanos, y dirigís las armas homicidas contra vosotros mismos? ¡Ah! Cesen ya para siempre esas desavenencias escandalosas motivadas solo por un orgullo mundano... En nombre de Dios que tengo en mis manos os lo pido, duque de Medina, marqués de Cádiz, ¡ay de vosotros y de vuestras almas si no deponéis tanto encono y rencor a la vista del cordero inmaculado que pudiendo mostrarse como el león poderoso de Judá y abrumar con los rayos de la divina justicia a los pecadores prefirió por salvarlos tornarse paloma sin hiel y perecer en el santo madero de la cruz! (103).

EL TRASFONDO POLÍTICO ANTIBELICISTA

Según lo que hemos visto en el apartado anterior y lo que se conserva de la novela, podemos intuir que esta, en su versión íntegra, no debía dejar en muy buen lugar a la nobleza sevillana, aunque de lo que queda la crítica más clara que vemos es contra el rey. No es exageración si decimos que Enrique IV es la causa primera de todas las desgracias que acontecen, y esto se presta a una lectura de carácter programático coordinada con *El ferí de Benastepar*. Como ya hemos visto, las dos obras contribuirían, por esa vía, a la exaltación de algunas figuras históricas —los Reyes Católicos— mediante la degradación del otro monarca al mostrarlo en sus peores facetas. Pero, aunque no podemos ignorar este mensaje propagandístico, tampoco podemos reducir todo el trasfondo de la novela a la crítica contra un rey en particular, sobre todo cuando advertimos que mucho de lo narrado adquiere un carácter alegórico. Lo primero que debemos tener presente es la personalidad de Hué y Camacho como romántico inconformista con la situación que en ese momento estaba viviendo. El principal testimonio que de eso tenemos es el comienzo de *El hombre de Tempul*, donde introduce claras críticas hacia la situación de la España que le era contemporánea, las cuales se basan en una condena hacia la guerra carlista:

Larga fue la contienda entre el archiduque Carlos y Felipe el Animoso, pues ambos, sostenidos por fuertes partidos nacionales y extranjeros, ansiaban por subir al trono de España; costó la sangre a mares en los campos de batalla, pero los soldados eran solo los que peleaban: no se viera entonces el espectáculo que ahora vemos por desgracia y que acibara más y más los horrores de la guerra civil; el hombre indefenso no era asesinado vilmente; pugnaban con caballerescas generosidad, y jamás el ministro del santísimo asió del puñal en vez del crucifijo; no, tranquilo en el templo del señor, oraba y pedía al que todo lo puede; y el estampido de las lides sonaba, y transmitíase a sus oídos como los rugidos del embravecido mar lejano; mas ahora... ¡Ah! La pluma se cae de la mano al contemplar las matanzas a sangre fría hechas por algunos de los discípulos del hombre Dios, cuyos labios jamás pronunciaron otras palabras que las de dulzura, reconciliación y caridad.⁶

El autor percibía no solo estar sufriendo los horrores de una guerra, sino de una especialmente dura. En ese caso, la remisión al carlismo era totalmente directa; en *Los bandos de Sevilla*, en cambio, no lo será tanto, pero no hay lugar a muchas dudas si consideramos la posición del autor. De este modo, serán muy marcadas las connotaciones de la cita que encontramos al inicio del texto: «¿Que el rey se llamase Enrique o Alonso era motivo suficiente para que se derramase la sangre del pueblo?» (39). *Mutatis mutandi*, y remitiéndose a su actualidad inmediata, la cita podría tornarse algo en algo así como: ¿Que el rey se llamase Isabel o Carlos era motivo suficiente como para que se derramase la sangre del pueblo? No sin razón se sirve del presente de indicativo en este otro fragmento, que es parte de un excursus moral: «¡Profanos! Contemplad esos olorosos bosques, donde los jazmines y naranjos se entrelazan juntos y forman un ambiente embalsamado con su delicado aroma... Y deponed las rencorosas armas... ¿No sois los dos hermanos?» (39). Conociendo los intereses personales del autor, no parece que este mensaje sea solo una valoración histórica limitada únicamente a los tiempos de Enrique IV, sino una consideración más general cuyo alcance trascendería cualquier cuestión localista o nacionalista. Un

⁶ Biblioteca Central de Jerez, legajo M/214. El párrafo citado es el que da comienzo a la novela, que no está paginada.

mensaje parecido puede localizarse también en *El ferí de Benastepar*, obra en todo momento apologista con respecto al cristianismo, pero que condena la imposición de ese culto por la fuerza (Muñoz de Morales Galiana y Muñoz Sempere, 2023: 32), y que en última instancia podría reflejar un mensaje idéntico: ¿Que el libro sagrado fuese el Corán o la Biblia era motivo suficiente como para que se derramase la sangre del pueblo?

La «sangre del pueblo», sin especificar que ese pueblo sea cristiano o español, no merece derramarse, bajo la perspectiva de Hué y Camacho, por ninguna causa de tipo político o religioso. Es precisamente ahí donde el autor muestra mayor escepticismo y espíritu crítico con respecto a cualquier bando que quiera tomar el poder. Para él, no puede existir ninguna facción que realmente quiera beneficiar al pueblo; todo lo que puede pasar es que este último, sometido a manipulaciones alienantes, crea estar siendo beneficiado, porque «tan cierto es que el pueblo se acostumbra con facilidad a la esclavitud con tal que sepan dorarle y cubrirle de flores olorosas las pesadas cadenas» (94). La diferencia más sustancial de que uno de los dos bandos triunfe será, en esencia, que el gobernante tendrá un nombre diferente: Enrique o Alonso, Isabel o Carlos, o cualquiera otra dicotomía similar existente en otro contexto histórico o geográfico.

La guerra, y en especial la guerra civil, es algo condenable en tanto que solo permite cambiar la identidad de la persona que gobierna, sin que el «pueblo» resulte en peor o mejor situación como consecuencia. Pero sostener este discurso implica, necesariamente, sojuzgar las intenciones de cada bando, en especial las de quienes inician en un primer momento el conflicto. Desde un inicio, Hué y Camacho apuesta por arremeter contra las convicciones de estas personas, que duda puedan trascender su egoísmo personal. De hecho, condena explícitamente cómo una actitud así es totalmente incompatible con una vida religiosa y honestamente cristiana. Para el autor, solo el ateísmo puede explicar semejantes comportamientos:

Finalizó así aquella sagrada ceremonia, que en los tiempos antiguos jamás se hacían con intenciones torcidas ni con miras de falsía; mas ya se iba faltando algunas veces a tan augusto contrato, y, mientras la lengua pronunciaba palabras de paz y de reconciliación, se encendía allá en los escondrijos del corazón otro nuevo volcán de cólera y de venganza; los impíos que así profanaban el templo del señor ¿creían acaso en Dios? ¿Cómo el Rey de los Reyes no vibraba la espada de la justicia sobre sus culpables cabezas? (44).

El contexto al que se refiere es precisamente el de la farsa de Ávila, la falsa investidura de un presunto rey que solo sirve de pretexto para que se engrandezcan unos pocos arribistas a quienes califica de «impíos» y acusa de no creer en Dios. Adviértase que no es ese un ateísmo explícito, sino uno más bien hipócrita, que enmascara toda actitud nihilista bajo el barniz de un presunto credo. En *El ferí de Benastepar* ya trazó el autor un personaje similar, el irreligioso fray Silvestre (Muñoz de Morales Galiana y Muñoz Sempere, 2023: 24); en este caso el cinismo no solo atañe a la religión, sino también a la política, porque esos personajes hablan en todo momento de «paz» y «reconciliación» mientras promueven todo lo contrario. Más adelante, al hablar de los soldados de Lope García, emplea una expresión casi lapidaria con la que sentencia por completo el oficio militar. Los caballeros no son honorables ni cruzados por una causa justa, sino una «cáfila de hombres por la mayor parte aventureros y viciosos que iban a arrasas sus casas cual nube de destructoras y hambrientas langostas» (72).

De hecho, el escepticismo de la novela es tal que ni siquiera contempla como plausible que los congregados bajo una misma causa puedan al menos conseguir armonía entre

ellos. La guerra se impone, de este modo, como una situación enajenadora y alienante, que o saca lo peor de cada individuo, o bien permite que las personas más indeseables adquieran puestos de privilegio. El modo en que esto se hace explícito en el texto es mediante la focalización no ya en el conflicto entre las diferentes facciones, sino entre los que pertenecen a una sola; concretamente, al bando de don Alonso, que precisamente son los que han iniciado la guerra.

Los principales personajes con los que se vertebra esta idea son cuatro, todos ellos adeptos a ese pretendiente: Lope García, su hijo Diego, Pedro Sandoval y Jaime Coronel. Sobre el primero, como ya hemos dicho, recae buena parte del protagonismo de la novela, porque es quien se encarga de implicar a la ciudad de Sevilla en la guerra. En el proceso no vemos que sea alguien honorable o bienintencionado, sino más bien un sujeto manipulador y mentiroso que tergiversa la situación política para conseguir adeptos:

- Vamos, ya voy viendo, por lo que me decís, que el suceso de Ávila no es tan malo como nos pintaron, y creo que apenas el señor duque se entere de la verdad...
- Don Alonso es un joven que promete mucho... Amable...
- ¡Hola!
- Valiente.
- Bueno.
- Muy aficionado a hacer obras piadosas, como dotar monjas... Casar huérfanas...
- ¡Hombre!
- Sí, señor, y siempre se le ve en las iglesias...
- ¡Tate!
- De suerte que...
- Siendo como decís, toda la gente honrada de Sevilla debe seguir las banderas de este nuevo soberano.
- Es cosa muy puesta en razón.
- Un rey que tanto cuida de lo espiritual es una alhaja en estos tiempos calamitosos y de corrupción (43).

Con todo, aunque consigue convencer al duque de Medina Sidonia, tampoco demuestra ser capaz de mantener un liderazgo consolidado, en tanto que sus propios subordinados cuestionan su autoridad y se mofan de él, como ya vimos. Su reacción al respecto es cobarde y desproporcionada, porque no solo se conforma con implicar a su hijo Diego, sino que también estalla su cólera contra él ante su negativa. El secuestro de Juana Sandoval se plantea, así, como una medida extrema reflejo del completo desequilibrio y carácter egoísta de Lope. Antes vimos cómo ese conflicto paternofamiliar será esencial en la novela, pero no podemos obviar que, dentro del bando de don Alonso, quien inicia los conflictos internos no es realmente el padre de Diego, sino Pedro de Sandoval. La descripción que de este último se da en un inicio no es nada positiva:

Pedro de Sandoval era hermano de Juana, aunque muchos no lo sabían, pues aun viviendo su padre, por andar siempre a la flor del barro se había salido de su casa; juntose con otros temerones como él, y se hallara en todos los azares de las guerras civiles y en las reyertas particulares de aquel tiempo, y si parecía alguna vez por la casa de su madre era por sacarle dinero que gastaba alegremente en banquetes y mancebas; Coronel y él eran uña y carne, por la razón sencilla de que a los dos les placía dañar al prójimo, burlarse de los infelices, vivir a costa ajena y sacar plata

aunque fuese de las piedras; solo se diferenciaban en que Jaime, como ya hemos manifestado, era amigo del descanso y su espada reposaba siempre en paz octaviana, y Pedro, por el contrario, era valiente y tan atronado que por quitame allá esas pajas echaba al aire su tizna y había la de vámonos (70).

Una persona con características así podría ser, en otro contexto, un bandido u otro tipo de criminal, pero la guerra le permite desempeñar una función social más o menos respetable a ojos de la mayoría. La crítica antibelicista incide sobre cómo los conflictos permiten la promoción de personas así, con vidas basadas en la violencia, que pueden aprovechar las batallas para desahogo personal. Según hemos visto en lo anteriormente citado, a Pedro le importa poco que su causa sea justa o no, que esté luchando por Enrique o por Alonso, porque para él todo ello es una excusa que le permite causar daño a sus semejantes. No alberga ninguna convicción más allá de recrearse en sus impulsos destructivos; por consiguiente, tampoco es capaz de respetar la autoridad militar. De ahí que no encuentre reparo en abofetear a Lope e iniciar, de esa manera, el conflicto principal de la novela.

Tanto Lope como Pedro tienen en común que en origen son personas egoístas, aunque de diferentes maneras. Si el primero es hipócrita y manipulador, aunque cobarde, el segundo es agresivo y desenfrenado. Pero ninguna de estas características está presente, al menos en un inicio, en Diego García. Sobre este personaje, bien es cierto que desde el primer momento se nos presenta, junto con su padre, como parte de los sublevados a favor de don Alonso. Pero pronto se desentiende de la guerra y prefiere prestar atención a Juana antes que participar en el cerco de Gibraltar. Si termina formando parte del conflicto entre Lope y Pedro, es de manera forzosa e indirecta, lo que solo lo vuelve contra su padre. La cólera no es intrínseca a él, sino que le viene impuesta por el ambiente de una facción inestable y repleta de conflictos internos. El momento en el que casi comete parricidio es un modo de explicitar hasta qué punto la guerra enajena. Las situaciones violentas promueven la aparición de personas como Pedro y extraen lo peor de gente como Lope, que por egoísmo acaba volviéndose contra su propio hijo y este último llega a estar muy cerca de darle muerte.

La religión cristiana se convierte en el único dique para contener pasiones desatadas y meramente egoístas. Porque, hasta el momento de su muerte, Lope había dejado de pensar en el beneficio de su propio bando y solo consideraba su propio orgullo. Los conflictos que él vive, por ello, son siempre internos; primero, dentro de su facción, con su camarada Pedro; luego, en el seno de su familia, con su hijo Diego. Las rivalidades entre los condes de Arcos y los duques de Medina Sidonia, que apenas se desarrollan en los fragmentos conservados, no parecen sino un contexto que propicia la perpetuación de la enemistad previa entre Lope y Diego.

Lo truculento de esa ruptura radica sobre todo en que, pese a que parece resolverse con la muerte del padre, las consecuencias de esas violencias siguen manteniéndose mucho durante mucho después, como ya dijimos. Es ahí donde entra la relevancia de un personaje como Jaime Coronel, un sujeto algo plano y pobremente caracterizado, que se nos presenta como el vivo retrato del vicio y la maldad: «sé cosas tuyas que os harían temblar, mas solo os diré que malgasta sus riquezas en banquetes, en obsequiar mujeres perdidas... (...) Jaime Coronel mamó desde la cuna esas semillas de corrupción tan comunes en los hombres de estos tiempos desgraciados» (40). La novela no realiza tanto una crítica a alguien así, ya que es más bien arquetípico, sino incide sobre cómo situaciones tan lamentables propician que ese tipo de personas tengan vía libre para cometer maldades.

Jaime es alguien capaz de secuestrar a Juana solo por despecho, de encerrarla en un burdel y de obligarla a ejercer la prostitución. No hay matices dentro de una bajeza moral tan evidente, aunque su participación en el asalto contra Gibraltar es otra manera de destacar la vileza de quienes hacen la guerra. Pero más peso aún tiene la ocasión que en ese caso se le brinda a ese caballero para que pueda perpetrar algo así. Nos referimos al secuestro que tiene lugar en un principio, el ordenado por Lope, quien tampoco tenía intenciones perversas más allá de represaliar a su hijo y al propio Pedro. El último fin, en ese caso, era satisfacer su propio orgullo y su honor, pero las intenciones de Jaime son mucho más oscuras. Lo problemático no es que la secuestre, sino que la prostituya solo para humillarla.

Tal situación raya en lo grotesco, pero se explica sobre todo como consecuencia no solo de lo bélico, sino de enfrentamiento perpetuo entre todos los humanos. No importa que pertenezcan al mismo reino, a la misma ciudad o siquiera a la misma familia, porque todos son enemigos de todos, lo que imposibilita todo orden social. Si la organización estatal no es posible, tampoco es viable la aplicación de una ley que castigue a los criminales, lo que se traduce en la falta de restricciones para alguien como Jaime —y previamente Lope—. Hué y Camacho, en funciones de narrador, es muy explícito al denunciar esto y expresar su perspectiva política:

Quando las leyes causan algún respeto, cuando se aprecia la vida y libertad de los hombres, la sola idea de un rapto, de una violencia, inflama en santo furor los corazones generosos, indigna los prudentes y hace temblar los débiles, pero entonces, que no había más ley que el capricho y la voluntad de unos cuantos próceres; que el pueblo era un rebaño de tímidos corderos, las cortes un mero simulacro de representación nacional y que por último cualquier conde o marqués mandaba más que el rey, el rapto de una inerme doncella era un acontecimiento sencillo y usual que no vaciló un momento Lope en mandar efectuarlo (77).

En el proceso de desarrollar estas ideas, Hué y Camacho mueve a una reflexión crítica llamada, sobre todo, a causar incomodidad tanto entre los lectores que le fueran contemporáneos como entre los venideros. Asume, desde una perspectiva deliberada y teatralmente ingenua, una serie de tópicos sobre la Edad Media como la falta de «soberanía nacional» y el excesivo poder de la nobleza en una sociedad feudal. La época medieval, según él, fue caótica, llena de guerras causadas por la voluntad de los grandes a quienes la ley no penalizaba. Tanto el secuestro como la posterior prostitución son cuestiones que, en el contexto ahí trazado, podían resultar más o menos normales. Pero ¿qué ocurre, entonces, si semejantes violencias pueden tener lugar en la España decimonónica o en cualquier sociedad posterior? La respuesta que de ese párrafo se infiere es clara y radicaría en desmontar la falacia de la «soberanía nacional». Esa pretendida «soberanía nacional», de acuerdo con Hué y Camacho, solo puede existir en una sociedad evolucionada hasta el punto de no permitir ninguna clase de abusos a los poderosos. En el momento en que un grupo reducido de individuos tienen impunidad absoluta ante la ley, ¿hay realmente «soberanía nacional», o es este un artefacto político diseñado precisamente para mantenerse en el poder? Tal vez uno de los principales logros de *Los bandos de Sevilla* sea plantear estos interrogantes a generaciones posteriores, en especial cuando la respuesta a tales preguntas no siempre ha estado clara en todos los contextos políticos surgidos desde el mismo XIX.

LA PROSTITUCIÓN COMO CONSECUENCIA DE LA GUERRA

Pero, al margen del alcance que pueda tener esa crítica, sí parece muy claro en la novela que, de todas las vías por las que explicitar el crimen no penalizado de los poderosos, Hué y Camacho se decanta por la prostitución forzosa. Todo lo anteriormente comentado sobre la guerra como estado anárquico hace posible un crimen de semejante calibre, que se nos muestra como epítome de lo más bajo a lo que puede caer el ser humano. Al dirigir la novela por ese rumbo, Hué y Camacho se aparta de lo planteado muchas veces en *El ferí de Benastepar*, donde el conflicto bélico tenía como consecuencias más atroces la devastación de poblaciones (Muñoz de Morales Galiana y Muñoz Sempere, 2023: 18).

Algo de eso hay también en *Los bandos de Sevilla*, sobre todo al retratar la situación miserable que sufre Esteban de Villacreces durante el sitio de Gibraltar. Con todo, el destino de Juana nos resulta aún más horrible, en especial si advertimos la omisión de algunos capítulos en los que probablemente se describiera con más detalle cómo sufrió al prostituirse en la mancebía. Los escasos pasajes conservados de esa parte dan una idea de lo traumático que debió resultar todo para la joven, a quien aluden como «una mujer loca» que «bastante castigada ha sido con perder el seso» después de llevar un tiempo ejerciendo la prostitución (100-101).

La situación planteada, especialmente forzosa y violenta, no pretende simplemente retratar la prostitución en sí o las vidas de las prostitutas, sino insistir en lo desdichada que acabó siendo Juana no solo por culpa de Jaime, sino de la cadena de causas y consecuencias previas. Todo comienza con el mal gobierno de Enrique IV y con la ambición de unos pocos poderosos que inician la farsa de Ávila; a esto le sigue la misión de Lope en Sevilla y el asalto a Gibraltar, la actitud negligente que entonces tiene, el conflicto con Pedro Sandoval, la mala comunicación entre padre e hijo y, finalmente, el primer rapto de Juana en la iglesia, ocasión idónea para que pueda actuar Jaime Coronel. Como antes vimos, la idea central es que situaciones así solo pueden ocurrir en sociedades no civilizadas, anárquicas y sin «soberanía nacional». Estas fueron consideraciones que el narrador tuvo con relación al rapto y a la violencia que supuso, pero no menos grave es, en la novela, la angustia en la que se ve Juana al ver que no tiene medios con los que escapar de su cautiverio. Aunque ella misma no quiera permanecer en el burdel, a nadie parece importarle su voluntad, sus deseos o su noble alcurnia, porque se burlan siempre de todo ello:

—Dios mío, dadme valor para sufrir tan terribles insultos... Jaime, siquiera por el amor que otros días me habéis tenido, volvedme al seno de mi madre... ¡Ah! ¡Infeliz! Quizás las penas la habrán rematado...

—No, no ha muerto, pero podrá morir, porque todos somos mortales.

—Callaré porque veo que os mofáis de las cosas más santas, de los sentimientos más puros del corazón, de todo lo bueno y loable... ¿Queréis que sea vuestra víctima? Lo seré... Estoy resignada.

—Aquí no se trata, niña mía, de víctimas ni sacrificios; se trata de placeres y nada más... Pronto perderéis ese aire simple, inocente... Que os sienta mal... Porque aquí se pierde al instante... Es un aire el que aquí se respira tan sabroso y tan dulce... Ya veréis... Quedaos con Dios, amable joven, ya sabéis que Jaime os quiere más que a las niñas de sus ojos (96).

Tampoco hay un sistema legal eficiente que gestione este tipo de desapariciones; antes Diego tiene que asumir toda la responsabilidad de encontrarla, lo que le resulta completamente inútil. Con tales premisas, la gravedad de la guerra —y de sus consecuentes

anarquías— se agudizaría aún más porque la consecuencia última no sería solo un rapto, sino la completa ruina vital de una joven inocente cuyos únicos «crímenes» consistirían en ser hermana de Pedro y querer casarse con Diego.

Con todo, la novela se resuelve de un modo feliz, pero no por ello se rebaja la carga crítica. Quien realmente consigue resolver la situación no es ninguna figura con autoridad competente para ello, ni siquiera la familia de Juana, y tampoco el mismo Diego. Es, precisamente, una prostituta que también ejercía en la misma mancebía y que siente compasión por su compañera:

Saliera Leonor sin ser sentida; la urgencia del caso le daba alas en sus pies y así a pesar de que había mucho que andar, en pocos minutos estaba llamando a la puerta de Marcos Sánchez.

—¿Quién aporrea la puerta con tal barahúnda? —dijo el criado Bartolomé al cabo de media hora.

—Abrid una ventana y oídme. (...)

—¡Hola! Voz atiplada... Mujer a estas horas por las calles, no puede ser cosa buena.

—Pero por Dios... (...) Por María Santísima —exclamó Leonor alzando la voz—, no me neguéis el favor que os pido... La vida de vuestro amo se interesa...

—¿Qué de ardides usáis vosotras las [¿prostitutas?] para engañar? ¡Pero a mí! Echadme a mí guindas que a fe que sé tragarlas.

—¿Qué bulla es esa, Bartolomé?

—Nada, señor, aquí una... Que Dios nos libre de ella... Pero, aunque soy un mogrollo, no me chupo el dedo ni me hacen la manola.

—Por amor de Dios, Diego García, mande abrir vuesa merced la puerta. (...)

—Al fin esa zarrapallona se habrá de salir con la suya.

—Diego García —dijo Leonor apenas entera—: ¿la dama que era ya vuestra esposa y os robaron en santa Catalina no se llamaba Juana Sandoval?

—Sí, pero a que esos tristes recuerdos... Acaso... Dios mío... Podré lograr...

—Venid conmigo y la veréis.

—¿Que yo veré a mi Juana? ¿Yo a mi querida Juana?

—Sí, señor, seguidme (102).

En un principio, tal personaje podría parecernos cierta suerte de *deus ex machina* introducido solo para evitar la total tragedia. Pero las connotaciones de esa situación, en el conjunto de la novela, esconden un trasfondo aún más agudo. Tengamos en cuenta que en *Los bandos de Sevilla* no hay un solo personaje con cargos militares o políticos que aparezca mínimamente dignificado. Los reyes, hablemos de Enrique IV o su hermano Alonso, son arribistas o incompetentes, y sus acciones propician la guerra civil. Los nobles que inician la farsa de Ávila son ambiciosos y desconsiderados, y sienten indiferencia ante el sufrimiento del pueblo con tal de lograr sus objetivos. Los propios caballeros encargados de ejecutar sus órdenes no son mejores, porque la guerra saca lo peor de cada uno de ellos; tal es lo que ocurre con Pedro y con Lope García, porque si este último consigue redimirse es solo a las puertas de la muerte. Quizá la única excepción sea el castellano Esteban de Villacreces, aunque no es realmente una persona bélica, sino alguien con la mala fortuna de defender su castillo en el momento menos propicio.

Lo cierto es que, por lo demás, los líderes o los soldados no llevan a cabo ninguna acción en la novela que sea mínimamente admirable; ni siquiera parece claro que el asesinato de Jaime a manos de Pedro sea consecuencia de algo más que el orgullo personal

de este último. Una prostituta, en cambio, encuentra solución a todos los problemas que la violenta sociedad masculina ha causado a la inocente Juana. Dicho de otra manera, la utilidad social de los caudillos y de los guerreros se nos muestra como inferior a la de las prostitutas. Si el contexto bélico cohibe todo sentimiento humanitario en los primeros, no ocurrirá lo mismo con los ambientes de violencia sexual en las segundas. Leonor, pese a todo el cinismo que ha podido desarrollar en el ejercicio de su profesión, no es insensible al dolor sufrido por Juana, y con ello muestra un sentimiento mucho más humanitario que el de la mayoría de los personajes masculinos aparecidos en la novela.

ESTA EDICIÓN

Para esta edición nos hemos servido del único testimonio disponible, que es el ya mencionado manuscrito M/219 de la Biblioteca Central de Jerez. Hemos señalado cada una de las omisiones y tratado de dar entre corchetes posibles sugerencias, en caso de palabras concretas, o una posible explicación a los acontecimientos relatados en las omisiones más amplias. Por lo demás, se han modernizado las grafías, se han corregido las erratas, se han rectificado tanto ceceos como seseos y se ha adaptado la gramática a la norma actual de la RAE, además de corregir los errores gramaticales originales y los fallos en la concordancia.

BIBLIOGRAFÍA

- ANGUERA, Pere (2001), «Españolismo y catalanidad en la historiografía catalana decimonónica», *Hispania*, LXI/3, nº 209, pp. 907-931.
- ANDERSON, Benedict (1993), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ANÓNIMO (1991), *Crónica anónima de Enrique IV de Castilla 1454-1474 (Crónica castellana)* (2 vv.), ed. de María Pilar Sánchez-Parra, Madrid, Taurus.
- ALEMANY FERRER, Rafael (1981), «Acerca del supuesto origen converso de Alfonso de Palencia», *Estudi General*, nº 1, pp. 35-40.
- AYALA MARTÍNEZ, Carlos (2007), *Las órdenes militares hispánicas en la Edad Media (siglos XII-XV)*, Madrid, Marcial Pons.
- BAQUERO GOÑI, Carlos (2002), «La orden militar del Hospital y la monarquía castellana durante la Baja Edad Media», *Meridies*, nº 5-6, pp. 141-154.
- CALDERÓN ORTEGA, José Manuel (1994), «Los riesgos de la política en el siglo xv: la prisión del conde de Alba (1448-1454)», *Historia. Instituciones. Documentos*, nº 21, pp. 41-62.
- CANTERA ORTIZ DE URBINA, Jesús (1991), «Problemática de la correspondencia de locuciones y refranes entre el español y el francés», en Roberto Dengler Gassin (coord.), *Estudios humanísticos en homenaje a Luis Cortés Vázquez*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 111-119.
- CANTOS CASENAVE, Marieta (1999), «Las Leyendas y novelas jerezanas de José Miguel Hué y Camacho entre la historia, la memoria y la ficción», en Alberto González Troyano (coord.), *Historia, memoria y ficción 1750-1850: IX Encuentro de la Ilustración al Romanticismo*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, pp. 49-60.
- CARCELLER CERVIÑO, María del Pilar (2007), *Realidad y representación de la nobleza castellana*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid.
- (2009), «Álvaro de Luna, Juan Pacheco y Beltrán de la Cueva: un estudio comparativo del privado regio a fines de la Edad Media», *En la España Medieval*, nº 32, pp. 85-112.

- CORMON, Francisco (1776), *Sobrino aumentado, o Nuevo diccionario de las lenguas española francesa y latina. Tomo primero A — E*, Amberes, Hermanos de Tournes.
- DÍAZ BLANCO, José Manuel y Alfonso J. HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ (2001), «La muerte del mercader. Una ventana a los negocios de Indias a fines del siglo XVII», *Revista Complutense de Historia de América*, nº 48, pp. 103-132.
- DIHIGO, Juan M. (1946), *Léxico cubano: contribución al estudio de las voces que lo forman* (2 vv.), La Habana, Selecta.
- DOMÍNGUEZ VINAGRE, Alfonso (2001), «El asalto al poder señorial. Hernán Gómez de Solís y la ocupación de Badajoz», *Revista de estudios extremeños*, v. 57, nº 2, pp. 565-616.
- ETXABE DÍAZ, Regino (2012), *Diccionario de refranes comentado*, Madrid, Ediciones de la Torre.
- FERNÁNDEZ CUESTA, Nemesio (1872), *Diccionario enciclopédico de la lengua española. Tomo II*, Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar y Roig.
- FERNÁNDEZ PRIETO, Celia (2003), *Historia y novela: poética de la novela histórica*, Pamplona, EUNSA.
- FLORIANO LLORENTE, Pedro (1983), «Problemas sucesorios de Enrique IV de Castilla», *Anales de la Universidad de Alicante*, nº 2, pp. 251-271.
- FRANCO SILVA, Francisco y Rafael CRUZ MARIÑO (2012), «Juan Pacheco, privado de Enrique IV, y el oficio de Corregidor de Jerez de La Frontera», *En la España Medieval*, nº 35, pp. 285-316.
- GALLO, Denise P. (2010), *Giaochino Rossini: A Research and Information Guide*, New York, Routledge.
- GARCÍA RODRÍGUEZ, Joseph (2021), «La fraseografía bilingüe en español-catalán y otras lenguas: del papel al formato electrónico», *Círculo de lingüística aplicada a la comunicación*, nº 85, pp. 141-152.
- GONZÁLEZ-DORIA, Fernando (1978), *Las reinas de España*, Madrid, Alce.
- GÓMEZ MARTÍN, Amparo y José LÓPEZ ROMERO (2019), «El legado literario y documental del escritor jerezano Miguel Hué y Camacho», *Revista de Historia de Jerez*, nº 22, pp. 267-280.
- GUERRERO VEGA, José María, Francisco PINTO PUERTO, Manuel ROMERO BEJARANO y Enrique José RUIZ PILARES (2021), «La reforma del palacio Ponce de León de Jerez de la Frontera (s. XVI)», *Lexicon*, nº 2, pp. 225-236.
- HUÉ Y CAMACHO, Miguel (2023), *El fértil de Benastepar, o los moros de Sierra Bermeja*, edición de Javier Muñoz de Morales Galiana y Daniel Muñoz Sempere, Woodbridge, Tamesis.
- JARDIN, Jean-Pierre (2006), «Falsification de l'histoire et quête de légitimité dans l'historiographie Trastamare», *Cahiers d'études hispaniques médiévales*, nº 29, pp. 225-239.
- JIMÉNEZ ALCÁZAR, Juan Francisco (1992), «El hombre y la frontera: Murcia y Granada en época de Enrique IV», *Miscelánea Medieval Murciana*, nº 17, pp. 77-96.
- JIMÉNEZ MUÑOZ, Francisco Javier (2018), «Una aproximación a la posición del Tribunal Europeo de Derechos Humanos sobre la gestación subrogada», *Revista de Derecho, Empresa y Sociedad*, nº 12, pp. 42-54.
- LABERNIA Y ESTELLER, Pedro (1865), *Diccionari de la llengua catalana ab la correspondencia castellana y llatina*, Barcelona, Espasa Germans, Editors.
- LLOMBART, Constantino (1887), *Diccionario valenciano-castellano*, Valencia, Librería de Pascual Aguilar.
- LÓPEZ SOLER, Ramón (2014), *Los bandos de Castilla*, edición de Enrique Rubio Cremades, Barcelona, Edhasa.
- LORA SERRANO, Gloria (1997), «La casa de Estúñiga durante el reinado de Enrique IV: orto político de un linaje nobiliario», en Isabel Montes Romero-Camacho y Antonio Claret García Martínez (coords.), *Actas III Jornadas Hispano-portuguesas de la Historia Medieval. La Península Ibérica en la Era de los Descubrimientos (1391-1492)*, Sevilla, Consejería de Cultura. Junta de Andalucía, pp. 1191-1238.
- LUTHER, Martin (2018), *The Essential Luther*, Indianapolis, Hackett Publishing Company.

- MAGANTO PAVÓN, Emilio (2003), «Enrique IV de Castilla (1454-1474). Un singular enfermo urológico», *Archivos Españoles de Urología*, v. 56, nº 3, pp. 211-220.
- MARINO, Nancy F. (2001), «How Portuguese Damas Scandalized the Court of Enrique IV of Castile», *Essays in Medieval Studies*, nº 18, pp. 43-52.
- MORA Y CASARUSA, Diego (1857), *Diccionario manual de la lengua castellana*, Barcelona, Librería de Estevan Pujal, Editor.
- MUÑOZ DE MORALES GALIANA, Javier y Daniel MUÑOZ SEMPERE (2023), «Introducción», en Miguel Hué y Camacho, *El ferí de Benastepar, o los moros de Sierra Bermeja*, Woodbridge, Tamesis, pp. 1-35.
- MUSSO Y PONTES, José (1876), *Diccionario de las metáforas y refranes de la lengua castellana*, Barcelona, Establecimiento tipográfico de N. Ramírez y C.
- NÚÑEZ FERNÁNDEZ, Aránzazu y José HERRADOR SÁNCHEZ (2006), *El vocabulario médico en la cultura andaluza: una propuesta de trabajo en el ámbito educativo*, Sevilla, Junta de Andalucía.
- ORTEGO RICO, Pablo (2018), «Propaganda, fiscalidad e ideal cruzadista durante el reinado de Enrique IV de Castilla», *Hispania Sacra*, nº 70, pp. 237-266.
- (2021), «El discurso sobre la riqueza del rey en la baja edad Media castellana: aproximación al tesoro de Enrique IV de Castilla como instrumento de propaganda política», *Trabajos y Comunicaciones*, nº 53, s. p.
- ORTIZ DE ZÚÑIGA, Diego (1796), *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla. Tomo III*, Madrid, Imprenta Real.
- PARADA Y BARRETO, Diego (1878), *Hombres ilustres de la ciudad de Jerez de la Frontera precedidos de un resumen histórico de la misma población*, Jerez, Imprenta del Guadalete.
- PARRILLA GARCÍA, Carmen (2017), «La “Exclamación de España” dirigida al arzobispo Carrillo. Un ejemplo de la *fictio personnae* al servicio del alegato político», *Scriptura*, nº 13, pp. 67-99.
- PÉREZ, Elisa (1929), «Voces sacadas de las obras de los Álvarez Quintero», *Hispania*, v. 12, nº 5, pp. 479-488.
- PÉREZ, Joseph (2014), *Cisneros, el cardenal de España*, Madrid, Taurus.
- PÉREZ AGUILAR, Raúl Arístides (2016), «Léxico quintanarroense para un diccionario», *Revista Escritos BUAP*, nº 16, pp. 1-30.
- PLATÓN (2004), *Diálogos. Volumen III: Fedón, Banquete, Fedro*, Madrid, Gredos.
- PLUTARCO (1847), *Las vidas paralelas. Tomo III: Sertorio y Eumenes. Agesilao y Pompeyo. Alejandro y César. Foción y Catón el Menor. Agis y Cleomenes y Tiberio y Cayo Gracos*, París, Librería de A. Mécin.
- POLO SÁNCHEZ, Julio Juan (2020), «La representación de la majestad imperial en Carlos V», en Begoña Alonso Ruiz (coord.), *Arte en Palacio: de los Trastámara a la Casa de Austria*, Santander, Editorial de la Universidad de Cantabria, pp. 141-176.
- PRÉSTAMO LANDÍN, María Teresa (2017), «Juan Alfonso de Baena y los poetas de su tiempo en las novelas populares de Manuel Fernández y González», *Lectura y signo*, nº 12, pp. 239-254.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1823), *Diccionario de la Lengua Castellana. Séptima edición*, Madrid, Imprenta Nacional.
- RIVODÓ, Baldomero (1902), *Entretenimientos gramaticales. Tomo octavo*, París, Garnier Hermanos.
- RODRÍGUEZ PUERTOLAS, Julio (1968), *Poesía de protesta en la Edad Media castellana*, Madrid, Gredos.
- ROMERO PORTILLA, Paz (2002), «La manipulación de la causa alfonsina en Castilla, 1464-1468», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie III, Hª Medieval*, nº 15, pp. 195-207.
- RUBIO CREMADES, Enrique (2014), «Introducción», en Ramón López Soler, *Los bandos de Castilla*, Barcelona, Edhasa, pp. 7-22.
- (2016), «Los bandos de Castilla de López Soler: historia y ficción», en Blanca Ripoll Sintés, Jessica Cáliz Montes, José Manuel González Herrán, Marisa Sotelo Vázquez, Marta Cristina Carbonell, Hazel Gold y Dolores Thion Soriano-Mollá (eds.), *La historia en la literatura española del siglo XIX*, Barcelona, Universidad de Barcelona, pp. 71-80.

- SALVÁ, Vicente (1936), *Diccionario histórico de la Lengua Española. Tomo II*, Madrid, Imprenta de la librería y casa editorial hermanos Hernandon.
- (1838), *Diccionario de la lengua castellana*, París, Vicente Salvá.
- (1846), *Nuevo diccionario de la lengua castellana*, París, Vicente Salvá.
- (1950), *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe.
- SALVADOR MIGUEL, Nicasio (2005), «Isabel, infanta de Castilla, en la corte de Enrique IV (1461-1467): formación y entorno literario», en Rafael Alemany, Josep Lluís Martos y Josep Miquel Manzanaro (eds.), *Actes del X congrés internacional de l'associació hispànica de literatura medieval*, Alacant, Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, pp. 185-212.
- SÁNCHEZ SAUS, Rafael (2005), «Dependencia señorial y desarrollo urbano en la Andalucía Atlántica. Cádiz y los Ponce de León en el siglo XV», *Acta historica et archaeologica mediaevalia*, nº 26, pp. 903-928.
- SBARBI, José María (1872), *El libro de los refranes. Colección alfabética de refranes castellanos, explicados con la mayor concisión y claridad*, Madrid, Librería de don Pablo León Villaverde.
- SEJOURNANT, Nicolás de (1759), *Nouveau dictionnaire espagnol-françois et latin. Tome premier*, Paris, Chez Charles-Antoine Jombert.
- SUAZO PASCUAL, Guillermo (1999), *Abecedario de dichos y frases hechas*, Madrid, Editorial EDAF.
- TEJERO ROBLEDO, Eduardo (1996), «Arabismos en la lengua castellana: pretexto para el reencuentro magrebí», *Didáctica*, nº 8, pp. 295-318.
- V., F. y M. B. (1841), *Colección de refranes y locuciones familiares de la lengua castellana*, Barcelona, Librería de Juan Oliveres, Editor.
- VALENZUELA RUBIO, Manuel (2022), «El Madrid precortesano: la gestación de una capital (siglos XIV-XVI)», *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, nº 157, pp. 221-288.

Crónicas sevillanas

Los bandos de Sevilla

por

*El autor de las Leyendas jerezanas*⁷

¡Y si luego se quisieran defender los sagrados derechos de la humanidad y de la libertad...! ¿Mas qué se pretendía en aquel ominoso siglo? ¿Que el rey se llamase Enrique o Alonso era motivo suficiente para que se derramase la sangre del pueblo?

Capítulo 2⁸

TOMO 2.^º⁹

Capítulo 1.^º La jura en Ávila

Durante el turbulento reinado de don Juan el 11 fue nuestra patria trabajada de males sin cuento, merced a la debilidad del monarca, a sus poderosos privados y a la inconstancia de los grandes de aquellos siglos,¹⁰ y no por que muriese lograron los españoles mudar de suerte; coronado don Enrique sin la menor oposición en Valladolid, puso enseguida en libertad a los condes de Alba, y de Treviño, y a otros varios personajes que por diversas causas se hallaban presos; de este modo, las fiestas fueron más alegres y regocijadas, y

⁷ La alusión a las *Leyendas jerezanas* nos lleva a ubicar la fecha de composición del texto, o al menos de la presente copia que hemos usado como testimonio, con posterioridad a 1838. Teniendo en cuenta que Hué y Camacho falleció en 1841, tuvo que ser compuesta o copiada en esta reducida franja de cuatro años.

⁸ Esta cita está extraída de un excursus llevado a cabo por el narrador que en efecto puede localizarse en el segundo capítulo de la novela.

⁹ Entendemos que se refiere al tomo segundo de las *Crónicas sevillanas*, no de *Los bandos de Sevilla*, obra que se inicia desde el principio a continuación. A partir de aquí podemos intuir que quizá previamente copió también de un modo más pulido el manuscrito de *Alejo y Guiomar*, lo que constituiría el primer tomo, aunque ese posible autógrafo actualmente estaría perdido.

¹⁰ Esta valoración tan negativa del reinado de Juan 11 y del mucho poder que tuvo su valido Álvaro de Luna puede estar inspirada también en *Los bandos de Castilla* de López Soler, obra que, como vimos, está estrechamente relacionada con la aquí presente. El escritor manresano se había basado en numerosas fuentes historiográficas mediante las que componer una imagen pesimista de esa corte, en la que el soberano apenas tiene capacidad para controlar a Álvaro de Luna, quien quedaba retratado de manera muy negativa (Rubio Cremades, 2016: 74-76).

comenzara al parecer una era de paz y de ventura;¹¹ mas esta apariencia pasó con demasiada rapidez; así, en las ardientes noches del mes de agosto vese al mar dormir tranquilo en las tempestuosas playas del océano, mas poco a poco se van hinchando las olas con suavidad, hasta que al fin saltan furiosas amenazando tragarse las campiñas y los pueblos.

El reino necesitaba entonces una mano fuerte, aguerrida, constante, que reuniese en torno del solio los diversos partidos y los hiciese ante él doblegar su altiva cerviz; pero el nuevo rey salió igual a su padre en lo descuidado, y en lo demás mucho peor; los ratos ociosos que el primero pasaba oyendo a su valido Álvaro de Luna recitar los versos de Juan de Mena o las sentidas trovas de Jorge Manrique,¹² los ocupaba su hijo con inmundas cortesanas en desaforados apetitos carnales,¹³ y así abandonaba a su esposa doña Beatriz;¹⁴ perdía la salud de su cuerpo, la energía de su alma; adquiría con esta conducta y manejo el nombre de Impotente,¹⁵ y también con sobrado motivo el de Pródigo; juntaba en efecto tesoros con ávida codicia, y los repartía luego sin venir al caso; daba sus lugares y villas a los grandes y plebeyos, y con la misma facilidad se los quitaba;¹⁶ a pesar de tantos vicios, era afable, cortés, nunca olvidaba los beneficios que le hicieran, y sí las mercedes con que los retribuía; estas virtudes eran buenas, pero pocas y débiles para contrarrestar sus defectos, y más en aquellos tiempos azarosos de rivalidades y ojerizas personales: nada supo hacer para sí, y don Juan Pacheco, con más ventura que don Álvaro de Luna, gobernó el reino a su placer durante su larga vida.¹⁷

¹¹ Es correcta la información proporcionada sobre la coronación de Enrique IV en Valladolid y la liberación de esos dos nobles, aunque lo relativo al primero de estos fue en realidad más complicado: «Enrique IV fue proclamado rey el 23 de julio de 1454 en el monasterio de San Pablo de Valladolid, y su crónica refiere el bello discurso que dirigió a los Grandes del reino, finalizando con el perdón otorgado a los condes de Alba y Treviño, que mereció los más encendidos elogios de los presentes. Sin embargo la realidad se presenta menos idílica. El perdón efectivamente se produjo pero el 10 de septiembre de 1454, y únicamente después de transcurrida la última prórroga, es decir retuvo al conde de Alba hasta el final» (Calderón Ortega, 1994: 54).

¹² Hué y Camacho cae en un anacronismo al presentar al mismo tiempo a Juan de Mena y a Jorge Manrique en la corte de Juan II y en su plenitud literaria. Es el mismo error que cometería Manuel Fernández y González en *El condestable don Álvaro de Luna*, que ignora la diferencia de edad entre uno y otro poeta, tal vez por confundir a Jorge Manrique con su tío Gómez Manrique (Préstamo Landín, 2017: 242-243).

¹³ En concreto, a Enrique IV se le atribuyen hasta tres amantes a las que pagó por sus servicios sexuales, y estas fueron Catalina de Guzmán, Guiomar de Castro y Beatriz de Vergara, pero esos devaneos con cortesanas en realidad fueron «actos de puro exhibicionismo típico de los esquizoides con problemas de índole sexual», que solo podían llevarse a cabo porque su impotencia era parcial y «le permitiría realizar algún tipo de relación sexual esporádica o incompleta» (Maganto Pavón, 2003: 238).

¹⁴ Introduce aquí el autor la llamada a una presunta nota del final, que marca con el número «I». Sin embargo, al final del manuscrito M/219 no hay ninguna sección de notas, la cual probablemente también quedara deteriorada o ilegible en el borrador original. Con respecto al abandono al que Enrique IV sometió a su presunta esposa «Beatriz», lo cierto es que el monarca nunca estuvo casado con una mujer así llamada. Contrajo matrimonio en primeras nupcias con Blanca de Navarra, a la que repudió, y más adelante se volvió a casar con Juana de Portugal (Maganto Pavón, 2003: 214).

¹⁵ Lo que aquí plantea el narrador no es verosímil si tenemos en cuenta lo antes explicado sobre cómo los devaneos con las prostitutas fueron, precisamente, consecuencia de cierto afán exhibicionista causado por su impotencia parcial. Esos problemas de salud, por tanto, eran previos a su actitud libidinosa.

¹⁶ Podemos confirmar estas últimas afirmaciones gracias a Ortega Rico, quien explica que «el uso dado al tesoro tras la deposición en efígie del monarca servía para ratificar el comportamiento avariento de Enrique IV, en unos casos, y pródigo en otros, en la medida en que su dispendio o falta de gasto respondían únicamente a un afán de perpetuación en el poder, contrario al reino, que habría terminado por socavar las bases de su autoridad» (2021: s. p.).

¹⁷ Juan Pacheco intentó tomar a Álvaro de Luna como referente, pero con «la lección aprendida para evitar recibir el mismo final que el condestable», lo que le permitió «manejar a su antojo al monarca y liderar a una parte de la nobleza hasta el punto de desatar una revuelta que mantuvo escindida a la aristocracia hasta la consolidación de los Reyes Católicos en el trono» (Carceller Cerviño, 2009: 86).

Habiendo repudiado a doña Beatriz,¹⁸ casose a poco en Córdoba con doña Juana,¹⁹ hermana del rey don Alonso de Portugal;²⁰ celebráronse las bodas con sarao, torneos y otras mil fiestas públicas: en los primeros años de su reinado movió varias veces cruda guerra²¹ a los moros de Granada;²² taló sus panes, derrotó a sus huestes y asentó sus reales a la vista de la altiva y poderosa ciudad: el papa Calixto le envió para sobrellevar estas guerras una bula de cruzada para vivos y muertos,²³ cosa nueva en España,²⁴ y la predicó fray Alonso de Espina, que traía de su Santidad amplias facultades para absolver en todas materias;²⁵ juntaronse trescientos mil ducados,²⁶ que, según quejas de los escritores contemporáneos, no todos se gastaron en la guerra contra los infieles;²⁷ concluidas estas lides, vino de Roma un embajador del papa, que con cartas muy honoríficas para el rey le traía un estoque y un sombrero, prendas que se usaban bendecir las noches de Navidad, y regalarlas después a los príncipes de más nombradía.²⁸

Estos días de bonanza y de placer en la corte de Castilla no fueron de larga duración: acontecieron desgracias en las lides contra los moros,²⁹ los grandes principiaron a rebelarse, y se hermanaban entre sí por sus particulares intereses, cohonestando este proceder tortuoso con las apariencias del bien público;³⁰ a ejemplo de los príncipes y magnates, el pueblo se entregó a los mayores excesos, y aún, según graves historiadores, los eclesiásticos no eran los menos que se daban a espantosas disoluciones;³¹ entre otros, fue notorio el escándalo hecho de don Rodrigo de Luna, arzobispo de Santiago, que de la casa paterna arrebató una novia en el mismo acto de estarse celebrando sus bodas, con cuyo motivo

18 De nuevo vuelve a aparecer una llamada marcada con un «1»; es decir, debía remitir a la misma nota que la llamada anterior.

19 En efecto, Córdoba fue la ciudad donde tuvieron lugar los desposorios de Enrique IV con su esposa Juana (Salvador Miguel, 2005: 189).

20 Concretamente, era hermana de Alfonso V el Africano (Floriano Llorente, 1983: 251).

21 Aquí hay de nuevo una llamada a las presuntas notas del final, aunque esta vez marcada con un «2».

22 En realidad, las relaciones de Enrique IV con los musulmanes de Granada fueron «pacíficas, únicamente rotas por reclamaciones de unos y otros a causa de faltas a los capitulos de las sucesivas treguas firmadas, tales como robos y cautiverios», mientras que «las treguas de 1469 y 1472 no evitan acciones de tinte violento» (Jiménez Alcázar, 1992: 79-80).

23 Se refiere al papa Calixto III, que efectivamente le otorgó a Enrique IV una bula de cruzada que el monarca pudo usar «en empresas que respondían a sus intereses políticos más inmediatos, sin ajustarse a la finalidad teórica perseguida en los documentos de concesión pontificia» (Ortego Rico, 2018: 259).

24 Este dato es erróneo. El padre de Enrique IV, Juan II, ya había recibido antes una bula de cruzada, en 1431, que en ese caso fue otorgada por el papa Martín V (Ortego Rico, 2018: 241).

25 Tal fue, en efecto, el nombre del fraile que predicó la bula, quien «se convertiría a partir de ese momento en firme defensor de la validez de las indulgencias y de la cruzada enriqueña» (Ortego Rico, 2018: 240).

26 Ortega Rico comenta que «la ausencia de registros contables impide realizar una cuantificación exacta de los ingresos obtenidos de la venta de indulgencias», pero que «Alonso de Palencia cifra en 800.000 ducados el total ingresado en las arcas en concepto de cruzada a lo largo de estos años, mientras que los datos de la Crónica anónima y los aportados por Diego de Valera establecen en 100.000.000 mrs el rendimiento fiscal de las campañas de predicación, descontando los gastos de tesoreros y receptores» (Ortego Rico, 2018: 251). En cualquier caso, parece que la cantidad excedió sobradamente a los trescientos mil ducados de los que habla Hué y Camacho.

27 Hué y Camacho parece estar refiriéndose al desconocido autor de la *Crónica anónima*, quien denunció cómo solo una pequeña parte del dinero recaudado fue destinada a la lucha contra los musulmanes (Ortego Rico, 2018: 255).

28 La espada y el sombrero papales habían recibido la bendición del papa Calixto III en la Misa de Gallo de 1457, y la recepción de estas prendas tuvo lugar el 25 de marzo de 1458 en el alcázar real de Madrid; tal estoque, de hecho, aún se conserva en la Real Armería de Madrid con la signatura G-5 (Ortego Rico, 2018: 241).

29 Se puede mencionar, por ejemplo, el asalto de Abu-l-Hasán sobre Xiquena, que «preocupó a la máxima autoridad militar del reino: el adelantado» (Jiménez Alcázar, 1992: 91).

30 Juan Pacheco, por ejemplo, reunió en 1464 a una junta de nobles en Burgos, en la que «se acusó gravemente a Enrique IV por proteger a los musulmanes poniendo en peligro la fe cristiana, entregar el poder a Beltrán de la Cueva, quebrantar la moneda y proyectar la muerte de los infantes» (Romero Portilla, 2002: 198).

31 La corrupción en los conventos llevó a que posteriormente los Reyes Católicos encomendaran a Cisneros en 1494 la reforma de los conventos, para lo cual le fue de ayuda una bula obtenida por el papa en 1496 (Pérez, 2014: 211-214).

los habitantes de aquel país se rebelaron bajo las órdenes de don Juan Osorio;³² pasaron así algunos años sin lograr siquiera un minuto de paz los oprimidos pueblos, hasta que, confederados el arzobispo de Toledo, el marqués de Villena, don Pedro Girón, maestre de Calatrava, los condes de Alba y Plasencia, y otros señores,³³ se apoderaron del príncipe don Alonso, que había sido ya jurado heredero inmediato a la corona, y se lo llevaron a Ávila.³⁴

No era entonces esta ciudad como ahora, un cadáver exánime cual muchas de las principales poblaciones de las Castillas; rebozaban en ella riquezas, las manufacturas, y muchos esplendorosos caballeros la habitaban; uno de estos días alzábase en medio de la plaza un ancho y elevado cadalso; tapizado estaba con paños negros y morados, y sobre él veíase una estatua con regias vestiduras: un inmenso pueblo llenaba aquel recinto y su lúgubre silencio se aunaba bien con las piedras negruzcas y de colores opacos con que entonces y ahora se construían los principales edificios; las azoteas, balcones y tejados hormigueaban también de gentes ávidas de ver las ceremonias notables que parece iban a practicarse.

Enfrente del tablado, y apoyados contra el umbral de una puerta, había un grupo de cuatro a seis hombres que hablaban algo más recio que los demás; dos albañiles jóvenes y un chapinero de más edad eran los que llevaban la palabra.

—Ya os lo he dicho, compadre —decía este último, que era un hombre chiquetete de cuerpo y tenido por sabihondo—; justo, justísimo es lo que esta mañana se va a practicar.

—Ya, pero, siempre el respeto... —contestó uno de los dos.

—Qué respetos ni qué calabazas, ¿queréis que por guardar necios miramientos se pierda la España del todo? Aquí no hay más, sino entregarnos a cierra ojos en manos de estos señores; lo demás es pedir cotufas al golfo, pues... ¿Habían de fraguar nada malo cuando están metidos en la tunga nada menos que el señor arzobispo de Toledo, persona de las más piadosas del mundo si las hay?

—Es verdad, compadre, pero yo no hallo tantos motivos...

—¡Jesús! ¡Qué error! Oídme y juzgaréis, ya que es temprano y todavía los señores tardarán algún rato; se conoce que no estáis enterados de lo que pasa... Yo sí, porque gracias a Dios he viajado algo, y no hay mandadero que venga de la corte a quien no pregunte y repregunte... Por eso está uno al cabo de los negocios... Porque, no haciéndolo así, vaya, se vive como unos zopencos.

—Tenéis razón, y hablad cuanto os diere la gana, que os escucharemos con mucho gusto.

—Pues, señor, en faz y en paz debéis saber que han sido tantos los dislates y tropelías del rey don Enrique IV, que en verdad merece eterno baldón. ¿Quién podría enumerar sin espantarse las inmensas larguezas que ha usado con gentes de poca valía? Sabido es que apenas murió Gonzalo de Quiroga, prior de san Juan —que mejorando lo presente era un valiente y leal caballero—, dio el priorazgo, ¿a quién os parece? ¿Pensáis que fue algún ilustre procer o valeroso caudillo? Pues nada, se lo embocó a Juan de Valenzuela, criado

32 Esta anécdota aparece recogida en la ya mencionada *Crónica anónima*, que el autor parece seguir, aunque ahí no se señala a ningún «Juan Osorio» como cabecilla de esa rebelión, sino a «Fernando de Andrada, e Suero Gómez de Sotomayor, e Lope Sánchez de Ulloa, e Bernal Díaz, e muchos otros sus parientes e amigos» (Anónimo, 1991: v. 2, 89).

33 De esa liga nobiliaria formaban parte, aparte de las personalidades mencionadas por Hué y Camacho, otras tantas como el yerno de Juan Pacheco, Rodrigo Alfonso Pimentel, conde de Benavente, o el conde de Paredes Rodrigo Manrique (Romero Portilla, 2002: 194-198).

34 La proclamación del príncipe Alfonso como «rey» por esa liga nobiliaria tuvo lugar, en efecto, en Ávila durante junio de 1465 (Romero Portilla, 2002: 199-200). Este es, precisamente, el escenario que escoge Hué y Camacho para dar inicio a su novela.

suyo, mancebo de veinte años e hijo de un platero de Córdoba.³⁵ ¡Ya veis, un platero! Un oficio tan nuevo y tan poco necesario... Yo no lo cambio por el mío.

—Por supuesto, compadre.

—Enseguida plantó en la mano el maestrazgo de Alcántara, que estaba vacante por muerte de don Gutierre de Sotomayor, a Gómez de Soles,³⁶ hijo natural de un hidalgo de Cáceres, hombre pobre en demasía, a quien el rey había recibido a su servicio por una cuchillada buena que dio a un toro en la plaza...³⁷ Luego dio infinidad de lugares y villas a don Beltrán de la Cueva, que era paje suyo de lanza...³⁸

—Al fin don Beltrán es un hombre leído, y a quien no se le posan las moscas encima.

—¡Toma! Sabe muy bien por dónde le aprieta el zapato; por eso ha llegado a ser uno de los caballeros principales de España... ¡Qué rey, compadre! Mientras se entretenía en decir carocas a Catalina de Sandoval... Ahora por esta dama... Vosotros ignoráis quizás que tuvo otro enamoramiento llamado Alonso de Córdoba... Lo supo don Enrique, y al pobre galán le cortó la cabeza en medio de la plaza de Medina del Campo... La señora salió gananciosa, pues la hizo abadesa en Toledo del Monasterio de san Pedro de las Dueñas,³⁹ bajo el pretexto de que aquellas monjas necesitaban reforma. ¡Mirad qué buena sería para ese encargo la barragana de un rey!

—En estos tiempos, compadre, como de esas cosas que se ven a cada paso.

—Salió nuestro hombre de una y entró en otra; quiero decir que siguió en amoríos con doña Guiomar, dama, según cuentan, de una apostura y lindeza sin igual; yo estaba entonces en Valladolid, y exactamente supe las zambras y peloterías que diariamente acontecían en palacio entre la reina y la manceba; llegaron a decir las malas palabras, hasta que la reina puso un día las manos en doña Guiomar y la maltrató malamente.⁴⁰

—¡Jesús! ¿Y a todo esto el rey qué decía?

—El rey nunca dice nada; como que se cuenta por muy seguro que doña Juana es hija de la reina y de don Beltrán, y tampoco con estas cosas dice nada.

—¿Hay tal? ¿Será cierto?

—Yo no lo he visto... Pero así lo dicen, y cuando el río suena, agua o piedra lleva; si son habladas de malos allá, con su pan se lo coman, y Dios se lo pedirá en cuentas, que no a mí... Lo cierto es que el rey estaba y está chocho por don Beltrán, pues cuando vino el embajador de Bretaña, hubo un torneo en el Pardo; fue el dicho don Beltrán el mantenedor, y después dio un espléndido banquete, y saliera tan contento don Enrique que mandó edificar en el mismo lugar del torneo un convento de frailes jerónimos.⁴¹ ¿Qué tal, compadre? Mirad si viene bien el don con la veinticuatría. Así anda todo por nuestro

³⁵ Juan de Valenzuela fue, en efecto, prior de San Juan después de Gonzalo de Quiroga (Barquero Goñi, 2002: 146), aunque en realidad consiguió ese cargo por mediación del mismo Enrique IV, que le tenía especial devoción (Barquero Goñi, 2002: 149). Valenzuela fue muy despreciado y atacado en poesías satíricas (Alemany Ferrer, 1981: 39).

³⁶ Gutierre de Sotomayor, maestre de Alcántara, había fallecido en 1454, aunque su sucesor no se llamaba «Gómez de Soles», sino «Gómez de Cáceres y Solís» (Ayala Martínez, 2007: 851). Justo después, en cambio, Hué y Camacho interpreta que «de Cáceres» no es su apellido, sino el lugar del que procede.

³⁷ En realidad, Enrique IV dio ese cargo a Gómez de Cáceres y Solís «a cambio de la sumisión de los Solís» (Domínguez Vinagre, 2001: 592).

³⁸ Es cierto que Beltrán de la Cueva comenzó inicialmente con ese cargo, el de paje de lanza (Carceller Cerviño, 2007: 34).

³⁹ Encontramos referida esa misma anécdota en González-Doria (1978: 35).

⁴⁰ Esta otra anécdota también es cierta; en concreto, Juana «confronted her rival on the staircase of a tower, assaulted her with vile swords, pulled her hair, and began to beat her on the shoulders and head with a shoe» (Marino, 2001: 48).

⁴¹ Se refiere al monasterio de Santa María del Paso, «fundado en 1464 por Enrique IV en el camino del Pardo a orillas del río Manzanares», que en efecto erigió como agradecimiento a Beltrán de la Cueva por la mencionada fiesta en agasajo del embajador britano (Valenzuela Rubio, 2022: 241).

mal. Apenas este mismo año se han manifestado en el cielo grandes y poderosas señales que indican tan claro como el agua la cólera de Dios.

—¡Señales! Si han sido cometas, yo no me acuerdo, y ojalá no haya acontecido, porque entonces...

—Eso sería un juguete, compadre, todavía es peor lo que ha sucedido; se vio por muchas horas una gran llamarada en el aire en medio del día, que se dividió luego en dos partes, y la tuna tomó a poniente, y la otra al norte...

—¡Zape! Ahí es nada lo del ojo, y lo llevaba en la mano.

—Aquellas ráfagas salieron culebreando en figura de serpiente, unicornios, linceos y otras animalias espantosas.

—¡Qué horror sería contemplar tantas visiones!

—Ya veis lo que sería cuando solo de contarlo ahora se me eriza el pelo; luego, en Burgos y Valladolid cayeron unas piedras tan grandes... Así como ruedas de molino, que mataron muchos ganados.

—¡Ya se ve cómo eran tan grandes!

—Al animalito que cogía una de ellas, debajo lo dejaba achancado por *secula seculorum*.⁴²

—Preciso.

—Luego, en Peñalver, que es un pueblo de la Alcarria, un niño de tres años agarró en las manos un crucifijo y...

—Sería para jugar con él o para romperlo.

—¡Qué disparate! Agarró, pues, el crucifijo en la mano y salió por las calles anunciando con fuerte y sonora voz los males y trabajos que se esperaban si no hacían todos pronta y eficaz penitencia... Pero ni por esas... Nadie se enmendó... Y luego... Más bulla suena por aquel lado... Chitón, y no perdamos ripio.

El clero, los magnates y muchos caballeros y escuderos venían formando vistosa procesión, y, después de rodear el tablado, subió a un balcón el arzobispo de Toledo, y hablara así:

—Habitantes de Ávila, jamás permite Dios que el malo y el inicuo prosperen sobre la tierra; digo esto porque, aunque hayáis visto encumbrado al rey don Enrique de Castilla por luengos años, ya le llegó su hora, como a todo aquel que se aparta del camino de la religión y de la justicia; grandes y poderosos son los cargos que pueden hacerse; vosotros sois testigos de que las ciudades más populosas, las villas más principales, las aldeas y campiñas más fértiles con mano larga se dan por este rey, no a aquellos ilustres varones que derraman su sangre contra los infieles, no, sino a los meninos y donceles del palacio, a los pajes y mozalbetes que lo cercan; a los que son instrumentos de sus viles placeres, o de su pública deshonra; mantiene también en su derredor a algunos desalmados moros que violan impunemente las esposas e hijas de los cristianos; el palacio real se ha tornado espantoso y abominable lupanar donde cada cual, siguiendo el ejemplo de la reina y de su galán don Beltrán de la Cueva, se entrega a las más torpes y dañosas lascivias; si tal se halla el lugar donde la cabeza del reino habita, figurémonos cual estarán los demás del reino; el descalabro de las costumbres públicas y privadas, las faltas de justicia, la violación de las santas leyes y de las venerandas costumbres son consecuencia inmediata del abandono y flojedad de este rey; por eso ya no debemos tolerarlo más, no, la paciencia es una virtud que tiene sus límites, y en siendo desmedida, es servil cobardía y mengua eterna cuando traspasa los términos de la prudencia: en vista de estas poderosas razones, los prelados y magnates de Castilla han determinado privar de la corona a tan impotente

⁴² En realidad, es «saecula saeculorum». No parece tanto un error del autor, sino uno introducido a propósito para mostrar la pedantería e ignorancia del personaje.

rey, y, por no estar presente, que se haga la ceremonia en esa su estatua que veis encima del tablado; caiga en primer lugar de su cabeza la corona que no merece...

Y el pregonero, que estaba al lado de ella, se la quitó y la echaron a rodar por el suelo.

—Y ese cetro que tan malamente sabe regir y que solo tiene para daño y mal de los españoles, quítesele también...

Y el cetro cayó también al suelo.

—Y despréndanse de sus hombros ese manto real, que con tanta gloria han llevado los reyes sus ascendientes, y él con tanta mengua.

El sayón tiró el manto en medio de la plaza: todo el mundo huyó el cuerpo para que no le cayese encima aquel ropaje.

—Y caiga también, y hágase trizas esa efigie hecha a semejanza suya...

Y la estatua salió rodando y se hiciera menudos pedazos.⁴³

Enseguida de esta ceremonia, quitaron del tablado los paños negros, y en su lugar pusieron ricas y delicadas alfombras, alzaron en hombros al infante don Alonso, hermano del rey, y el alférez mayor de la ciudad sacó el pendón de Ávila, y dijo en alta voz:

—Castilla, Castilla, Castilla, por el muy alto y muy poderoso rey don Alonso, que Dios guarde muchos años antes.

—Amén, amén —respondió el pueblo.

Así terminó aquel acto, y la procesión tornó de nuevo a las casas capitulares entre las estrepitosas aclamaciones y vítores al nuevo e improvisado soberano.

Capítulo 2º. Juana Sandoval

Con esta extraña ceremonia tan desusada en España quisieron los grandes castigar los vicios más o menos ponderados del débil don Enrique; notable fue aquel acontecimiento, y por él debieron conocer los reyes absolutos cuán frágil es el poder fundado solo en el temor, pues acontece en ocasiones que el árbol del despotismo, aunque parezca lozano y erguido, está en su interior carcomido, y por eso el mando y orgullo de los tiranos pasa rápido como pasan de una parte a otra en la desierta arabia las montañas de arena seca y movediza.

Reuniéronse aquella misma noche en la posada del arzobispo el maestre de Calatrava y todos los magnates que concurrieran a la plaza de Ávila.

—Ea, señores —dijo el prelado—, ya hemos tirado el guante, y no es tiempo de que nos volvamos atrás.

—Merecería eterno oprobio el que tan siquiera se atreviese a imaginarlo —le respondió el maestre.

—Es verdad, mas, para que sirva de provecho lo que hemos practicado, es preciso que Burgos, Valladolid y las ciudades de Andalucía sigan nuestro ejemplo.

—Lo malo es que nuestro monarca sea un niño.

—Un niño es, maestre, mas como tiene el poder en su mano puede hacernos cuantiosas mercedes a nuestro gusto y sabor.

—Además, dado el primer paso, aunque no sea más que para conservar lo que tenemos, nos surge caminar adelante, porque los reyes nunca perdonan los agravios que se les hacen.

—Os engañáis de par en par respecto a don Enrique; como es tan simple, a pesar de la afrenta que le acabamos de hacer, si nos presentamos en su corte nos recibirá con los brazos abiertos.

⁴³ De nuevo aparece una llamada al final, esta vez marcada con un «3».

—Podrá ser, mas no hay que fiarse mucho de los tigres, que, aunque escondan las uñas y bajen los ojos, al fin son tigres.

—Convengo, además, ya nuestra suerte está echada, y debemos seguir con paso firme por la principiada senda, por eso conviene enviar con rapidez mandaderos a todas partes, para que se alce, como dije antes, la voz en nombre de don Alonso. ¿Qué pensáis de este consejo, maestro?

—Me parece acertado, mas yo tentaría antes la suerte de las armas, y acometería a algunas ciudades o villas principales, enarbolando en ellas el pendón de don Alfonso, y entonces vería toda España que, si nos atrevemos a denostar en público a don Enrique, si arrojamos y pisoteamos su estatua, no son estas demostraciones juegos pueriles ni algaradas inútiles, que tenemos manos para menear las espadas y las lanzas, y que seguiremos intrépidos por el camino de la gloria: después de estos brillantes hechos, enviemos mandaderos por doquier, y entonces fácilmente se allegarán todos a nosotros, porque somos valientes, y porque hemos meneado bien los brazos para defender nuestra causa.

—Yo quisiera economizar la sangre de los cristianos.

—La sangre de los cristianos debe economizarse cuando fuere oportuno, pero muchas veces es preciso que se derrame; vos no entendéis, arzobispo, de estos achaques de guerra; más vale que mueran en los principios diez hombres que no luego diez mil cuando ya se han encarnizado los partidos; entonces los pueblos siguen cada cual su bandera, y se vierten de un lado y otro arroyos de sangre humana.

Concluidos estos razonamientos, los conjurados opinaron que los dos pareceres debían unirse, y así, al propio tiempo que por sus sugerencias se alzaron Burgos y Valladolid, pasaron a sitiar Peñaflores, que se resistía a sus deseos; a pesar del valor de sus defensores, cayó en poder de don Alonso; enseguida fueron a cercar a Simancas, donde la fortuna no les fue tan próspera: ávidos del rico botín que esperaban tomar, el mismo maestro y el arzobispo de Toledo los apretaban en persona con el mayor empeño, mas los sitiados se defendieron como leones, y, a incitación de lo hecho en Ávila, arrastraron por las calles la estatua del arzobispo y le compusieron varias coplas que terminaban así:

*Aquesta es Simancas, don Opas traidor;
Aquesta es Simancas, que no Peñaflores.⁴⁴*

Por último, después de muchos meses de inútiles tentativas, las huestes rebeldas se retiraron, y Simancas quedó libre.

Después de este fracaso, trataron, para equilibrar tan funesto suceso, de enviar con prontitud a Andalucía al maestro de Alcántara con Fernando Covarrubias, Pedro de Zúñiga, Lope García y su hijo Diego.

¡Desgraciada España! No le bastaba tener aún encima el azote de los sarracenos, la impericia de un rey débil, los escándalos de su corte y el desorden en la administración pública, sino que, para colmo de su desdicha, era preciso que se esparciese sobre ella la terrible calamidad de la guerra civil: en tales lides no hay hermanos, ni esposos, ni padres, ni hijos; ciegos todos en el sostenimiento de un partido, miran con odio hasta los más caros objetos de su corazón si no sigue su propia bandería; la venganza, esa horrible pasión tan apegada al corazón del hombre, se muestra llevando sus manos las teas incendiarias, el veneno y el puñal... Ni el tierno niño que aún apenas sabe pronunciar el nombre de su madre, ni la doncella que comienza a presentarse erguida como la rosa de primavera,

⁴⁴ Son veraces la anécdota referida y los versos cantados por los habitantes de Simancas en oposición al arzobispo (Parrilla García, 1997: 75).

ni el anciano respetable cubierto de honrosas canas se libran del furor del abominable monstruo... Y si luego se quisieran defender los sagrados derechos de la humanidad... ¿Mas qué se pretendía en aquel ominoso siglo? ¿Que el rey se llamase Enrique o Alonso era motivo suficiente para que se derramase la sangre del pueblo...?

Parece que estas escenas lamentables solo deberían tener cabida en los gigantescos bosques del norte, donde una raza de hombres brutales se disputaban sin cesar aquella tierra inculta y salvaje, y no en climas templados y amenos; por desgracia, lo contrario sucedía, y las blandas orillas del plácido Guadalquivir, del espacioso Tajo o del impetuoso Ebro se ensangrentaron con tan desastrosas pugnas... ¡Profanos! Contemplad esos olorosos bosques, donde los jazmines y naranjos se entrelazan juntos y forman un ambiente embalsamado con su delicado aroma... Y deponed las rencorosas armas... ¿No sois los dos hermanos? Pero no, la ambición y el orgullo dominaban por doquier, y en especial dentro de los muros de Sevilla, donde vamos ahora a trasladar la escena de nuestra historia. Dos grandes partidos mandaban o querían mandar en ella; los duques de Medina, enorgullecidos con el lustre de su alta alcurnia, sus riquezas y los muchos pueblos que les rindieran vasallaje, dominaban la ciudad como absolutos señores; los condes de Arcos —que después fueron marqueses de Cádiz— oponían a este prestigio su igual sangre, bienes y poderío, y querían también disponer a su antojo de los sevillanos;⁴⁵ los demás, nobles y pecheros, seguían las banderías de uno o de otro, y diariamente las calles de la ciudad se ensangrentaban con las peleas de entrambos partidos, y se cometían otros muchos inauditos desórdenes; tal era el estado de Sevilla cuando estalló la revolución de Ávila a favor de don Alonso.

Mientras acontecen estas cosas, veamos lo que pasaba en el interior de la casa de Juana Sandoval; desde tiempo inmemorial se admira la gracia y lindeza de las jóvenes que vivían en las orillas del Guadalquivir; si algunas no presentan en sus facciones toda aquella regularidad que desearse debe, tienen en recompensa maneras tan interesantes y agraciadas que cautivan al más frío corazón: mancebos de pecho blando, si queréis conservaros libres de las heridas del amor, huid de las riberas del Betis; el ambiente que allí corre es como el de la isla antigua de Cíteres,⁴⁶ donde en el aire, en el suelo y en el mar solo se respiraba el más puro y acendrado deleite; la suavidad del clima de Sevilla, sus amenos vergeles, la abundancia de ricas aguas y de saludables comidas, su opulencia, su comercio, todo desde tiempo inmemorial hacía que fuese la reina de Andalucía, el asilo de los placeres, el lugar más lleno de halagüeñas fruiciones... Juana Sandoval era... ¿Mas, para qué cansarnos en individualizar sus facciones y gallardía? Mostrábase como una hermosa sevillana, y está ya dicho todo; su padre, que era de los principales nobles de la ciudad, había fallecido, y dejádola en compañía de su madre, atendida a una módica fortuna, pero Beatriz y su hija eran personas tan arregladas que con su economía más bien aparentaban hallarse muy holgadas de medio que no con escasez.

—Querida Juana —le dijo un día su madre sentadas detrás de una celosía que caía a la calle de la Botica de las Aguas,⁴⁷ donde vivieran—, ¿por qué estás siempre tan triste? ¿No podré yo nunca recabar de ti que me rebeles la causa de tu dolor?

—¿Yo dolor, mi querida madre?

⁴⁵ Los Guzmán, duques de Medina Sidonia, fueron en efecto rivales de los Ponce de León, condes de Arcos, por el control de Sevilla «desde finales del siglo XIV» (Sánchez Saus, 2005: 904-905). El título de «marqués de Cádiz» le fue concedido a Rodrigo Ponce de León en 1471 (Sánchez Saus, 2005: 909).

⁴⁶ Entendemos que se refiere a Cítera.

⁴⁷ Se refiere a la actual calle de Guzmán el Bueno, que antaño se llamaba Botica de las Aguas (Díaz Blanco y Hernández Rodríguez, 2022: 108).

—Sí, Juana; el tinte melancólico que en tu cara se advierte me lo muestra bastante, además de los ahogados suspiros que se escapan de tu pecho sin que apenas lo adviertas.

—¿Suspiros yo?

—¿Por qué me ocultas lo que en ti pasa? ¿No soy yo tu mejor amiga?

—Es verdad...

—Nada debes esconder a mi cariño; conozco bien que la juventud... Yo también suspiraba en mis días felices... Pero tú...

—Pero, madre, si yo...

—No tienes motivo razonable para tamaña aflicción... Hablas casi diariamente con tu amante...

—¡Mi amante!

Y Juana bajó la cabeza y se sonrió amargamente.

—Sí, tu amante: Jaime Coronel, el joven más galán y rico de Sevilla.

—Su rostro es excelente, mi querida madre, tiene un cuerpo airoso, monta a caballo cual ninguno, posee riquezas inmensas, toca un laúd con primorosos dedos...

—¿Pues entonces?

—Le faltaba, para mi gusto, la principal.

—No te entiendo.

—Yo me explicaré: sé cosas tuyas que os harían temblar, mas solo os diré que malgasta sus riquezas en banquetes, en obsequiar mujeres perdidas... Y esto es lo menos malo que hace; nunca ha gastado una dobla en socorrer al infeliz, ni su espada se ha desenvainado jamás para defender al oprimido... Porque... Os lo diré en confianza, a pesar de toda su bambolla y apariencia, es un cobarde.

—Por Dios, Juana, refrena tu lengua y no digas tales cosas.

—¿Y yo he de casarme con semejante hombre?

—Pero ya ves tú, hija... Luego está tan bien quisto del duque...

—Nada me importan a mí las riquezas ni el duque, porque ello alguien nos ha de mandar y...

—Sí, pero los amigos hacen por los amigos.

—Tampoco quiero honores, no... Lo que me interesa es tener un esposo virtuoso, jovial, amable, que me cause placeres y no amargura, que todos lo amen y no lo teman.

—Quizás Jaime, con tus consejos y tu ejemplo...

—No, madre mía. ¿Habéis oído jamás contar que el buitre se haya tornado cándida paloma? Jaime Coronel mamó desde la cuna esas semillas de corrupción tan comunes en los hombres de estos tiempos desgraciados.

—Es verdad, hija mía.

—Yo quisiera vivir con un esposo de mi gusto, y más que fuera en un rincón oscuro y solitario; no echaría de menos, por cierto, ni el boato ni las grandezas de esta hermosa ciudad.

—No trato de hacerte infeliz, pero tú bien sabes...

—Por la calle viene Coronel. ¿Queréis que yo le hable con claridad?

—Haz lo que mejor te parezca.

Hízole una seña Juana, y Jaime, que no estaba acostumbrado a entrar de día con tanta facilidad en casa de su señora, se sorprendió alegremente, y en dos saltos ya estaba al lado de la madre y de la hija.

—Os saludo rendidamente, amables señoras.

—Sentaos, coronel —le respondió Juana, procurando aparentar serenidad—; no ignoráis que mi padre al morir me recomendó fuertemente que me casase con vos.

—Y tanto como lo sé, querida Juana, y en ello fundo mi mayor dicha... Porque, aunque otras muchas mujeres sé yo que me aman y rabian por mí, vos sois la que prefiere mi corazón.

—No dudo que vuestro mérito...

—Nada de celos, hija mía, esto es solo hablar por hablar.

—Jamás he despuntado por celosa, y de vos mucho menos; solo quisiera que en vista de la desigualdad de nuestros caracteres... Vos sois aficionado a la bulla, al aplauso popular; mis inclinaciones, por el contrario, son más pacíficas.

—¿Y eso qué importa?

—Eso importa mucho para que seamos felices.

—Yo no puedo cambiar de costumbres porque mis amigos, el lustre antiguo de mi casa...

—Vos no queréis hacer por mí el menor sacrificio, y yo tampoco tengo facultades para exigirlo; solo si os suplico...

—¿Vos suplicarme? Mandad, y nada más.

—Una persona de mi carácter no manda a nadie.

—A mí sí.

—Pues yo quisiera que buscáseis otra...

—¿Y para decirme tal cosa me llamabais?

—Más vale hablar ahora que no después de cometido el yerro.

—¿Y vos qué decís de estas cosas, señora?

—Yo —replicó Beatriz— ya se ve, yo... Mi hija...

—Perdonad, pues no me acordaba que aquí solo se hace lo que Juana manda... Veo que soy aborrecido... Bien... Nada me importa.

—No os aborrezco, pero...

—Pero es una cosa equivalente; a pesar de todo, espero que os casaréis conmigo sin remedio, o si no...

—Os entiendo, Jaime.

—Me alegro mucho... Quedaos con Dios.

Capítulo 3º. El alzamiento

Don Fernando de Covarrubias y don Pedro de Zúñiga quedáronse en Córdoba, y el maestro con Lope García y su hijo Diego entraron en Sevilla; Lope era natural de Huelva, y a pesar de que había bastantes años faltaba de Andalucía, aún tenía amigos en la ciudad; su hijo nació y se crió en Castilla, y así no conociera a nadie; fueron a hospedarse en la parroquia de Santa Marina, casa de Marcos Sánchez Contreras, que era uno de los viejos amigos de Lope.⁴⁸

Este era un caballero rico, muy dado a las obras de caridad, virtuoso sin hipocresía, de agradables maneras, y profesaba un respeto que tocaba casi en idolatría hacia la casa de Medina.

Diego, como joven arriscado, entreteníase más en pasear por las calles de la hermosa ciudad que en disponer, como hacía su padre, los ánimos para el alzamiento proyectado; todos estaban ya enterados sobre las ocurrencias de Ávila; cada cual contaba, explicaba, aumentaba, y comentaba el suceso a su modo: el tiempo urgía, y todavía los comisionados apenas habían adelantado un paso tan siquiera en su encargo.

Una noche razonaban juntos Marcos Sánchez y su amigo Lope, y decía el primero:

⁴⁸ Nueva llamada al final, marcada en esta ocasión con un «4».

—¡Eh! ¡Ya se ven las cosas del mundo! ¿Quién me había de decir a mí que antes de cerrar los ojos volvería a veros y acompañado de un hijo tan galán y airoso? ¡Vos, que erais tan opuesto al matrimonio...!

—Como de esas cosas que el tiempo da, amigo mío, y de prudentes es cambiar de consejo.

—Ahora que venís de Castilla, estaréis enterados por menudo...

—Sí, de las crueldades, manías y debilidades de don Enrique.

—Yo no lo decía por tanto... Antes bien...

—¡Si vierais los sucesos escandalosos que han pasado y pasan todos los días en el palacio!

—¡Oiga! Pero yo hablaba del tremendo desacato de Ávila, y por cierto que a tal noticia el señor duque se puso al principio furioso.

—Por las noches estrepitosas zambras... Danzando sin cesar...

—¿Quién? ¿El rey?

—No, don Beltrán con la reina.

—¡Jesús, María y José! ¡Don Beltrán danzando con la reina! ¡Y de noche!

—Vos, como estáis siempre metido entre cuatro paredes con un libro piadoso en las manos, no sabéis los daños que afligen al reino por las debilidades de ese hombre impotente... Pues ya es público y notorio que doña Juana no es hija suya, sino del otro, y por eso le dicen la Beltraneja.⁴⁹

—¡También tenemos esa...! Vaya, como vos venís de aquellas tierras...

—Estoy perfectamente enterado de todo... Y luego un día delante de las mismas barbas de don Enrique, un moro de palacio...

—¿Pues que hay moros en el palacio?

—Sí.

—Sería casualidad.

—Nada de eso, no es uno solo, y viven de continuo...

—Convertidos quizás a nuestra santa religión.

—¡Convertidos! El que yo hablo adora a Mahoma como el más pintiparado de los que viven en Granada, y con su turbante encasquetado y su marlota que es un gusto verlo.

—¡Que tal maldad se consienta!

—Aquel moro entró, como digo, en una casa de Valladolid, y sin decir oste ni moste, robó a una muchacha cristiana de unos quince años...

—¿Doncella?

—Se entiende... Y, por cierto, que era de las más gallardas mozas de la ciudad...

—Y ella se resistiría, por supuesto.

—Eso es claro.

—Pero vaya, ¿y qué?

—¿Y qué? Cargó con ella y se la llevó.

—¿Pero no gritó?

—Si gritó o no, Dios lo sabe; lo cierto es que se la llevó a la fuerza.

—Por sentado, que apenas el rey sabría el hecho...

—Respondió: «¡Qué necia! ¿Por qué no se defendió?».

⁴⁹ Aparte del ya conocido rumor sobre cómo Beltrán de la Cueva fue el padre biológico de Juana, otra explicación que actualmente se contempla para la genealogía de la princesa es que el embarazo de su madre «habría sido conseguido por los médicos judíos del rey por medio de una cánula de oro introducida en la vagina de la reina por la que habría circulado el semen del rey y que habría dado como fruto a Juana La Beltraneja», lo cual constituye uno de los principales precedentes en las técnicas de reproducción asistida (Jiménez Muñoz, 2018: 43).

A estas últimas palabras del astuto Lope ya no tuvo límites la cólera de Marcos, ya exhalaba en denuestos contra don Enrique; su amigo prosiguió contándole una porción de hechos, la mayor parte, o fingidos, o ponderados con las miras de atraerlo a su partido.

—Vamos, ya voy viendo, por lo que me decís, que el suceso de Ávila no es tan malo como nos pintaron, y creo que apenas el señor duque se entere de la verdad...

—Don Alonso es un joven que promete mucho... Amable...

—¡Hola!

—Valiente.

—Bueno.

—Muy aficionado a hacer obras piadosas, como dotar monjas... Casar huérfanas...

—¡Hombre!

—Sí, señor, y siempre se le ve en las iglesias...

—¡Tate!

—De suerte que...

—Siendo como decís, toda la gente honrada de Sevilla debe seguir las banderas de este nuevo soberano.

—Es cosa muy puesta en razón.

—Un rey que tanto cuida de lo espiritual es una alhaja en estos tiempos calamitosos y de corrupción.

—Decís muy bien, Marcos, pues, a pesar de todo, he hablado con varias personas principales de la ciudad, y no las veo muy dispuestas a hacer cargo de la urgente necesidad que hay de aunarse con los grandes de Ávila, que solo quieren el bien de la patria y la honra y gloria de Dios.

—Siendo esas verdades que me contáis tan palpables, como...

—Unos me dicen «lo que haga el duque de Medina»; otros, «lo que haga el conde de Arcos»; y, en resumidas cuentas, nada se hace.

—Porque debéis saber, amigo, que aquí no se mueve pie ni mano sin que alguno de los dichos señores lo disponga; por supuesto que los partidarios y amigos del duque de Medina mi señor son muchos más que los del otro, pero, al fin y postre más o menos, cada cual tiene sus parciales... Y luego, como dice el refrán, «uno por otro, y la casa por barrer»...⁵⁰ Es decir, que...

—No os entiendo bien, Marcos.

—Me explicaré, amigo Lope. El señor duque mira de reojo al conde, y con sobrada razón, a fe mía, porque lo que él dice... ¿Quién le manda al de Arcos venir aquí a entrometerse en mis negocios? Disponga en sus estados como mejor le plazca, ¿mas aquí...?

—No parece que va fuera de camino.

—¡Que ha de ir...! Con todo, como son dos señores de fuerza y valimiento, ninguno quiere dar un mal paso, no sea que el otro aproveche la ocasión... Pues... Por eso... Están tan tibios ellos y sus amigos...

—Comprendo ya lo que debe hacerse.

Enseguida de esta interesante conversación, mientras Marcos hablaba a favor de don Alonso con sus amigos y deudos, Lope dispuso en unión con el maestre amistar a los dos poderosos rivales, pues, de no hacerlo así, jamás podría ganar nada en Sevilla la causa del nuevo rey. ¡Cuántos pasos y trabajos costó este convenio! Ninguno de los dos quería cejar de su propósito ni ir al palacio del otro; por último, se dispuso que en la Iglesia Catedral

⁵⁰ Este refrán significa que «no hay peor negocio que encargar el desempeño de un negocio a muchos en general y a la vez sin determinar sujeto, porque confiando este en que lo hará aquel, resulta que ninguno llega a realizarlo» (Sbarbi, 1872: 44).

se verían y abrazarían. Aquel día rebosaban las calles con la mucha gente que iba a contemplar tan deseada unión; todas las capillas y altares de la iglesia estaban adornados con el mayor esmero; la de san Fernando veíase alumbrada por cien hachas de cera, y exhalaban cien pebeteros delicado y suave olor: al punto de las diez de la mañana, entró en ella el duque de Medina acompañado del maestre de Alcántara y de infinidad de caballeros y escuderos; unos eran deudos o amigos, y otros recibían del acatamiento y lo seguían por doquier; el oro y la seda brillaban en los lujosos vestidos, y a la puerta un sinnúmero de pajes sujetaban con trabajo los lozanos bridones encubiertos con riquísimas telas; con igual pompa entrara a poco el conde de Arcos con Lope García y su hijo; el orgullo se ostentaba en el semblante de los dos competidores, con la diferencia de que el duque lo disimulaba con ciertos visos de aquella popular franqueza que desde mucho tiempo le granjeara la voluntad de la gente menuda; después de confesar, se acercaron los dos al comulgatorio; el sacerdote tomó entonces en sus manos una sagrada hostia, y, partiéndola, le dio a cada uno la mitad.

—El cuerpo del señor —les dijo después— se ha dividido entre vosotros dos como prenda segura de la perpetua amistad y unión que debe haber. ¿Lo juráis así?

—Sí, lo juramos.

—De lo contrario, todos los baldones y castigos que Dios reserva a los perjuros están destinados para vosotros; seréis el oprobio de los hombres, y luego condenados por una eternidad; plegue a Dios, hermanos míos, que no llegue tal caso, y que vuestra amistad sea tan firme y verdadera como la Santa Iglesia del señor, que jamás ha podido ser derrocada, a pesar de los bravos temporales que en su contra se han levantado.

—Amén, amén —respondió el pueblo con fervoroso respeto.

Los dos rivales se abrazaron enseguida cariñosamente, y un grato murmullo que sonara manifestó bien a las claras cuán complacidos quedaban los espectadores al ver terminar de tan plausible manera los pasados disturbios civiles.

Finalizó así aquella sagrada ceremonia, que en los tiempos antiguos jamás se hacían con intenciones torcidas ni con miras de falsía; mas ya se iba faltando algunas veces a tan augusto contrato, y, mientras la lengua pronunciaba palabras de paz y de reconciliación, se encendía allá en los escondrijos del corazón otro nuevo volcán de cólera y de venganza; los impíos que así profanaban el templo del señor ¿creían acaso en Dios? ¿Cómo el Rey de los Reyes no vibraba la espada de la justicia sobre sus culpables cabezas?

Después de esta ruidosa avenencia, juntáronse al otro día en las salas del cabildo los veinticuatro y jurados, y el duque don Juan de Guzmán,⁵¹ que tenía el primer lugar en el ayuntamiento, principió la ceremonia recibiendo por su rey y señor natural a don Alonso; lo propio hizo el conde de Arcos, y los demás caballeros que estaban reunidos; enseguida sacaron de la iglesia mayor el pendón de san Fernando, con el cual se ganó Sevilla y la mayor parte de Andalucía, y lo tomó en sus manos el caballero Luis de Medina; después, anduvieron por la ciudad haciendo la proclamación de estilo.

A muchos hombres sesudos les pareció el acto ilegal y violento, pero la plebe ansiosa siempre de novedades, recibió con placer aquella mudanza, y las campanas de las iglesias y los vítores prolongados resonaban saludando por doquier al nuevo rey.

—¿Te parece que estoy bien adornada? —decía aquella tarde Matilde de Sandoval a su sobrina Juana.

—Perfectamente, mi querida tía.

⁵¹ Tal era el nombre del duque de Medina Sidonia, uno de los principales líderes sevillanos que tomó partido por la causa de don Alonso (Lora Serrano, 1997: 1205).

Rayaría ya Matilde en los sesenta años, y, aunque lenguas piadosas decían que había sido de buena figura en su juventud, en conciencia y verdad más remedaba ya a un esqueleto con faldas que a otra cosa.

—¿Y por qué has tardado tanto?

—¿Pensáis que no hay un buen trozo de camino desde la Botica de las Aguas hasta la plazuela de la Paja?

—Es cierto... Este lazo de la cabeza me parece que lo tengo algo inclinado adelante... Pónmelo mejor... A ver... Un poquito más a la izquierda... ¿Te ríes? ¡Tontuela! Nosotras las mujeres que ya hemos cumplido cuarenta años necesitamos para adornarnos más tiempo que las que, como tú, tienen solo veinte... Extiéndeme algo más el vinagrillo por esta mejilla izquierda... Así, hija mía... Bueno... Tu madre siempre con sus manías sin querer salir... A mí me place todo lo bueno y santo, pero también me gusta meter por el ojo... Mi marido anda por esos mundos de Dios hace años, y quizás habrá muerto el pobre. ¿Y por eso he de ahorcarme...? Esta mañana estuvo aquí Jaime... Cada vez más enamorado de ti... Leonor, muchacha, trae un bocadillo para que meriende mi sobrina antes que anochezca y salgamos a dar un paseo.

—No tengo apetito, tía.

—Lo bueno siempre sienta bien... Además, esto no es cosa, un sorbito de vino, dos tortas de dulce y nada más... ¿Qué te parecen las tortas? Yo las he hecho con mis manos.

—Sé muy bien que para estas operaciones os pintáis la sola.

—Y eso que tengo la desgracia de tener que vigilarlo todo por mí misma, porque tengo unos criados... ¡Ya...! ¡Qué gente! El mayordomo es nuevo y no entiende jota de mis negocios... Ayer despedí a la cocinera... Hoy al portero... Y mañana será quizás necesario plantar en la calle a los demás.

—Entonces...

—Más vale quedarme sola... No saben servir... En especial la cocinera... ¡Bribona! ¿Querrás creer que ayer, en un volver de cabeza, me echó alazor en la masa de mis tortas? ¡Jesús! ¡Qué sofocón tomé!

—El daño no era muy grande.

—Se conoce bien que no entiendes la materia; el daño era grande, grandísimo... Por eso fue necesario hacerlas de nuevo... Come, hija mía, anda con ellas, que ricas están a fe mía... Ahora estoy aprendiendo a hacer unos pastelillos de carne, bajo la dirección del padre guardián de san Francisco, que son un bocado de ángeles, y los aprendió de un lego que trajo el provincial en la última visita, era un cocinero de lo que no hay; ¡pobres! Siempre metidos en reclusión. ¿Qué han de hacer sino pedir a Dios por nosotros los pecadores y comer bien? Mírame, hija mía... ¡Ah...! Se me olvidaba... Vino, como te dije, Jaime, y me contó que lo querías despedir; yo le repliqué que serían niñerías... Porque quiero que sea tu marido y basta... Además, Jaime es un mozo completo, y para dirigir los negocios de una casa es el más pintiparado del mundo... ¿Ves esta saboyana de seda que tengo puesta de un color y corte tan extraño y delicado? Pues él la compró... Vamos, él es mis pies y mis manos... Solo es desaliñado y torpe para los asuntos de cocina, porque lo mismo le da comer bien que mal... El otro día, por ejemplo, me acuerdo que no pudo distinguir si un pastel era de conejo o de liebre. ¡Se quiere parecer al otro!

—¿Y quién es el otro, tía?

—El padre vicario de las monjas de san Clemente, que conoce para el paladar si los conejos son machos o hembras, y si las liebres son o no hermafroditas.

—Eso es mucho saber.

—Ya va anocheciendo, Juana; pongámonos las tocas negras, que más tapadas iremos.

Apenas oscureció, parecían ascuas de oro las calles de Sevilla, pues en los balcones, torres y ventanas brillaban mil hachas de cera e infinidad de candilejas de vasos de colores formaban vistosos letreros; se habían alzado tablados en las plazas, y allí tocaban varios músicos; después que nuestras dos damas recorrieron las principales calles, entráronse en los jardines del Alcázar que estaban abiertos; de sus árboles colgaban lamparillas de diversos tamaños y hechuras, formando festones y guirnaldas y por entre los espesos naranjos vagaban infinidad de gentes.

—Sentémonos —exclamó la tía—, que harta estoy de andar.

—Habéis querido verlo todo.

—La curiosidad en no siendo desmedida es santa y loable, querida sobrina, según oí el otro día a un padre de Campanillas... ¡Eh! Se me olvidaba. ¿No viste pasear a caballo por las calles a nuestro conde de Arcos?

—No he reparado.

—Es un galán caballero, muy aficionado a las fiestas... Debía ser el primero en la ciudad a no ser por el orgullo del duque de Medina, que quiere avasallarnos a todos. ¿Qué dices tú a eso, sobrina?

—Que alguno nos ha de mandar.

—Ya... ¿Pero tú qué opinas?

—Que cada cual busca su bien particular y no el del pueblo.

—Esos son caprichos tuyos y...

Aquí llegaban las dos de su diálogo, cuando oyeron un espantoso ruido que iba cada vez tomando más incremento... Los árboles comenzaron a moverse, y las luces se apagaron de repente... El aire zumbaba impetuoso, se desató uno de los más tremendos huracanes que se han conocido en Sevilla; los árboles, o caían tronchados, o arrancados de cuajo volaban por el aire; las gentes se agolpaban para huir a las puertas... ¡Qué momentos tan terribles! Solo se oían lamentos y suspiros por todas partes; Matilde pudo, al fin, llegar a la calle, donde se notaban otros horrores; los edificios se caían a pedazos, diez arcos del acueducto romano de la puerta de Carmona rodaron al suelo, el agua caía a mares por los campos de la tablada... Juana Sandoval se había refugiado junto a una de las fuentes del jardín, y allí, trémula y abatida, esperaba que llegase la última hora de su vida.

Capítulo 4º. La carta de Jaime

Mientras los hijos del delicioso Seбето, sentados muellemente en sus lujosas habitaciones, gozan la pura delicia de la amistad o del amor y las demás fruiciones que la sociedad proporciona, o recostados en blando solaz en las laderas colinas, bajo la sombra de altos emparrados, se saborean con los seguros e inmutables placeres de la naturaleza y leen los ardientes quejidos del entusiasta Taso o del enamorado Petrarca, el genio del terror y de la destrucción va extendiendo sobre ellos su opaco manto; del ancho cráter del Vesubio se lanza un mar de piedras y cenizas, de fuego y humo, corre por las espaciosas llanuras, convierte en eriales y páramos los bosquetes amenos... La desolación camina impetuosa y se extiende cada vez más. Así aconteció aquella noche en los márgenes del Guadalquivir, pues, mientras sus habitantes se entregaban al placer, el huracán preséntase furioso a guisa de torrente devastador; duró poco, felizmente, su violento empuje, y la plateada luna volvió a brillar de nuevo en el cielo entre oscuros celajes, y alumbrara con su luz blanquecina los destrozos que el viento mortífero había causado en el alcázar; tronchados estaban casi todos los árboles, las estatuas volcadas y rotas, y donde antes eran cuadros de flores, veíanse solo montones de arena y de hojarasca; en uno de los jardines interiores, algo más hondo que los demás, y donde el daño fue más corto, vemos sentado en un banco de

césped a un brioso caballero que reflexionaba con mudo asombro en la escena terrible que acababa de pasar rápida como el fulgor de horroroso relámpago; cuando notó que había cesado, adelantose poco a poco, mirando con asombro tantos destrozos que causaban por cierto admiración; aquellos jardines, poco antes llenos de vida, eran ahora un frío montón de escombros; así, el hombre levanta erguido su cabeza, desafiando al cielo y a su inmenso poder... Criatura predilecta de la naturaleza, ¿quién osará desobedecer a sus mandatos? Y luego, con un ligero soplo, se convierte en ceniza...

Harto ya el caballero de contemplar tan lúgubre escena, quiso salir, mas las puertas estaban ya cerradas; vuelve a pasearse, y unos quejidos suaves llaman su atención; acércase, y vio a Juana, que aún permanecía sentada junto a una de las fuentes.

—¿Señora...! ¿Cómo...? ¡A esta hora...!

—Os suplico, caballero, que me conduzcáis a mi casa.

—Con mucho gusto, pero no tenemos salida; sentaos en este banco de césped... Parece que tiritáis de frío... Cubríos con mi capa... Registraré, entre tanto, todas las galerías y ventanas por si hallamos alguna persona que nos abra la puerta.

Por esta pesquisa advirtió luz en una sala baja donde habitaban jardineros del palacio.

—Al fin logramos —dijo a media voz, acercándose a una ventana— topar con gentes que nos puedan sacar de apuros.

—¿Quién llama ahí? —le respondió una voz desde adentro.

—Hacedme la merced de abrir las puertas del jardín.

—¡Friolera! ¡Como quien no dice nada! ¡Las puertas del jardín...!

—Sí, que me he quedado encerrado.

—Sin duda habréis saltado las tapias para robarme las flores o lo que caiga.

—La noche es a propósito para eso cuando no ha quedado una flor viva.

—Ahora ya no os atreveréis a volver a saltar y...

—Creo que estáis loco. ¿Cómo imagináis...?

—¡Quién sabe! Lo cierto es que para los malos la ocasión es un prodigio.

—Dejaos de simplezas, soy un caballero principal y una señora también se ha quedado aquí casualmente.

—¿Con que sois dos? ¡Eh...! Dicho y hecho... Facilillo será que yo abra...

—Diez ducados os daré si lo hacéis.

—¿Has oído? —dijo el jardinero bajando algo la voz a su mujer— Diez ducados... Eso no es un maravedí prieto que deba perderse.

—No seas tonto; nadie se ha quedado en el jardín. ¡Con poca priesa salieron todos por la puerta afuera! Ese que te habla es sin duda el diablo... Por eso ofrece sin ton ni son por tan ligera merced nada menos que diez ducados... ¡Pícaros! Como a él le cuesta tan poco trabajo ganarlo...

—Jardinero, no me tengáis más tiempo al frío, ea, abrid la puerta.

—Voy primero a asomarme a la ventana.

—Asomaos —siguió el caballero— y veréis que soy de carne y hueso como vos.

—Estate quieto, que yo iré; eres tan zopenco que no entiendes una chita de nada.

—Pero...

—Nada, yo iré...

Saltó la jardinera de la cama, y con mucha pausa fue recorriendo paulatinamente el cerrojo de un postigo de la ventana; abrió primero como un dedo, luego dos, tres, mas no se atrevió a pasar a cuatro.

—La ventana es un poco alta, empinaos para que os pueda ver.

—Sacad más bien la cabeza.

—¡Sacar yo la cabeza! Antes ciegue que tal vea.

—Pues al menos tocad mi mano por esa rendija y veréis que es como la vuestra.

Alargó la mano el caballero, y apenas la tocara la jardinera, cuando dio un grito y cerró con fuerza la ventana.

—¿Qué te ha sucedido, mujer?

—No te decía que era el diablo... Más frío tiene el pellejo que la misma nieve... De buena nos hemos librado. ¿No te lo decía? ¡Maldito! Ya se ve por castigo de Dios, aunque se haya metido entre ascuas, está siempre como un carámbano, ¡y qué mano tan áspera!

Por más que el caballero suplicó, amenazó, ofreció dinero, nada consiguiera de aquel estúpido matrimonio, hasta que, aburrido, se retiró a donde había dejado a Juana.

—Inútiles han sido mis tentativas... ¡Hola! Parece que ya no tenéis tanto frío.

—Es cierto, caballero, y os doy las gracias, mas no dejo de cavilar en el pesar que tendrá mi familia, pues me creará sepultada entre estos escombros.

—Y lo peor del caso es que sin remedio tendréis que pasar aquí la noche... Y este sitio es tan desabrigado... Esperad... Con estos pedazos de árboles os formaré contra la pared algún resguardo.

Así lo hizo en efecto nuestro caballero; los entrelazó con ramas más pequeñas y cubrió la tierra con hojas secas.

—Venid, señora, agachad un poco la cabeza... Ahí, sentada en el suelo, estaréis con alguna comodidad... Yo me pasearé por los jardines mientras; procurad dormir hasta que amanezca.

—Pues llevaos la capa.

—No tengo frío; abrigaos con ella.

Juana, a pesar de la extraña situación en que se encontraba después de algunas cavilaciones, arrimó la cabeza contra la pared y se quedó dormida. ¡Cuán cierto es que la poca edad es el mejor remedio para hallar el descanso apetecido y para acallar los pesares!

Nuestro caballero se acercaba de tiempo en tiempo a la improvisada cabaña, y una de ellas, al ver el sueño tranquilo de Juana, se retiró en extremo satisfecha; otra vez un rayo de la luna diera en el rostro de la doncella, y el caballero pudo contemplar a su placer aquellas lindas facciones, que un tinte de melancolía suave les daba extraordinario realce.

—¡Hermosa mujer! —exclamó al cabo de rato— ¿Por qué rara casualidad la he conocido? Esta noche, fatal para muchos, para mí ha sido la más venturosa del mundo; su rostro es blanco como el campo de la nieve, su nariz aguileña, su barba redonda, sus negras pestañas... El amor, la hora... ¡Qué delirio! ¡Inocente! ¡Con qué sosiego duerme cual si estuviese acostada en exquisitos colchones de pluma...! Y se fia... Y puede fiarse de mí... ¡Ah...! La sencillez y la pureza deben respetarse por los honrados corazones, y yo no desmentiré mis loables costumbres... No... Hermosa niña, descansa sin temor, que Diego García te respetará, no como a una mujer, sino como a un Dios.

Apenas amaneciera, recobrado ya el jardinero de su susto, abrió las puertas, pues su mujer aseguraba, y con razón, que en siendo ya día claro, jamás había acontecido que se presentasen [¿ni?] duendes, ni diablos, a ningún hombre de bien, porque siempre las tales alimañas escogían la noche para sus fechorías y entruchadas; condujo entonces Diego a Juana Sandoval a su casa, donde reinaba el más acerbo pesar; retiróse después de obtener de Beatriz el permiso de visitarlas algunas veces, y así fue poco a poco sucediendo lo que dice uno de nuestros antiguos adagios: «La estopa cabe el mancebo, dígola fuego»;⁵² amábanse los dos, mas ninguno se atrevía a romper el silencio y declararse; él por su natural

⁵² Se trata de un refrán popular que hace referencia a cómo «quien ama el peligro, en él perece» (Cantera Ortiz de Urbina, 1991: 118).

cortedad y porque sabía que tenía Juana otro amante, y ella porque no le correspondía dar los primeros pasos.

Una tarde entrara nuestro amigo, y halló sola a Juana sentada en un sitial de damasco.

—Siento, amable señora, haberos interrumpido.

—¿Estáis en vos? Si yo no hacía nada...

—Como leíais esa carta con tanta atención, opino que os sería muy grata.

—¡Grata!

—Y llorabais de placer...

—Si lloraba, no sería, por cierto, de placer.

—Pues yo creía...

—Estáis engañado, Diego, de par a par.

—¡Ah! Si me atreviese...

—Hablad.

—A manifestaros el fondo de mi alma... Desde aquella noche...

—No la olvidaré nunca.

—Ni yo tampoco.

—En verdad que fue terrible, Diego.

—Y lejos de vuestra casa...

—También me acuerdo [¿bien?] de los afanosos cuidados que usasteis conmigo.

—Chica cosa recordáis.

—Muy señalado fue el servicio que me hicisteis.

—Entonces me parecisteis un ángel del cielo.

—¿Yo?

—Y comencé, perdonad mi atrevimiento, a amaros...

—¿Vos me amáis, Diego García?

—Sí, Juana, sí, con el mayor extremo.

—Yo también os amo, y sin rodeos os lo declaro, mas jamás puedo ser vuestra.

—La casualidad hizo que os conociera, el amor se introdujo en mi pecho, vos sois tan buena que os dignáis corresponderme. ¿Pues quién se atreverá a impedir nuestro cariño?

—La desgracia, Diego, sí, la desgracia.

—Habladme con franqueza; yo soy un caballero, mi padre posee bienes cuantiosos, también tengo caudal de mi madre suficiente para manteneros con decencia... Solo —y no me acordaba—... Ese dichoso rival... Sin duda...

—Mi madre y yo aborrecemos de muerte a Jaime Coronel.

—Pues entonces...

—Jaime había prestado a mi padre cuatro mil escudos, y con tal generosidad captose su voluntad y la de mi tía Matilde de Sandoval; cuando llegó la hora desgraciada en que falleció el autor de mis días, me llamó a su lecho de muerte y me recomendara que me casase con Coronel, pues que me amaba, ya que no podía abonársele el préstamo que le hiciera; entonces solo conocía a Jaime por el oropel que cubre sus acciones, y me pareció aquel mandato fácil de cumplir, mas ahora, que ya sé quién es mucho más a fondo, me causa pesar inmenso obedecer a mi padre; he hablado a Jaime sobre esto, y, en resumidas cuentas, me ha dicho que o he de casarme con él, o entregarle los cuatro mil escudos en el acto; este es mi secreto, y esta es la carta suya que me ha hecho llorar, pero no de amor.

—¡Ojalá, querida Juana, que tuviera yo en el día esa cantidad! Mas espero buscarla.

—Si pudierais captaros la voluntad de mi tía, mucho tendríais adelantado.

—¿Vuestra tía Matilde de Sandoval vive en la Plazuela de la Paja?

—Sí.

—Creo que es amiga de mi huésped Marcos Sánchez.

—Me alegre.

—De suerte que espero por su mediación entrar en relaciones con ella.

Capítulo 5º. Matilde

Envuelta el alma en pesarasas inquietudes, llegó Diego García a su casa.

—¡Si yo —decía para sí— tuviera en la mano esos cuatro mil escudos con que acallar la avaricia de Jaime...! Pero si no los tengo, ¿a qué hablar? ¿Y he de perder la preciosa mano de Juana? Lo retaré... ¿Y qué adelanto? Si admite el reto —lo que dificulto, pues se me figura que es un perdonavidas y nada más—, dirán que me hago el matón para no pagarle... Vamos, lo mejor será avanzar a la vieja... Quién sabe si ella misma... Todo depende de mis trazas... Antes veremos si mi padre... ¡Feliz idea...! Pues, manos a la obra.

Estaba Lope en la mitad de su cena, cuando comenzó a decirle su hijo que no sabía cómo atraer la conversación al objeto que se proponía.

—Hermoso es este país, mi querido padre.

—Ya te lo decía yo, Diego, que apenas vieras las ricas ciudades de Andalucía te habían de gustar infinito; no se ven aquí las áridas llanuras de nuestra Castilla, sino frondosas arboledas, plateados ríos y deleitosas huertas.

—Es verdad, y además son las mujeres tan agraciadas... Que...

—¡Hola! ¿Con que las hijas del Guadalquivir te han hecho cosquillas en el corazón?

—No lo niego, y sobre todo hay una joven que...

—Enamorado tenemos al niño; vaya ¿y qué? Habla claro, bien sabes tú que jamás me opongo a tus gustos.

—Pues para hablar en verdad, mi querido padre, os diré que la linda Juana Sandoval ha cautivado mi alma.

—¡Ya! Santo Marcos; ¡Juana Sandoval! ¡Como quien dice una bicoca! Pues si esa niña es el coquito de Sevilla, la perla escogida de este país, pero... ¿Y ella? ¿Cómo...?

—Os entiendo; sé muy bien que Juana tiene un amante a quien odia de muerte.

—A otro perro con ese hueso —siguió su padre—; necio será quien las crea.

—No tengo el menor motivo para dudar de la sinceridad de Juana.

—¡Oh! Los amantes hablan siempre así de sus queridas; cuando están en pretensiones, todas son perfectas, mas los trabajos entran luego después del matrimonio, pues entonces las bribonas se quitan la mascarilla.

—Pero, padre mío...

—Como práctico en estos asuntos, debo manifestaros los peligros, mas, por otra parte, si Juana es noble y juiciosa y os queréis los dos, entendedos allá, y cástate cuando te parezca mejor; si luego hallas gato por liebre, [¿pues?] con tu pan te lo comas.

Enseguida Diego, con el entusiasmo propio de un novel enamorado, le contó a su padre lo que pasaba con Jaime, suplicándole que le adelantase a cuenta de sus rentas aquellos cuatro mil escudos.

—Te he escuchado, hijo mío, con la mayor atención, y todo lo que me has dicho me complace sobremanera menos el prestarte ese dinero, porque, en primer lugar, no vale tanto una novia aunque sea la princesa de Portugal, y luego, en segundo lugar, no los tengo.

—Ya veis que solo os los pido prestados a cuenta de los bienes que poseo en Castilla.

—Te repito que no tengo una blanca, por lo cual hazme el gusto de no hallarme más de este negocio; cástate cuando te diere la gana, mas no cuentes conmigo para maldita de Dios la cosa.

—Cruel estáis.

—Di lo que quieras con tal de que no me pidas nada.

Iba a replicar Diego, mas su padre se levantó de la mesa y se fue a acostar.

—Frescos hemos quedado, Marcos; voto a sanes que, si no fuera mi padre... Me parece que, si conociese a Juana Sandoval, entonces...

—Entonces diría lo mismo que ahora; vuestro padre no está ya en edad de prendarse de ninguna mujer, y así no se compadece de súplicas de amantes; otras cosas más arduas y difíciles son las que ocupan su corazón.

—Es verdad, Marcos, la ambición y nada más dirige sus pasos... Pero el amor filial... ¿Qué trabajo le costaba prestarme esa miserable cantidad? Mas ya que no quiere, solo cuento ahora, amigo mío, con vuestro auxilio.

—Os aviso, antes de todo, que yo tengo poquísima gracia para dar consejos a los enamorados; ese es un busilis que en mis años de primavera jamás he entendido, cuanto más ahora, que tengo sesenta al colete.

—El servicio que exijo de vos es otro.

—Vamos, hablad, y veamos en qué puedo complaceros.

—¿Conocéis a la tía de Juana?

—¿A Matilde de Sandoval?

—Sí.

—Que vive en la Plazuela de la Paja.

—La propia.

—Frente del conde de Arcos.

—Cierto.

—Buena mujer a carta cabal, muy piadosa y limosnera, y si ella no lo es en el mundo, ¿quién podrá serlo? ¡Es tan rica! Tiene sus defectos, pues, aunque es una santa, habla como una cotorra, le gustan más de lo que debía ser los buenos bocados, es algo aficionada a engalanarse, y también, por añadidura, muy amiga de la casa del conde su vecino... ¿Quién se lo puede llevar a mal...? ¡Como es su vecino! Sin recibir a costa su renta, todos los de aquel barrio son parciales de la casa de Arcos... A pesar de estas cosas, es amiga mía, de las pocas.

—En esa amistad fundo yo mi dicha futura.

—¡Hombre!

—Jaime Coronel, mi rival, es íntimo de Matilde, pero yo sé que va a salir a negocios del duque de Medina, y se estará algunos meses en Ayamonte.

—No lo ignoro.

—Pues ahora va la mía; si me introducís en casa de la tía de Juana, yo procuraré captarme su voluntad hasta que desbanque al otro amante.

—En efecto, no vais mal guiado, pues Matilde es la que manda en toda la familia, y cuando ella quiere una cosa, los demás quieren lo mismo; para tal fin, os aconsejo que le habléis mucho de guisos, de asados, de tortas, de pasteles... Y cádate ya a Perico fraile...⁵³ Vais entonces a volveros su mano derecha.

—Pero... Si yo no sé una palabra de esos mangoneos de cocina.

—Tanto mejor; mientras más disparates ensartéis y más condimentos y mezclas de comidas inventéis, más bien rodaréis la bola.

—Pues si no consiste más que en eso, yo hablaré a troche y moche.

⁵³ En *El ferí de Benastepar*, Hué y Camacho utiliza una variante muy similar de esta misma expresión: «Ya tenemos a Perico fraile» (2023: 54), con la cual hace referencia a la consecución de un logro (Muñoz de Morales Galiana y Muñoz Sempere, 2023: 54n). El mismo valor semántico parece tener en este caso.

—Ese es el asunto principal.

Grande era la bulla que dos días después se notaba en la casa de Matilde de Sandoval; era un edificio construido y adornado con un esmero impropio en aquellos tiempos, mas, para no cansar a nuestros lectores con prolijas menudencias, pintaremos solo el camarín o aposento ordinario de su dueño.

Acostumbrados ahora al primor y boato de estos asilos de la voluntad y del amor, donde, merced a los prodigios del arte cosmético, a la habilidad de los modistas, al tino particular de los peluqueros, se nivelan las hermosas con las feas, las agraciadas con las que no lo son, no se crea hallar aquí la descripción de uno de los encantadores *boudoirs* donde el lujo oriental ostenta sus mil matices, y donde todo es elegante y delicioso; aún no se había progresado tanto; adornaban el camarín de Matilde colgaduras de damasco encarnado, sitaliales y banquillos forrados con la misma tela, y, en la testera, una mesa de cerezo con embutidos blancos de olivo, donde estaba colocado un grande espejo de metal, amén de una docena de botes, cepillos, tarros y demás mejunjes que en aquel tiempo usaban las damas para su adorno; varias perchas atestadas de vestidos completaban el adorno de la habitación.

—Me parece, Inés, que este rizo no me cae bien; ¿no le notas ciertas desigualdades?

—Allá voy, señora... En efecto, dos o tres cabellos... Creo que ya está en regla.

—Sí, hija mía... Dame ahora en la cara con el agua de Solimán... Más despacio... No me pongas mucho bermellón, que el otro día me cargaste demasiado la mano; un ligero sonrosado y nada más. ¿Qué te parece?

—Perfectamente, señora; cualquiera os tomará por una muchacha de veinticuatro años.

—Eso propio me dijo ayer el padre Guardián de San Francisco... ¡Buen señor! Siempre que viene le gusta comer —y se chupa los dedos—; las tortas de vino y manteca que yo hago... Llámame a Gerónimo.

—¿Qué manda vuesamerced?

—¿En qué estado se halla la comida?

—En el [¿estado?] más perfecto del mundo —replicó el cocinero bajando la cabeza—; yo espero que, Dios mediante, para las doce del día estará todo a las mil maravillas.

—Pues cuidado, Gerónimo, no se vaya a cometer alguna falta, pues entonces soy mujer perdida; ya ves tú el crédito de que goza mi casa para festines y saraos...

—Nada faltará, señora.

—¿Cuál vestido te parece, Inés, que deberé ponerme?

—Puede ponerse vuesamerced la saboyana verde.

—No me gusta mucho.

—Pues entonces la de color de granada es singular.

—Tienes razón.

—Luego el jubón de color esmeralda...

—Me parece bien; no extrañes, hija, que gaste yo algún esmero, porque el aseo y limpieza del cuerpo indican perfectamente la pureza del alma y...

—Estoy en ello, señora. ¿Quién puede pensar otra cosa?

—Nada de ostentación, pero vestir con decencia y comer bien no son pecados mortales.

—Por supuesto.

—Tírame esta manga un poquito hacia arriba... Y lo mismo puede ganar el reino del cielo el que anda desnudo que el que viste con decencia... Algo más apretada la cintura, Inés.

—Está muy bueno y muy santo lo que me dice vuesamerced, mas yo me acuerdo que el año pasado oí predicar en santa Catalina a un padre de los gordos de su religión, y dijo,

entre otras cosas, que más fácil era pasar un camello por el ojo de una aguja que entrar un rico en el reino del cielo.

—Me acuerdo también de ese sermón por señas, que el mismo padre vino aquel mismo día a comer acá y le pregunté... Porque ansío como la primera ganar la gloria... Ponme dos plumas negras y una blanca en la cabeza... Y me respondió que lo dicho se entendía con los ricos vanagloriosos, que no hacían obras buenas... Espérate, tuerce la de la izquierda una migaja más hacia afuera, otra chispita... Ya, ya está buena; tal respuesta me consoló, pues, si no estaba en ánimos de vestirme con tosco sayal y comer pan seco.

—Gran trabajo costaría a vuesa merced.

—¡Y tanto! Pero eso y mucho más debe hacerse cuando es preciso... Mas, en vista de las razones del padre, se tranquilizó mi conciencia.

—Nada de escrúpulos, vuesa merced debe seguir comiendo y vistiendo bien.

—Por supuesto, porque siempre es mejor comer una empanada que no un mendrugo duro. ¡Ay! Se me olvidaba, Inés se ha convidado al padre vicario de San Francisco.

—Sí, señora.

—Bueno, con él, nuestro Marcos y su amigo nos sobran huéspedes por hoy... Decía que es un mancebo galán y airoso si los hay... Tráeme aquellas chinelas de color de aceituna, que me sientan regular.

—A vuesa merced todo le sienta a las mil maravillas.

Una risita de placer fue la respuesta de Matilde, después que se puso nuestra dama sus brazaletes, su collar y sus arrobadas de oro, quedó tan cambiada que, a pesar de sus sesenta y pico de años, parecía mucho más nueva y agraciada; tales son las metamorfosis prodigiosas aún más que las de Ovidio que se logran por el arte del tocador; con él, las viejas seculares de entonces y de ahora han solido trocar sus canas por ricas cabelleras y sus arrugas por rostros tersos y brillantes, ¡pero ay! ¡Cuán falaces son los placeres de este mundo! Apenas cualquiera de estas renovadas damiselas se presentan en nuestras tertulias cuando poco a poco empieza con el calor y el movimiento a desconcharse la costra de coloretos que tapa sus facciones y las hondas arrugas comienzan a presentar sus antiguos senderos; el amartelado galán amohinado con aquellas imprevistas señales, observa con más atención y ve al través de los postizos cabellos algunas mal encubiertas canas que traidoramente revelan los años, que la afanosa señora trata de ocultar con tanto empeño. Pudiera seguir contando las mil arterias que el tocador encierra y deducir luego [¿muchas?] sentencias morales que por lo manoseadas y sabidas fastidiarían sobremanera, pero otras cosas llaman más nuestra atención.

No era moda entonces comer a la hora de cenar, ni cenar a la de dormir, y por eso no debe extrañarse que apenas dieran las doce el reloj de San Marcos cuando hete aquí que cuasi al propio tiempo se presentaron en la casa el padre fray Jacinto, vicario de San Francisco, y gastrónomo consumado, y nuestros amigos Diego García y Marcos Sánchez: después de los preámbulos, cumplimientos, retruécanos y parolas de estilo usual en tales lances, sentáronse a la mesa, sitio donde Matilde acostumbraba brillar y donde esperaba oír disertar a Diego García, pues Marcos le había dicho al oído que era profesor consumado en el arte culinaria.

Espacioso era el comedor de la casa de Matilde; veíanse sobre la mesa ricos platos y azafates de loza traída a toda costa de Venecia; también los vasos y botellas habían venido de Alemania, prendas de valía y de exquisito gusto; quedóse Diego García sorprendido viendo un lujo tan poco usado en las góticas ciudades de Castilla, y aún no había cesado su admiración cuando sirvieron la comida.

Abrió la escena un gran plato de estaño lleno de bien sazonados orejones.

—Parece, padre vicario, que os gusta este manjar.

—Dos platos he llenado porque en verdad están riquísimos... Ahora dadme un sorbo de agua de copas porque sobre *crudum, purum*, dice un antiguo adagio.⁵⁴

—¿Qué tal os parece —siguió la vieja encarándose con Diego— esta preparación que acá hacemos de los albérchigos? ¿Se acostumbra también en Castilla?

—Allá los preparamos y condimentamos de esta manera, pues en vez de cocerlos con agua y azúcar lo hacemos con vino blanco.

—¡Hola!

—Sí, señora.

—Pues estarán muy buenos; tenéis otra vez de explicarme menudamente este guiso.

—Lo haré con mucho gusto.

—Bien va —le dijo al oído Marcos—, seguid por ese estilo. ¿No veis con qué ojos cariñosos os mira Matilde? Vuestra figura parece que no la ha desagradado, y en charlando otro rato de asuntos masticatorios, servidora vuestra para lo que gustéis mandar.

—Pero el caso es que no sé cómo salir de este berenjenal.

—El principio ha sido excelente; bebed un trago, fuera de miedo, y charlar a lo que salgare.

—Tenemos el gusto —siguió Matilde— de que hoy nos acompaña a la mesa el caballero Diego García, amigo si los hay de nuestro íntimo Marcos Sánchez.

—El placer es mío, amable señora.

—¡Qué rica ternera! —saltó el fraile— Tan tierna está que parece pollo.

—Ese plato lo he dirigido yo —replicó la vieja.

—Largos han sido mis viajes por Italia —siguió Diego—, donde en verdad se sabe guisar bien, pero a fe mía que pocas comidas he visto tan bien dirigidas como esta.

Matilde se puso más hueca que un pavo real; una dulce sonrisa se asomó a sus labios y respondió con fingida modestia.

—Está regular y sobre todo me complace infinito que os guste.

—¡Oh! —replicó el padre vicario— La señora Matilde es la sola para entender estas materias de cocina... Hasta el otro día el señor conde de Arcos...

—¿Sois amiga del conde de Arcos? —replicó Diego.

—Así, así, como somos vecinos... Sucedió que le envié unos pasteles de pichones y a los pocos días estando en mi balcón salió el conde al suyo y me dijo en alta voz: «Matilde, vuestras manos para guisar deberían estar engarzadas en oro finísimo», desde entonces... Pues... Cuando hay en mi casa algún extraordinario, le mando un platito...

—¿Y el conde?

—Nada me envía, porque dice que su cocina comparada con la mía es tan mala que sería mengua suya si yo probase sus platos.

—Y dice bien —siguió el padre Jacinto—. ¿Para qué se quiere nada de extranjis si aquí pajaritos que vayan volando por el aire, si se apetecen ya están en la cazuela? Esta es una casa llena de todo.

—A Dios gracias nunca falta para obsequiar a mis amigos.

—Vaya, Marcos —saltó el vicario—, tomad un sorbillo de este vino, que el picarón puede arder en un candil... ¡Hola! Hermoso pato... ¿Es muy viejo?

—Lo más que tiene son seis meses.

—Pues el refrán —respondió Diego— es contrario a esta edad, pues dice «el pollo cada año y el pato madrigado».⁵⁵

⁵⁴ Parece estar refiriéndose a la expresión latina «post crudum purum», la cual «enseña que después de la ensalada se debe beber vino puro» (V. y B., 1841: 134).

⁵⁵ «Refrán gastronómico que recomienda comerse el pollo antes de que se haga gallo y el pato, después de haber sido padreado. Se le llama madrigado al animal experimentado y viejo» (Etxabe Díaz, 2012: 176).

—Nunca había oído yo tal adagio —dijo Matilde—, y por cierto es un rayo de luz capaz de alumbrar a todas las cocinas del mundo; algunas veces que por casualidad se han servido en mi mesa patos madrigados o de más de un año estaban sabrosísimos; mas yo creía fuese casualidad.

—Pues no, señora, que siempre acontece lo mismo, y hay un modo singular de guisarlos.

—Decídnoslo —replicó Matilde.

—Perdido soy, Marcos. ¿Qué diablos cuento?

—Charlad cualquier cosa, que todo va perfectamente. ¿No veis con cuánta atención y miramiento os escuchan?

—Pues señores... En primer lugar se pelan y lavan los patos como es de costumbre... Pues... Así, de un modo regular... Después se les echa caldo de gallina, tocino picado, almendras finas y huevos batidos, luego...

Aquí se paró el caballero, y por no saber qué decir, púsose a toser a más no poder, mientras Marcos le pisaba el pie con tal ahínco que al fin se excitara de nuevo a proseguir.

—Se soasan aparte los patos; se [¿cuecen?] con agua y azúcar, y luego se les añade el caldo anterior o salsa, y enseguida, apenas están tiernos, se sirven a la mesa, echándoles por encima un puñado de... Pues... Un puñado...

—De yerbas finas —saltó Marcos—, al menos así se hizo el otro día en casa.

—En efecto, de hierbas finas, y ese guiso se llama en nuestro país gratonada.

—El nombre es sonoro por lo menos —repitió fray Jacinto.

—Ese guisado debe ser muy rico y sustancioso —siguió Matilde—, y el domingo próximo os convidó a que lo vengáis a comer conmigo, pues ya para ese tiempo lo habré aprendido a hacer si este caballero se digna enseñármelo.

—¡Oh! Señora, con el mayor gusto, yo mismo vendré a dirigirlo.

—Entonces será doble mi placer.

Siguieron después otros varios manjares, y ya Diego, envalentonado con el buen principio que sus trazas tenían, habló de tantas salsas e ideó condimentos tan estrambóticos, que mientras Marcos se mordía los labios por no reír, Matilde nadaba en el más delicioso entusiasmo gastronómico.

Trajeron entonces a la mesa una gran torta de las que en aquellos tiempos se llamaba de Nochebuena.

—Esta preparación es excelente, Matilde, y en verdad la desconozco.

—Se componen estas tortas de huevos, miel, aceite, almendras y piñones.

—Amasada se halla con tal primor que dudo pueda comerse cosa más rica.

—Yo sé muy poco en estas materias, si fuerais vos...

—¡Qué [¿decís?]? Yo soy solamente mero aficionado, y vos... Consumada maestra.

Se acabó bien tarde, y fue un golpe decisivo a favor de Diego García; avisose a Juana de lo que pasaba, y nuestro amigo ganara cada día más terreno en la casa; Matilde le consultaba en los asuntos pertenecientes no solo a su cocina, sino a sus haciendas, y estas pláticas iban siempre entreveradas con un poquito de piropos y flores por parte del galán: captose también Diego la voluntad del padre vicario regalándole algunas cajas de dulces; con esto y con gratificar a los criados, logró ser en muy poco tiempo dueño casi absoluto de aquella casa.

Capítulo 6º. El nuevo proyecto

Buen cuidado tuvieron nuestros amantes de ocultar a Matilde su antiguo conocimiento desde la noche del huracán; además, Juana visitó a su tía de tarde en tarde, y esta,

engolosinada con las encarameladas pláticas de Diego, no se acordaba mucho en verdad de su linda parienta. ¿Qué digo acordarse? Evitaba por el contrario que viese a Diego García, porque lo que decía ella a su doncella favorita, «aunque yo no sea ninguna senectud, siempre los pocos años de Juana... Vaya pudieran... No quiero niñas en mi tertulia... ¡Mocosos! Porque tienen diez o doce años menos que una no hay quien las aguante».

Pasaron algunos meses, y un día entrara nuestro caballero en la casa de Matilde y sentose en su camarín mientras se levantase la delicada y muelle anciana; apenas oyó pasos en la vecina galería, no se puso de pie como otras veces ni corrió presurosa hacia la puerta; quedose por el contrario sentado en un ancho sitial mirando al suelo, apoyada la mejilla contra la mano izquierda y moviendo los pliegues de su capa con la derecha: abrió Matilde [¿la puerta?], y así que viera en aquella postura a su lindo doncel quedose también como estática, las manos levantadas y la boca entreabierta ligeramente; al fin dio dos pasos más adentro, y dijo con melosa voz.

—¿Diego García?

—¡Ah! Perdonad —replicó este, como saliendo de un pesado ensueño.

—¿En qué pensabais?

—Yo... En nada.

—Vos siempre tan jovial, tan risueño... Y ahora... Parece que algunas lágrimas asoman a vuestro rostro.

—¡Lágrimas! Que... No...

—¿Os falta alguna cosa? ¿Habéis reñido con vuestro padre?

—No, Matilde.

—Pero entonces... Habladme claro... ¿No soy yo amiga vuestra?

—Y la mejor de todas, mas hay cosas...

—Os mando que me las contéis.

Sentose entonces Matilde al lado de García, el cual, como al descuido, le tomó una de sus secas y arrugadas manos, y se la apretara suavemente.

—¿Con que no puedo saber?

—Sí, Matilde, vais a saber todo lo que pasa en mi corazón; os amo, y en vuestras sabrosas pláticas hallé mil deliciosos placeres. ¿Y no sentiré verme privado de ellas?

—¿Cómo! ¿Os ausentáis quizás?

—Las órdenes de mi padre son terminantes; dentro de pocos días, apenas torne del cerco de Gibraltar, donde bien sabéis que ahora se halla, debemos marchar a Palencia, y allí... También quiere casarme contra mi gusto.

—Me revientan y fastidian estos padres crueles que quieren violentar a sus hijos.

—Así me veis sumergido en hondas cavilaciones sin saber qué hacer... Por una parte, la voluntad de mi padre... Por otra, mi horror a ese casamiento forzado... No, no puedo vivir lejos de vos... Antes moriré...

—Si yo pudiera, Diego... Pero ignoro si mi esposo vive o no... Con todo, no os desesperéis... Pensaré lo que en tan apuradas circunstancias debemos hacer.

Después de otras varias razones sentimentales y patéticas se fue Diego García, y al pasar avisó a Inés que ya estaba la brecha abierta para atacar la plaza: Inés, que había recibido de él sendos regalos mientras que Coronel solo la obligara con corteses palabras, manda de poca ley y valor, estaba sumamente propicia a los dos amantes.

—Señora —entró al cabo de rato diciendo— me parece que ya es hora de que se peine y vista vuesamerced.

—Sí, es verdad, vamos.

—¡Jesús! ¿Qué amarilla está vuesamerced?

—¡Ay!

- ¿Tenemos también suspiros en planta?
- No te negaré, hija mía, que Diego acaba de contarme el más violento pesar.
- Siempre lo he dicho, que el tal caballero es un mozalbete que hace a pluma y a pelo, y...
- No digas mal de él, que en verdad es el mozo más galán y completo que he visto en los días de mi vida, y luego la perfecta inteligencia que tiene en el arte de cocina...
- Buenos disparates dice.
- Tú no lo entiendes, Inés; te aseguro que, aunque mi casa es el mapa para cosas de guisar, nada se ha sabido hacer de provecho hasta que él entró en ella... ¡Ah! ¿Cómo podré ahora manejar sola acostumbrada a sus consejos y visitas?
- ¿Pero cómo! ¿Qué ha ocurrido?
- Que ha de haber ocurrido que quiere su padre llevárselo otra vez a Castilla y casarlo... Ya ves tú...
- El remedio está en la mano. ¿Tiene más que no ir? Que se esté aquí de arrimón toda la vida.
- Si se va su padre y él se queda, todo el mundo verá y creerá que por mí se ha quedado, y mi honor es lo primero que todo.
- Pues yo no le hallo otra salida al lance sino que Diego García no se vaya... Para eso debe buscarse algún pretexto o motivo o causa... Pues...
- En lo mismo estoy, y no digas simplezas, ya se ve, para que no se vaya es menester buscar algún motivo de modo que se quede... La nueva afición...
- Deo gratias.*
- ¡Hola! El padre fray Jacinto viene subiendo la escalera... A buena hora, pues lo necesito, llega.
- ¿Se puede entrar?
- Pase adelante vuestra reverencia, que esta casa es muy suya siempre.
- Cierto, señora mía, y yo os doy repetidas gracias por las mercedes que de continuo me hace, y a todos los que visten el tosco sayal de mi padre san Francisco.
- ¿Y qué se ofrece tan temprano?
- Pasaba por la puerta de santa Catalina, cuando hete aquí que veo salir de vuestra casa a Diego García con un aire tan azorado y una cara tan aflada y opaca que me causó espanto verlo; me acerqué entonces, y le dije «amigo mío, ¿qué es esto? ¿Qué os ha acontecido? ¿Qué tenéis?». «La muerte es solamente lo que quiero». «¡La muerte! No os fatiguéis, que ella vendrá sin buscarla». Inútil fue que le pidiese más explicaciones, pues se apartó de mí como quien dice a matabalho, y me quedé con la boca abierta y con las mismas dudas; entonces dije para mí, «él sale de allá como atontado y con sus ribetes de furioso, pues allá sabrán lo que ha pasado, y luego como el muchacho es tan caballero que a todos nos interesa sobremanera su bienestar... ¡Y qué empanadas hace de carne! Por el santo hábito que visto, os aseguro que nuestro cocinero —lince extremado en asuntos masticatorios— no es capaz de prepararlas mejor... Y por otra parte es el joven más galán que se pasea por las calles de Sevilla».
- Tenéis razón en todo, padre Jacinto, y yo os explicaré lo que acontece.
- Contole enseguida lo que ya saben mis lectores, y le pidió consejo sobre lo que debería hacer para que Diego no se ausentase.
- Ya, ya —dijo el religioso—... El asunto no es tan sencillo como comerse un plato de magras con huevos y tomates.
- Me parece que tenéis seca la boca según tardáis en hablar.
- Siempre a esta hora ya me he desayunado y hoy...
- Inés... Que traigan unos dulces al padre Jacinto.

—¡Dulces!

—Para postres.

—¡Ah! Ese es otro cantar.

—Bien sé que sois aficionado a las cosas de sustancia.

—Me gustan las cosas de tomo y lomo; los dulces son muy buenos, pero han de llover sobre mojado, es decir, que han de caer sobre un estómago ya repleto.

—Opino como vos.

Trajeron en efecto un pichón asado, vino, pan candeal y otras cuantas frioleras, y fray Jacinto comía y hablaba entre bocado y bocado.

—Pues señor, el caso es peliagudo... Por una parte, el padre de Diego, sujeto testarudo, si los hay se lo quiere llevar a Castilla.

—Sí, señor.

—Alegando que quiere casarlo allá... Se entiende que será con alguna ricacha de esas que apalean los escudos... Por otra el Diego García no quiere salir de Sevilla si lo ahorcan... El motivo debe creerse piadosamente que será porque le agradan los aires puros, las ricas aguas, los abundantes y sabrosos mantenimientos y sobre todo para hablar en plata porque le gusta un rato de plática con vos... Se entiende una plática cristiana y nada de pecaminosa.

—Por supuesto, padre Jacinto.

—Si el mancebo tiene algún otro motivo secreto, allá con su pan se lo coma, porque «de occultis non iudicat Ecclesia»,⁵⁶ esto es, que nadie debe meterse en la renta del excusado ni de [¿allá?] donde no lo llaman.

—Cierto, mas yo creo...

—Yo creo como vos, señora mía, que Diego no tiene ninguna causa que lo obligue a no marchar, y esto lo siento como quien dice por hablar... Pero sigamos; por otra circunstancia casual a vos tampoco os desagradan las razones corteses y mesuradas del caballero...

—Ya se ve, habla con tanta propiedad de...

—Pues, de asuntos de cocina; bien seguro es que el mismo cocinero del papa es un zascandil si se parangona con él... Pero como en este mundo se murmura aún de las acciones más inocentes, no queréis que la maledicencia se cebe en vos, lo que no dejaría de hacer si viesan que Diego García, sin pretexto notable, se quedaba, y su padre se iba.

—Por supuesto.

—El ítem, pues, de la dificultad estriba en conciliar todas estas cosas, y para ello es preciso que Diego García se establezca de asiento en Sevilla.

—Eso es lo mejor.

—Y si pudiéramos casarlo... Pero que no por eso dejase de visitar vuestra casa y dar sus vueltecitas por la cocina...

—¡Qué rayo de luz, padre Jacinto! ¡Que sea yo tan necia...!

—¡Oiga! ¿Pues qué...?

—Lo casaremos con mi sobrina Juana.

—Eso no tiene cuenta.

—¿Por qué?

—Es una raposa, no de mucho talento, enamorada de Jaime Coronel...

⁵⁶ Tal sentencia se trata de una inexacta transcripción de la máxima católica «de occultis non iudicat Ecclesia», esto es, que la Iglesia no juzga asuntos secretos, sentencia a la cual se refiere Martín Lutero en sus escritos sobre la autoridad secular (2018: 135).

—Por eso no hay que fatigarse, con una palabra mía ella olvidará poco a poco a su amante.

—No lo dudo, que el tiempo y la paciencia hace esos y otros mayores milagros.

—Así lograremos que Diego se venga a vivir conmigo, dirigirá el caudal como ahora, y será en una palabra el amo.

—Mucho nos alegraremos todos, pues no perderemos los sabrosos bocados que él sabe preparar.

—Ahora precisa saber si a Diego le gustará o no mi sobrina.

—Que le guste o no, es imposible que él os contradiga en nada.

—Me respeta como a una madre.

—Por eso lo digo.

Al día siguiente manifestó terminantemente Matilde a Juana que olvidase para siempre a Jaime Coronel, pues quería casarla con Diego García; a pesar de que la linda joven esperaba tal mandato, le causó tanta alegría que sin poder disimularlo se sonrió de placer y se puso más encendida que una amapola; la suerte fue que su tía no lo notó, porque estaba ocupada en quitarse una arruga que le hacía el vestido al sentarse; condescendió la sobrina con la voluntad de su tía, y a la siguiente mañana la vemos comiendo al lado de Marcos y de su amigo Diego García; apenas se terminara la comida, se retiró a un lado Matilde con su viejo amigo, y nuestros dos jóvenes quedáronse en la mesa.

—Querida mía —dijo Diego en voz baja—, veo por lo que me dices que nuestro amor va a recibir la debida recompensa.

—¿Qué dirán? Marcos, pongamos cuidado.

—Qué han de decir, señora, frioleras amorosas, pues parece que la niña no se le antoja saco de paja a mi amigo.

—Y para colmo de nuestra felicidad —replicó Juana— creo que pagará a Jaime lo que se le adeuda.

Diego notó el afán que ponía Matilde en oírlos, y así prosiguió alzando un poco más la voz.

—Son inmensos los beneficios que debo a vuestra tía, y en realidad no sé cómo pagarlos.

—Es una señora tan buena...

—Por eso sentiré en el alma tener que alejarme de esta ciudad.

—¿Pensáis iros pronto, caballero?

—Mi desgracia así lo exige...

—¿Lo oís? —siguió Marcos.

—Ya lo oigo, todas sus palabras respiran agradecimiento y tristeza, mas yo os aseguro que no marchará, no se hará infeliz por dar gusto a su padre. ¿Con qué facultad quiere disponer del cariño de su hijo para hacerlo desdichado en esta vida y después, que es peor, condenarlo para una eternidad...? Por qué vivir desesperado, ya veis, Marcos, si es un buen escalón para salvarse... Por eso me decía ayer el padre fray Jacinto... Pero chitón, y oigamos otra vez.

Marcos tosió fuertemente, y Diego prosiguió.

—En vano es que me propongan las mayores ventajas, sacarme de Sevilla es destrozar mi corazón, es matarme.

La vieja no pudo ya contenerse, y se acercó a los dos con rapidez.

—No, Diego, no os matarán, es verdad que yo no puedo casarme con vos, pero mi sobrina... Joven, hermosa, rica, con mi herencia... ¿Qué más queréis?

—Yo, señora... Pero...

—Nada tenéis que replicarme, os casaréis porque lo deseo y lo mando, solo exijo una condición, y es que os quedaréis a vivir conmigo.

—Pues... —dijo Marcos a media voz— Echadle guindas a la tarasca.⁵⁷

—Que me acompañaréis siempre; que Diego manejará mi caudal cual si fuera suyo, pues ya estoy harta de bregar con mayordomos y administradores.

—Estoy sumamente agradecido, pero...

—Aunque por ahora no os améis mucho los dos, poco a poco después de casados os iréis encariñando.

—Yo para complaceros...

—Sé muy bien que por darme gusto sois capaz de hacer cualquier sacrificio, además que mi sobrina no es nada despreciable.

—No digo tanto... Por el contrario, esta señora es un modelo de belleza.

—Bien, bien, así me gusta. ¿Lo oís, Marcos? Ya mis concejos van produciendo su fruto... Seguid así, y no tengáis cuidado de declararos desde ahora públicamente amante de Juana... Dentro de muy poco tiempo las dificultades que hay serán vencidas, y seréis su esposo a pesar de todo el mundo, porque así lo quiere Matilde de Sandoval.

Capítulo 7º. La boda

En estas andadas volvió Jaime a Sevilla, evacuando ya los negocios que le encargara el duque don Juan, y ufano como siempre pasó a ver a su novia que lo recibiera aún con más despego que otras veces; picado entonces púsose una mañana de punta en blanco y adornado así con sus mejores vestidos se creía superior a los demás hombres, como el pavo real se cree superior a las demás aves por los adornos que ha recibido de la naturaleza, y abre sus vistosas plumas al sol de mediodía, que las tornasola con mil variados y delicados colores.

—Decid a vuestra señora que aquí estoy yo —dijo a la doncella favorita de Matilde.

—Mi señora dice que espere vuesamerced un rato.

Acostumbrado Jaime a penetrar casi a todas horas en el retirado camarín de la tía de Juana, causole suma extrañeza tal orden; frunció la boca, arqueó las cejas y empezó a pasearse aceleradamente con agitación y disgusto hasta que entró Matilde y lo saludó cortésmente.

—Siento mucho haberos hecho esperar.

—También yo lo siento, porque otras veces...

—¿Y cómo habéis venido de vuestros viajes?

—Con buena salud.

—Me alegro mucho.

—He hallado mudanzas muy notables en la ciudad en tan poco tiempo, que me causa grande admiración.

—Esas son las cosas del mundo.

—Sí; entre otras, acontece que el odio se cambia en amor y el amor en odio.

—Quién lo duda.

⁵⁷ Este dicho «se utiliza para manifestar nuestro asombro ante la facilidad con que una persona resuelve un problema o supera una situación comprometida; también, en menos casos, expresa sorpresa ante un hecho poco habitual»; en cuanto al origen, «la Tarasca era un monstruo de cartón que, con su largo cuello movido por los portadores que iban en su interior, recorría las calles en las procesiones del Corpus, abriendo una enorme boca que a veces se llevaba los sombreros y caperuzas de los más despistados. La chiquillería se divertía echándole cerezas y guindas por la boca a la Tarasca, aperitivo que comían con mucho agrado los que iban por dentro moviendo el enorme cuello» (Suazo Pascual, 1999: 87).

—Personas que no hacían ayer viso ni eran nada se entrometen hoy en las familias y mandan a su antojo.

—También se observa que algunos que parecían buenos y juiciosos se quitan la mascarilla y muéstranse como son en realidad, orgullosos, necios y...

—Es muy cierto que tales sucesos se ven, pero lo más extraño es jurarse dos amantes eterna fe y luego faltar a tan sagrada promesa.

—No soy yo la que aconsejaré que a ella se falte, mas algunas veces, cuando discurrimos que cumpliendo la palabra nuestra eterna infelicidad...

—Quizás... Y hablaremos más claro, seguirá estos consejos vuestra sobrina.

—¡Mi sobrina!

—¡Hacéis la espantadiza! ¡Eh! ¿Pues que no sabéis vos los secretos e interioridades de vuestra sobrina?

—Es verdad que, aunque no tiene obligación de hacerlo así, por casualidad me ha dicho que no os quiere para esposo.

—Sé muy bien que en mi ausencia ha habido quien cautive su corazón...

—Podrá ser.

—En efecto, Diego García es un mozo de lo lindo.

—Por tal lo tengo.

—¡Hola!

—Si lo bueno a todos nos agrada.

—¿Y yo que aún fundaba mi esperanza...?

—Pues no debéis tener ninguna en mí.

—Decía para mis adentros «nada de particular tiene que Juana ame a una persona con quien pasó una noche»...

—¡Cómo! Jaime, mirad lo que decís.

—Pocos ignoran en Sevilla que Diego García durmió...

—¿Durmió...?

—Me equivoqué, Matilde, estuvo una noche en los jardines del Alcázar... Es verdad que, como en la del huracán... El caballero la socorrió tan oportunamente... Nada tiene de extraño, seguía yo, que para acallar necias hablillas quieran ahora casarse los dos.

—Hasta ahora no he sabido quién fue el libertador de mi sobrina en aquellos angustiosos momentos; sin duda por modestia lo ha ocultado García, y decís muy bien, si él fue, para evitar hablillas necias, deben los dos casarse.

—Hay, con todo, el inconveniente de los cuatro mil escudos...

—Justamente los tengo aquí para vos, en monedas de oro; tomadlos, que no me gusta que mi cuñada deba a nadie, y mucho menos a Jaime Coronel.

Frío como el mármol de un sepulcro, con los ojos desencajados, la tez pálida y la boca entreabierta, quedose el caballero a la vista del oro, sin saber si tomarlos o no.

—Vaya, acercaos, contadlos, mirad que son de buenísima ley y quilates.

—Ya lo veo... Yo debería llamaros pérfida y embuidora⁵⁸ a boca llena, pero...

—Entonces yo os llamaría fementido y mal caballero, y allá nos andaríamos.

—Pero me reporto en razón a vuestras venerables canas.

—Sé muy bien que las tengo, y por eso trato de ocultarlas; aún no ensillamos, y ya cabalgamos; felizmente hemos conocido con tiempo vuestro carácter y maneras.

—Lo mismo digo, y por eso recogeré mi dinero

—Y obraréis con prudencia.

Contó entonces Jaime pausadamente los escudos, y se los fue guardando poco a poco.

⁵⁸ «Embuidor» es un sinónimo de «embaucador» (Cormon, 1776: 496).

—¿Está cabal la cuenta?

—Sí, mas estos dos los creo falsos.

—Pues tomad otros, por eso no hemos de reñir.

—Corriente, ea, señora, quedaos con Dios.

—Os suplico que por nada os acordéis del santo de mi nombre. ¡Qué rato he sufrido, Dios mío! Yo me tengo la culpa, partidario como es el del duque de Medina al fin la había de pegar... Y decirme que tengo canas... ¡Qué modales! Se quisieran parecer a los del otro... Y luego inventar la tramoya de que había pasado la noche García con mi sobrina... A buen sastre venía a engañar... ¡Inés!

—Señora.

—Ven acá, que con alguien me tengo de desahogar.

Contole entonces lo que había ocurrido y la astuta criada no dejó de apoyar indirectamente por Diego García y zahirió a Jaime sobremanera, por haberse atrevido a llamar vieja a su señora.

Declarado ya amante de Juana nuestro caballero, las fiestas y serenadas ocurrían todas las noches en el barrio de santa Cruz, de suerte que muchos de sus vecinos rogaban a Dios en sus cortas o largas oraciones que aquellos dos jóvenes se casasen pronto para poder dormir a pierna suelta, porque en conciencia hablando a los aficionados al reposo, mas les place una hora de sueño que las mejores músicas del mundo aunque sean las piezas del suave Rossini o del romántico y tétrico Bellini.⁵⁹

—Vuestra cuñada —dijo García a su futura suegra— es la mujer más singular del mundo; acaba de avisarme que ya ha entregado a Jaime Coronel los cuatro mil escudos que le adeudaba vuestro esposo.

—¡Cómo! ¡Qué generosidad!

—Por consiguiente, ya puede Juana... Veo en vuestro semblante que no me negaréis tal dicha.

—Yo por mí... Si mi hija...

—Juana y yo nos amamos tanto y tan de veras que solo aguardamos vuestro consentimiento.

—Pues ese lo tenéis.

Diego había obtenido la competente licencia de un padre, y debía celebrarse un casamiento al día siguiente en la parroquia de santa Catalina, pues así lo había querido Matilde.

—Con que Inés, ¿qué te parece que hagamos? —dijo esta.

—¿Sobre qué asunto, señora?

—Es decir, ¿qué traje te parece que me ponga hoy?

—¡Tiene tantos vuesaerced en que escoger!

—Por eso no es mayor la dificultad.

—Cierito.

—He convenido con mi sobrina que vendrá vestida de blanco con flores azules en la cabeza.

—Vuesaerced entonces puede ponerse de morado.

—Quita allá. ¡De morado...!

—Pues [¿es?] la saboyana de color de cielo.

—Ese color es el que más me agrada.

⁵⁹ Al margen de que tal comentario sobre música no deja de ser completamente subjetivo, es cierto que tradicionalmente se ha percibido a Rossini como más elegante, mientras que Bellini ha sido valorado como un compositor más sentimental (Gallo, 2010: xi).

—Y luego unos lazos amarillos, su collar de perlas y flores blancas.

—Así estaré muy bien.

Dieron en esto las doce y entraron Diego García, fray Jacinto y Marcos Sánchez.

—Me alegro, caballeros, que seáis tan puntuales; en el novio lo extraño, pero en vosotros es más digno de lo.

—Nunca me gusta —replicó Marcos— hacerme esperar.

—Y que hoy —siguió fray Jacinto—, como es comida de *gaudeamus*, será más larga y debe comenzarse temprano.

—Y toda —siguió la vieja— dirigida por Diego García, desde la sopa hasta los postres.

—Tanto mejor.

—Tomaremos algún bocado y al anochecer estará mi sobrina en la iglesia con su madre, y después volveremos otra vez a comer.

—De suerte que hoy no se levantarán los manteles.

—Hasta medianoche no hay que pensar que volváis al convento.

—Corriente; ea, vamos, y cada cual irá comiendo según sus fuerzas alcancen.

—Por supuesto, padre Jacinto, que no todos tienen el mismo estómago; enseguida tengo citado ya al escribano de la casa, para otorgar una donación de la mitad de mis bienes a favor de mi sobrina, con la obligación de que han de vivir siempre conmigo; después, cuando yo muera, heredarán la otra mitad del caudal.

—Loable y santo testamento —replicó el fraile—; llenad los vasos de rico moscatel; bebamos en honor de la prudente y bondadosa Matilde de Sandoval, a quien Dios conserve la vida luengos años.

Aún no habían acabado de beber, cuando hete aquí que se presenta en la sala el mayordomo del conde de Arcos.

—Adelante, amigo mío —dijo Matilde.

—Mi amo, el muy alto y poderoso conde de Arcos, acaba de saber el próximo enlace del caballero Diego García con vuestra sobrina Juana Sandoval; aprueba mucho tan elevada unión, y me encarga os diga en su nombre que si puede en algo complaceros.

Los ojos de la anciana brillaban con la más acendrada y pura alegría.

—Decid al conde mi señor que... Esperad... Padre Jacinto, dadle un traguito a mi amigo Pedro de Rojas; no, no, ese vaso es chico; ahora un poquito de pastel, acercadlo acá, venga el cuchillo... Somos amigos antiguos Pedro y yo... ¿Os gusta? ¡Eh...! Como decía, agradezco sobremanera la atención y cortesanía del señor conde... Y yo... Yo soy la que debo servirle en todo caso.

Se acercó la noche; las estrellas, con temblorosa claridad, alumbraban el alto firmamento; el aire estaba puro y sosegado, todo parecía anunciar un próspero fin al comenzado himeneo: entraron nuestros amigos en la iglesia; a poco llegó la novia, acompañada de su madre y de los caballeros parientes cercanos, y cerraron las puertas para evitar el tropel de curiosos; Juana se acercó al altar con paso vacilante, su rostro virginal cambiaba de color a cada minuto; el pudor, la ansiedad, el placer... Se pintaban [¿sentimientos?] en sus facciones dándoles diverso colorido desde la blanca palidez de la azucena, hasta el rojo color del brillante ranúnculo; Diego, a un lado lozano y erguido, el amor en su pecho, la risa en sus labios, parecía como el ángel tutelar encargado por Dios de vigilar sobre aquella tímida paloma contra los engaños del mundo y preservarla del sople letal del vicio y de las malignas pasiones.

El cura, revestido con sus hábitos sacerdotales, adelantose con mesurado paso; dichas las primeras oraciones, mientras todos hincados de rodillas guardaban el más recogido y religioso respeto, juntó las manos de los dos amantes y dijo:

—Diego García, ¿recibís por esposa a Juana Sandoval?

—Sí, recibo —respondió con voz varonil y animada.

—Y vos, Juana Sandoval, ¿recibís...?

Fuertísimos golpes sonaron entonces; el cura alzó la cabeza azorado, la puerta del templo cayó abajo, y unos treinta hombres armados y con las caras tapadas se acercaron en tropel al altar; Diego García saca la espada, pero se echaron encima y lo desarmaron y ataron; enseguida asieron a Juana Sandoval, que estaba desmayada, y la llevaron...

Capítulo 8º. Esteban de Villacreces

Paseábase por una de las principales estancias del alcázar de Sevilla el almirante don Pedro Girón,⁶⁰ su aire era inquieto y afanoso; de vez en cuando se paraba y hablaba algunas entrecortadas palabras; otras veces se asomaba a una de las ventanas que caían al jardín y miraba fijamente los anchos estanques y las olorosas arboledas; cavilando estaba sin duda el caballero en alguna cosa notable, pues luengo rato [¿permanecía?] a su lado Lope García, sin que lo notara; advirtiolo al fin, y le dijo:

—¡Hola! Lope, ¿vos por aquí? Bien sabéis cuanto me huelgo de veros.

—Y yo también, almirante; aunque ahora siento molestaros...

—Por el contrario, me alegro que hayáis entrado, pues tengo que hablar con vos en puridad y como amigo.

—Decidme lo que gustéis.

—No caminan bien los negocios de nuestro rey don Alonso en esta ciudad.

—¡Pues cómo! Yo no he notado...

—Yo sí, Lope; es cierto que Fernando de Nuncibay entregó el castillo de Triana,⁶¹ mas también lo es que el partido de don Enrique, amenguado considerablemente desde nuestra llegada, va otra vez retoñando cual ponzoñosa hidra, y alza cada vez más su cabeza.

—Pues yo creyera...

—Vos sois muy confiado, Lope García, porque veis que en las calles a mí y a vos y a todos los que son de nuestra bandería nos hablan con respeto, os figuráis que en el interior de las casas es lo mismo; no, es un fuego encubierto con ligeras capaz de cenizas, pero ya se va destapando, y, si Dios no lo remedia, se presentará cual rápido y violento incendio.

—Bien podrá ser, amigo mío.

—El duque y el conde nos pierden... Por lo mismo que han cesado en sus reyertas particulares aparentan no querer mandar ni meterse en negocios públicos, y entretanto el comendador Alonso Ortiz...

—¿El veinticuatro?

—Ese mismo, auxiliado ocultamente por el arzobispo, nos priva de útiles servidores, acaloriza⁶² a los secuaces de don Enrique y guarte cuando el día menos pensado no se ponga al frente de los suyos y entonces, ¿qué pensáis harán los demás? Seguirían el torrente por no malquistarse, y nos dejarían a los dos en los cuernos del toro, como quien dice.

—Mucho me ha engañado Ortiz.

—En tiempo de guerras civiles no hay que fiarse de nadie; el más pacato es el que suele declararse caudillo de un bando: para prueba constante de lo que digo, leed esta carta que don Enrique le envía:

⁶⁰ Como anteriormente señalamos, Pedro Girón era en realidad maestre de Calatrava, no almirante.

⁶¹ El castillo de Triana fue donde se atrincheraron los partidarios de Enrique IV, aunque se rindieron dos días después tras el asedio al que los sometió Pedro de Estúñiga (Lora Serrano, 1997: 1209).

⁶² El verbo «acalorizar» aparece registrado en el Diccionario del Español Yucateco como sinónimo de «acalorar» (Pérez Aguilar, 2016: 10).

Comendador Alonso Ortiz, mi vasallo y mi veinticuatro de la ciudad de Sevilla, yo vos agradezco las cosas que facedes en mi servicio, cuando tantos y de mí tan obligados facen lo contrario e tiempo verná en que mas vos lo pueda galardonar y para que mejor agora lo fagades, yo vos ruego e mando que deis entera fe e creencia a lo que de mi parte vos dixere Fernando de Medina e Pedro Álvarez de la Algaba. Yo el rey.

—¿Qué tal?

—La cosa, en efecto, es más formal de lo que a primera vista parece.

—Por eso me veáis tan pensativo... Al fin de mis cavilaciones he sacado en limpio que es urgente enviar un mandadero a don Alonso para que traiga un albalá confirmando al duque de Medina en la posesión de Gibraltar que le dio don Enrique, y luego se la quitó para regalársela a su favorito don Beltrán.

—¿Y el objeto?

—El duque entonces se declarará fuertemente por don Alonso e impedirá los ocultos manejos de Ortiz.

—¿Y el conde de Arcos qué dirá?

—Luego veremos... Quizás convendrá también... En fin, él no es tan poderoso como su rival, y después... Si es preciso, lo echaremos de la ciudad.

—Me parece bien vuestra determinación.

No tardó mucho en volver el mandadero desde Ávila, y el almirante se encaminó hacia el palacio del duque.

—¡Vos tan de mañana por acá! —exclamó don Juan.

—¿Lo extrañáis?

—¡Qué disparate, mi amigo Girón! Pero no estoy acostumbrado a veros tan temprano... Cosa, por cierto, que mucho me halaga.

—Siento, en verdad, haberos molestado, pero son tantos los escollos que se presentan para poder servir a nuestro rey que...

—Yo ignoro esos peligros.

—Pues hay, duque, quien atiza la tea de la discordia con la mayor solapa, quien por debajo de cuerda sonsaca los ánimos, excita los corazones y prepara un alzamiento general.

—Sin duda mi pariente, el conde de Arcos...

—Lo mismo creo, y como conoce que os habéis declarado tan francamente por don Alonso.

—Sí, cierto.

—Bien sabéis que en la junta que tuvimos en el ayuntamiento no quiso el de Arcos que se presentase su hijo primogénito.

—Bien lo noté.

—Y don Rodrigo dice públicamente que él no ha jurado a don Alonso, y de este modo el padre, por un lado, y el hijo, por otro, juegan con dos barajas.

—Por eso no son ellos santos de mi calendario, y si me he amestado... Bien sabe Dios por qué fue.

—Convenía, así, al mejor servicio del rey y de la patria.

—No porque yo les tema.

—¿Quién tal cosa cree? ¿No sabemos de más el grande mando que ejercéis en la ciudad? [¿Pues?] Don Alonso conoce lo que valéis, y trata de recompensar con regia magnificencia vuestros servicios.

—No lo dudo, mas yo...

—Debe imitar a su hermano don Enrique, que aunque estafalario y vicioso, en este asunto obró con justicia, al principio, se entiende.

—Don Enrique se portó malamente con mi casa, después que nos donó entre otras cosas la propiedad de la ciudad de Gibraltar, luego...

—Sí, luego os la quitó para regalársela al querido de su mujer.

—Bien sabido es que mi ilustre padre acorrió a conquistarla y pereció gloriosamente en tan justa y santa demanda.

—Murió como leal y generoso caballero.

—Después yo vengué su muerte y arranqué la ciudad al poder de los moros.

—Por eso fue más notable la injusticia que con vos se cometió; mas ahora tenéis feliz coyuntura para recobrar tan preciosa joya.

—¡Hola! ¿Pues cómo?

—Sé muy bien que aspiráis, como es debido, a su posesión.

—Confieso que es asunto que hace mucho tiempo tengo sobre mi alma.

—Por eso os traigo este albalá en nombre de vuestro benigno soberano.

—Os estoy sumamente reconocido.

—Don Alonso os concede a vos y a vuestros herederos la ciudad de Gibraltar por juro de heredad, para siempre jamás, con el castillo y fortaleza de ella, jurisdicción alta y baja, civil y criminal, con los términos y territorios poblados y por poblar.

—Señalada merced, almirante, mas como la ciudad no se halla en poder del rey...

—Don Alonso nada ha olvidado; os concede también un nuevo escudo de armas, con un lema que dice: «La casa de Guzmán tiene las llaves de uno y otro mar».

—Me parece muy bien, aunque...

—Además, se declara a Esteban de Villacreces su alcaide,⁶³ desleal a la corona, damnificador de la ciudad, molestandor de los que navegan por aquellos mares...

—Pues yo he oído decir lo contrario.

—Callad por Dios, duque, aunque Villacreces sea el más santo del mundo es menester decir que es un demonio... Si no... Entonces... Perturbador por consiguiente del reposo público, auxiliador de los moros...

—Eso pasa ya de la raya.

—No os paréis en pelillos; al malo se ha de pintar como malo, y al bueno como bueno.

—Es que, [¿sí?] aunque mi enemigo...

—Sois muy generoso, y él, si os afianzase entre sus uñas... Don Alonso manda también a la ciudad de Sevilla que os facilite los aprestos necesarios de artillería y máquinas para el asedio de la ciudad.

—¡Oiga! Ese es un punto sumamente importante, Girón.

—Y que terminado que sea os abone por los contadores mayores de la corona las cantidades que en recobrar tan importante puesto gastéis.

—Ya, esto es harina de otro costal, almirante.

—Con tales circunstancias me parece que la empresa no es descabellada, y la joya porque tanto aspiráis caerá en vuestro poder.

—Sin duda, y desde mañana se dará principio a la empresa.

—Don Alonso mi señor espera, en cambio...

—Don Alonso mi señor puede esperar de mí todo lo que le plazca y guarte quien se atreva en Sevilla a alzar la voz en su contra.

⁶³ Esteban de Villacreces fue, en efecto, el nombre del alcaide de Gibraltar, leal a Enrique IV de modo que el rey más adelante lo recompensaría por sus servicios (Guerrero Vega, Pinto Puerto, Romero Bejarano y Ruiz Pilares, 2021: 225). También fue, como se especifica más adelante, cuñado de Beltrán de la Cueva (Franco Silva y Cruz Mariño, 2012: 301).

Esteban de Villacreces, cuñado de don Beltrán de la Cueva, era el alcaide de Gibraltar, y sabedor de la terrible tormenta que se preparaba en su contra apresurose a dar cuenta a don Enrique; mas este, cada vez más desacreditado y perdido se contentó con enviar una larga carta a los caballeros, y escuderos de la ciudad recomendándoles la obediencia y lealtad debidas, y encargándoles muy particularmente que prestasen eficaz socorro y se aunasen con el honrado alcaide; Villacreces apenas recibió el real mandato junto a los principales vecinos, y después de contarles por menudo el gran peligro que los amenazaba, añadió:

—Para obviar tamaños males, solo nos manda nuestro rey esta carta, que, en verdad sea dicho, conociendo yo vuestro valor y honradez, para nada la necesitaba; municiones de boca y guerra, soldados y pertrechos militares es lo que necesitaremos, y de eso no nos habla su alteza una palabra tan siquiera; conozco bien que vuestra situación va a ser triste y apurada si todo el poder de la casa de Medina se abalanza contra estas débiles fortalezas, mas no por eso decaerá nuestro ánimo, que los pechos leales, las almas grandes, los corazones generosos jamás se abajan y amilanan a la vista del peligro; peleemos, pues, hasta el último instante, y que nunca puedan tildarnos con la fea mancha de cobardes.

Este corto razonamiento inflamó los ánimos de los vecinos de Gibraltar, que se prestaron [¿valientes?] a defender a toda costa las murallas de la mal provista plaza; el alcaide empleó en comprar vitualla hasta el último maravedí que tuviera, y confiado en Dios y en su buena causa, esperaba impávido a sus terribles enemigos.

Con toda la pujanza de los pechos rencorosos, aparejose el duque de Medina al cerco de Gibraltar; envalentonado con el albalá de don Alonso, no tapaba sus planes con el velo del misterio, sino públicamente buscó soldados y atavió los pertrechos militares necesarios; su edad no le permitiera marchar en persona, pero envió a sus principales adalides y caballeros, y entre ellos a Lope García; la plaza se asediara con el mayor cuidado y a los pocos días, viendo los sitiados la flaqueza de sus murallas, las abandonaron y se acogieron a los castillos; los combates eran diarios, mas nada adelantaba la gente del duque, pues la bravura de los hijos de Gibraltar rayaba en heroica; pasaron así algunos meses, y la hambre comenzó a presentarse con su seca y descarnada figura; el desaliento cundió entre la multitud, y mucho más crecido fue con la llegada de don Enrique, hijo mayor del duque, acompañado de nuevos campeones; vino también con ellos Jaime Coronel, atraído por el ansia del botín, pues más era caballero para lucirse en un estrado entre damas y galanes que para mostrarse erguido en las arriscadas peleas; diéronse tan buenas trazas los de Medina, que en poco tiempo derribaron grandes trozos de las fortalezas con su artillería, y el valeroso Villacreces tuvo que retirarse con su mujer, hijos y algunos de sus más leales servidores a la torre de la Calahorra para proseguir aquella azarosa y desesperada defensa.

Sentados vemos una mañana en un aposento del castillo al alcaide, su mujer y dos hijas pequeñas; la palidez de la muerte se pintaba en sus rostros.

—Ya no tengo esperanza de socorro, mas no crean que por eso flaqueará mi corazón.

—Ni el mío tampoco —le contestó su esposa—, no, aunque débil mujer jamás las quejas saldrán de mis labios, solamente me duelo de esas dos mitades de mi alma.

—Tienes razón, ¿pero qué hemos de hacer?

Las dos niñas estaban sentadas en el suelo, no lejos de sus padres, y tendrían de ocho a diez años la mayor, y la otra sobre cuatro.

—Madre, pan —dijo la más chica—... Tengo tanta hambre...

—No lo dudo, hija mía, ya se están acabando las sopas.

Apartó del fuego una cazuela y se la arrimó a sus hijas.

—Tomad... Aún conservaba para vosotras esta harina de cebada... Comed...

- Pero y el pan —saltó la más pequeña.
- Hija mía, no hay pan, come estas sopas, verás qué ricas están; anda tú también, Matilde.
- Pero... ¿Y mi padre y vos...?
- Nosotros no tenemos gana...
- ¡Cómo! Si hace ya dos días...
- No, hija, come tú, que... Vaya... Cuando te digo que no tenemos apetito.
- Madre de mi alma, vuestra cara me dice lo contrario.
- No nos aflijas más, Matilde —saltó con dignidad Villacreces—; hoy aún tenemos este socorro para vosotras mañana... Dios es grande...
- Señor —entró diciendo en esto Pedro de Toledo, fiel y antiguo criado—, los soldados... El hambre...
- ¿Y qué quieren que haga? ¿No se han comido ya hasta mis caballos? Mientras yo...
- Tiene sobrada razón vuesamerced... Pero ya todo se ha acabado, las yerbas más venenosas, los animales más inmundos, los cueros, las ropas, todo nos lo hemos comido para acallar la horrible necesidad que nos aflige, pero hoy...
- Toma, dales y que coman.
- Agarró la cazuela que estaba delante de las niñas, y se la dio al criado.
- ¿Y mis niñas?
- Calla, mujer. ¿Y mis soldados cubiertos de canas y de cicatrices?
- Tienes razón... Hijas mías, no lloréis, que luego os traerán más comida.
- Señor, dadle este escaso alimento a esos angelitos; además, es tan poco... ¿Qué hombre podrá acallarse con tal cantidad?
- Pues entonces...
- Nada diré, señor, pero... Bien sabe vuesamerced que nos vamos quedando casi solos; los mejores adalides, por no desobedecer abiertamente y no morir de miseria, se descuelgan de noche por las murallas...
- Sí, y me abandonan cobardemente.
- No todos han resuelto morir al lado de vuesamerced como yo.
- Tienes razón, no todos tienen tanto valor, pero yo...
- ¿Y quiere aquí perecer vuesamerced desamparado... ¿Y solo...?
- ¡Horrible palabra! Solo...
- Sí; a qué ocultar nuestra situación, excepto yo, los demás...
- Abre las puertas de la torre y que se vayan, yo me quedaré.
- Y yo también, pero mire vuesamerced que esas niñas van a morir inocentes entre horribles angustias.
- ¡Desgraciadas criaturas, cuán poco os puede ayudar vuestro padre...! —y una lágrima ardiente corrió por las mejillas del alentado capitán— ¡Qué algazara...!
- Se van los soldados, y el placer de verse libres de una muerte horrorosa y segura...
- ¡Mercenarios...! Pobres, más bien, y desgraciados... Bastante han sufrido... ¡Ah! Si no mirase a esas infelices... Niñas, esposa, levantaos y vámonos también.
- Pero [¿quizá?] una capitulación...
- Yo no capitulo con nadie.
- Pues entonces...
- Me entregaré en sus manos, y hagan de mí lo que gusten.

Capítulo 9º. El agravio

Contrastaban sobremanera los guñapos y andrajos que vestían Esteban de Villacreces y su familia, con los adornos y preseas de los caballeros del duque; mas no por eso decayó el ánimo del altivo castellano; sentado en un rincón de la tienda de don Enrique, alzaba con valentía y desdén la vista hacia todas partes y seguro de su conciencia, mostrábase sereno cual después de estrepitosa tormenta preséntase tranquilo el borrascoso mar el occidente.

Entró en tanto el hijo del duque; Villacreces se puso de pie, le hizo una reverencia y se tornó a sentar.

—Esteban, os habéis entregado sin capitulación ni cuartel.

—Ya lo sé, señor.

—Habéis resistido tenazmente a mis huestes, y por tanto...

—Estoy a la merced del vencedor.

—¿Y por qué tuvisteis tal obstinación?

—Porque así lo mandaba el honor.

—Volved la vista y ved el estado en que por vuestra cruel terquedad se hallan [¿mi?] esposa e hijos.

—Tanto mejor para ellos.

—¡Cómo!

—Sí, tanto mejor; pues tienen un padre y un marido que prefiere la muerte a la ignominia; y yo os aseguro, don Enrique, que, si mis flacos soldados no me hubieran abandonado en estos últimos momentos, los pendones del duque de Medina jamás ondearían en esos muros de Gibraltar.

—Vuestros soldados eran hombres de carne y hueso, y la miseria...

—¿Y yo no soy también de carne y hueso? ¿Y no he sufrido la hambre? ¡Ah! ¡Si supieseis qué cosa tan terrible es la hambre...!

—Vuestro rostro lo indica.

—¿Y no padeció también mi esposa? ¿Y esas dos mitades de mi alma no pasaron las amargas cuitas de la necesidad? Si alguna vez me pedían pan, les daba un ósculo amoroso, y callaban las inocentes para no afligir más a su padre.

—Tales averías pudieron evitarse; en las guerras civiles, en las guerras contra hermanos, nunca el laurel de la victoria debe cubrir la frente del vencedor ni la ignominia la del vencido.

—Don Enrique, en cualquier caso, en cualquier circunstancia, la bajeza, la maldad, la traición son feos y abominables delitos y el valor acendrado siempre es virtud.

—Basta, Esteban; daré orden para que os socorran como es debido.

—Os doy gracias.

—Iréis luego a nuestro castillo de Medina hasta que mi padre disponga de vuestra suerte.

Inmediatamente trajeron algunos alimentos a los desgraciados presos y un rayo de alegría brilló en el rostro de las hijas de Villacreces al ver los manjares, mas él, tranquilo, púsose a comer con pausa y sosiego, como si no tuviera notable apetito.

Entraron en esto en la tienda Jaime Coronel, Lope García y otros varios caballeros atraídos por la fama de Villacreces; el alcaide los saludó cortésmente y los convidara a comer; Jaime, que de su natural era burlón, le dijo a otro en voz baja:

—¡Vaya un chiste! Axa no tiene qué comer y convida huéspedes.⁶⁴ ¿En qué piensa ese hombre? ¿Pues si él necesita la comida de ocho?

⁶⁴ Se trata de uno de los muchos refranes con origen árabe y basados en «Axa», también nombrada como «Aja», «Aisa» o «Haxa», una «mujer demente y ridícula, pero generosa» (Tejero Robledo, 1996: 307).

—Aunque yo me halle con necesidad —replicó Esteban— mi educación exige que os convide.

—Tenéis sobrada razón —contestó Lope García.

—Si la tuviera, no se hubiera defendido tanto tiempo para verse ahora como un zarrapallón.⁶⁵

—Mas me honrarán a mí estas ropas raídas que a vos los vestidos de seda y oro.

—Mucho orgullo conserváis todavía.

—Coronel —saltó Lope García con indignación—, extraño mucho que insultéis a un hombre a quien todos debemos admirar; menguado es el caballero que no se compadece de otro, porque los tiempos ruedan y hoy por mí, mañana por ti.

—Yo me curo poco de tales temores.

—Es verdad que vos jamás podéis temer veros en el caso de Villacreces.

—¿Y por qué?

—Porque...

—Hablad.

—No diré que seáis un cobarde, pero insultar y motejar a un desgraciado es acción mala e indigna de un valiente.

El viejo estaba tan acalorado que ya no sabía lo que se decía, pero Jaime, que se vio en un lugar donde nadie le daba razón, atajó la lengua de Lope saliéndose de la tienda y agazapándose en la suya, donde comenzó a idear la venganza que sin comprometerse debía tomar del anciano. Cuando estaba más enfrascado en sus penosas y agudas cavilaciones, entrara Pedro de Sandoval, que aquel día había estado lejos del campamento.

Pedro de Sandoval era hermano de Juana, aunque muchos no lo sabían, pues aun viviendo su padre, por andar siempre a la flor del barro se había salido de su casa; juntose con otros temerones como él, y se hallara en todos los azares de las guerras civiles y en las reyertas particulares de aquel tiempo, y si parecía alguna vez por la casa de su madre era por sacarle dinero que gastaba alegremente en banquetes y mancebas; Coronel y él eran uña y carne, por la razón sencilla de que a los dos les placía dañar al prójimo, burlarse de los infelices, vivir a costa ajena y sacar plata aunque fuese de las piedras; solo se diferenciaban en que Jaime, como ya hemos manifestado, era amigo del descanso y su espada reposaba siempre en paz octaviana, y Pedro, por el contrario, era valiente y tan atronado que por quitame allá esas pajas echaba al aire su tizna y había la de vámonos.⁶⁶

—¡Hola, Coronel! ¿Qué se hace? —entró diciendo su amigo— Parece que estás algo mohíno. ¿Qué mal bicho te ha picado? ¿No respondes? ¿Será cierto el runrún que corre de ciertas palabras que con Lope García has tenido?

—Algo ha habido de eso.

—¿Y por tal simpleza estás así? ¡Vaya una sandez!

—Si a ti en público...

—Nadie se atreve a chistarme a mí, ni en público, ni en secreto; pero como lo he dicho muchas veces, para andar en estas andanzas de guerra es necesario tener las manos de hierro y tú las tienes de trapo y fino.

—No todos podemos, amigo mío, vivir en la plaza.

—Cierto.

—Si el duque no hiciera caso de esos Garcías, caballeros advenedizos que de luengas tierras se nos han entrado por puertas a ganar gloria entre nosotros...

⁶⁵ Labernia y Esteller recoge la voz «zarrapallón» como sinónimo de «zarrapastro» (1865: 803).

⁶⁶ La expresión «la de vámonos» significa «despedirse o despedir a alguien», o simplemente «irse» (Pérez, 1929: 484).

- Y dinero.
- Se entiende, pues tal es su objeto principal... Yo sé cosas... Antes justamente llegó al campamento el mayordomo de tu tía Matilde.
- ¿Aquel culebrón alto, seco, que sabe más que Merlín?
- Sí, y viene despedido.
- Pues no sé cómo, porque mi tía estaba embobada con las pláticas del tal metemueros y además malas lenguas decían... Y en Dios en mi ánimo que decían la pura verdad.
- Ahí verás las cosas del mundo; el amigo Diego García ha podido más que todos, y en el día maneja el caudal, corteja a la vieja, se [¿ha?] ⁶⁷ cargado en una palabra con el santo y la cera... Y por añadidura quizás a estas horas se habrá ya casado con tu hermana.
- Con su pan se lo coman, que buen provecho les haga.
- ¿Y recibís tan desagradable nueva con tal frescura?
- ¿Y a mí qué me atañe? ¿Soy yo el que me caso? Yo no tengo que ver nada con mi familia, allá ellos que se las aburrujen. ⁶⁸
- Pero ya ves tú que yo entonces...
- Ya sé que por causa de Diego te han plantado en la calle y debes estar avisado y rabioso... Pues no seas tonto, bebe, come, huélgate y deja que mi necia hermana se case hasta con el mismo demonio; no le arriendo la ganancia al pobrete, porque en verdad, ella es más agria que naranja verde, y luego aguantar por ribete a la tía...
- Tú hablas a salga lo que salgare porque no estás agraviado, que si no, de otro modo moverías la sin hueso. ¿Podrá gustarme que me hayan soplado la novia, y luego el otro me afrente en público?
- No tengas cuidado por esto último. ¿Quieres que vaya ahora mismo y le dé al viejo de bofetadas?
- Me alegro que tomes con calor el agravio que se me ha hecho.
- Así conocerás que no soy amigo de taza de vino, sino para todas las ocasiones.
- Bien lo veo.
- ¿Voy?
- Espérate, que las cosas se han de hacer cuando vengan a pelo; ahora Lope está cercado de sus amigos... Déjame que yo disponga el lance; entretanto, silencio y usemos con él palabras de santo y uñas de gato. ⁶⁹
- Como tú quieras.
- Satisfecha mi venganza, aunque luego su hijo se case veinte veces con tu hermana.
- Dices bien.
- ¿Quieres que te hable en plata?
- Habla claro.
- A mí no me gustaba mucho Juana.

⁶⁷ A diferencia de otras ocasiones, no se ve ahí un hueco en el manuscrito original, aunque el contexto demanda alguna palabra más para que la oración sea gramatical.

⁶⁸ «Aburrujar» significa, según Mora y Casarusa, «formar burrujos en algo» (1857: 10). En ese diccionario, no obstante, no se recoge ninguna definición para «burrujo», pero sí en Sejournant, donde se recoge como sinónimo de «orujo» (1759: 178), y esa última palabra se define como «mare du raisin après l'avoir foulé» (Sejournant, 1859: 717), que se corresponde con la primera definición recogida en el *DRAE*. La oración «allá ellos que se las aburrujen» es, por tanto, una alusión al trabajo campestre que parece utilizada en sentido metafórico. Si entendemos esa apelación a dichas labores como forma de referir una tarea ardua, quien dice «allá ellos se las aburrujen» parece mostrar una indiferencia absoluta por las dificultades que están atravesando las personas aludidas, de quienes parece desentenderse abruptamente.

⁶⁹ Musso y Pontes recoge el refrán «palabras de santo y uñas de gato» como un dicho contra los hipócritas (1876: 179).

—¿Y a quién podía gustarle? Yo soy su hermano y me la figuro más fea que una noche oscura.

—Eso no, por vida mía, que es muy agraciada.

—A ti te lo parecería, que la mirabas con ojos interesados.

—Tiene un carácter triste y serio.

—Sí, siempre está llorisqueando; no me agrada la gente así, quiero que se halle la risa en los labios y no que Juana para que se ría es necesario repicar gordo.

—Y luego, desde que los dos pasaron la noche en los jardines del Alcázar...

—¿Quiénes son los dos?

—Los dos son...

—Sí, los dos, son dos, pero no sé quién son.

—Si te enfadas, callaré.

—Con tus medias palabras me enfado.

—Cuando la tormenta grande de Sevilla...

—¡Ya...!

—Estaban en los jardines del Alcázar tu tía y tu hermana.

—Eso sí, para extender las piernas se pintan las solas.

—Tu tía en aquellos momentos de angustia pescó la puerta de la calle, aunque con trabajo, pero Juana se quedara agazapada en un rincón...

—¿Y qué?

—Y luego, como llovido de las nubes, se presenta allí el amigo Diego García y como ya habían cerrado las puertas...

—¡Oiga!

—Se quedaron [¿así?] los dos a pasar la noche.

—Al fresco.

—Sí.

—Ya ves tú que, aunque tu hermana sea muy santa y muy buena, y el otro el más cándido del mundo al fin...

—Te entiendo, la ocasión hace al ladrón.

—A mí me ocultaron el lance, mas no hace mucho que lo he husmeado y el jardinero del palacio me lo da por cierto.

—Pues si eso ha acontecido, debes estar muy contento de no casarte con mi hermana y por sí o por no que lo haga con Diego García.

—Hombre, yo creí cuando te contara este último lance que te ibas a encender como unas candelas y a ponerte furioso... No te interesa nada según veo el honor de tu familia.

—Por ahora solo me interesa comer y beber y no tengo más familia que mi persona, y cepos quedos en esta materia.

Alzose al día siguiente el campamento y dieron la vuelta de Conil donde el primogénito del duque quiso que descansasen algunos días sus soldados de tan largo asedio; los vecinos del pueblo, al ver acercarse aquella cáfila de hombres por la mayor parte aventureros y viciosos que iban a arrasar sus casas cual nube de destructoras y hambrientas langostas, suplicaron a don Enrique que acampase el ejército, pues ellos lo surtirían con abundancia de los mantenimientos necesarios: pareció razonable su petición a los principales capitanes, y en pocas horas largas filas de tiendas cubrían unas colinas distantes media legua de Conil, y allí se alojaron todos menos don Enrique, que con dos o tres de los principales adalides entrose a descansar en el palacio de su villa; mientras, entregábanse los soldados o comilonas diarias y el vino regaba con abundancia sus estómagos más duros

y digeridores⁷⁰ que los de los avestruces; otros más mesurados y juiciosos entreteníanse en jugar a los dados o limpiaban y componían los abismales de las lanzas, las jacerinas, las espadas, los codales y las demás armas ofensivas y defensivas que mucho habían padecido por cierto en tan porfiados combates; por último y remate algunos aficionados al dulce *far niente*⁷¹ de los italianos charlaban acostados en el suelo sin curarse por nada del mundo ni de sus azares ni glorias; uno de estos últimos grupos hallábase colocado a las espaldas de la tienda de Lope García que se paseaba dentro de ella con inquieto y acelerado paso; oscureció entretanto y a la sosegada plática que tenían aquellos soldados siguióse otra más animada, merced a la llegada de cierto quidam echadizo al parecer que entre palabra y palabra les daba de beber un buen sorbo de aguardiente.

—No está malo el traguito, compadre —dijo uno.

—Como de esas veces lo he bebido yo más malo que zupia y más negro que pez, pero este le dice quítate allá al más pintiparado del mundo... Si vierais qué trabajo me costó lograr este zaque... Porque como apenas nos dejan entrar en la villa...

—Así dicen, aunque a mí no se me ha ofrecido ir por allá.

—Porque eres un sandio que te contentas con pan prieto y agua clara, pero yo necesito a menudo un sorbito de lo caro y más tajadillas de carne, amén de otras cosas que por sabidas no las miento.

—Sí, una moza...

—Lo callé por vergüenza.

—Tú tendrás mucha vergüenza cuando andas siempre a caza de gangas.

—Por eso he podido traeros este trago... Vaya otro buche.

El aguardiente principiará a hacer su efecto, se les borró las venas del miedo y sus lenguas se pusieron mucho más sueltas.

—¿Y sabéis acaso —siguió el advenedizo— quién tiene la culpa de que no entremos en Conil cuando nos dé la gana?

—Yo no lo sé —replicó otro.

—Y si vierais qué falta me hace a mí el meterme allá a todas horas... Tengo una comadre antigua... ¡Qué linda hembra! Toca la vihuela que le hace hablar y luego tiene unas manos de ángeles para guisar un cabrito o asar un pollo, y además allí hay siempre posada para nosotros, cosa que no desagrada en verdad.

—Por supuesto.

—Que estamos ya hartos de dormir a campo raso... Mas yo sé todas las cosas del pe al pa: nuestro don Enrique, cual decía el otro, salga pez, o salga rana a la canasta, como quiere tanto a sus soldados, no le daba una chita de que todos nos embanastaremos dentro de Conil y a quien le amargara que tuviera paciencia, que al fin y al postre son vasallos del duque su padre, y deben sufrir... Además, ¿somos nosotros lobos que nos comemos a la gente? Lo más que podría haber corrido peligro era algún pollo o gallineja que todo ello no valdría un ardite y que alguna muchacha se hubiese prendado de nosotros o nosotros de ella que es lo mismo...

—Ya...

—Lo que hay en el caso es —contestó otro soldado— que los vecinos de Conil dijeron para un sayo «más vale vuelta de llave que conciencia de fraile»...⁷² Y a mi parecer tenían razón.

⁷⁰ Aunque actualmente el *DRAE* no reconoce la voz «digeridor», esta sí aparece recogida en Salvá y definida como «el que digiere» (1846: 402).

⁷¹ La voz «far niente» expresaba oposición al ocio común, «pues indica un reposo contemplativo», es decir, «una especie de tranquilidad estática» (Rivodó, 1902: 50).

⁷² «Más vale vuelta de llave que conciencia de fraile» es un refrán que «aconseja que, para evitar sospechas y

—No la tenían y tú serás un badulaque si tal dices... Ya estaríamos todos dentro, pues los capitanes así lo querían, mas se opuso ese faramallón que ha venido de Castilla.

—¡Hola! ¡Lope García!

—Vil pechero —saltó este saliendo apresuradamente—. ¿Qué pronuncia tu infame lengua? Habla y verás si te la arranco de cuajo.

—¿A mí barraganadas? —replicó el soldado poniéndose de pie.

—A ti, malvado.

—Cuidado con las palabras que se le sueltan a vuesamerced.

—¡Cobarde, cómo...!

En esto se despegó de otra tienda un hombre embozado hasta los ojos.

—Lope García —dijo acercándose—, no ultrajéis a ese soldado que no faltará quien lo defienda.

—¿Seréis vos?

—Podrá ser.

A estas palabras iba Lope a sacar la espada, pero los soldados se echaron encima y lo sujetaron, mientras el hombre se desembozó y conocieron todos al hermano de Juana Sandoval.

—¡Cómo, caballero! ¿Vos apadrináis una maldad?

—Viejo marrullero, yo no soy como Jaime Coronel, toma para que te acuerdes de mí. Y le dio dos bofetadas tan fuertes al anciano que cayó al suelo accidentado.

Capítulo 10º. La posada de Utrera⁷³

Gran rato estuvo tendido el desgraciado [¿Lope?] hasta que, vuelto en sí, metiose en su tienda dando gracias a Dios de que casi nadie había visto su afrenta: allí pasó algunos días cavilando en lo que debería hacer para recuperar su honor perdido; después de barajar mucho su imaginación, determinara enviar un mensajero a su hijo contándole lo ocurrido, pues creía, y con razón, que su brazo juvenil castigaría [¿mucho?] mejor la descortesía de Pedro Sandoval que no el suyo seco y descarnado; no temía que se negase a ello pues a pesar del amor que a Juana profesaba, juzgaba con harto fundamento que la honra sería más poderosa en el corazón de Diego García, que todas las demás pasiones por suaves y encantadoras que fuesen.

Tampoco se dormía Jaime Coronel; enterado por su amigo de lo que ocurriera y aún no satisfecho su rencor, trató de seguir efectuando un plan diabólico para dañar a los que él juzgaba sus enemigos; su destreza en el arte de enredar y seducir era entrenada y por eso echó los ojos hacia un criado de Fernando Ortiz, caballero sevillano que en clase de aventurero y sin recibir acotamiento ninguno servía al duque; era el tal truhán un mozalbate descarado con sus puntas de hipócrita y zalamero cuando le tenía cuenta; aunque según el adagio «en casa del tamborilero todos son danzantes»⁷⁴ no sucedía así en este caso, pues Ortiz era un caballero pundonoroso y completo, y su criado merecía la horca; no quiso Jaime confiarse en los suyos para que nadie sospechase que andaba en tales tramoyas, y enteró a su faraute de los antecedentes necesarios que debía saber.

Serían la doce de la mañana cuando vemos entrar en una posada de la villa de Utrera a Bartolomé, criado de Lope García, y siguiéndole la pista cual fino podenco al astuto

disputas, y vivir con seguridad, conviene cerrar con llave» (Llombart, 1887: 411).

⁷³ El autor equivoca el número del capítulo en este caso y repite «9º» cuando es en realidad el décimo. Este error lo extiende a los sucesivos, pero lo corregimos en este caso y en los siguientes.

⁷⁴ Tal adagio «enseña que los superiores deben ser muy mirados y cuerdos en sus operaciones, porque su ejemplo es la más eficaz persuasiva para los súbditos» (Sbarbi, 1872: 42).

Santiago, truchimán y agente de negocios de Coronel; había fingido no sé qué enfermedades o aventuras de su padre en Sevilla, y obtuvo el competente permiso de su amo por un par de meses.

—¡Hola! Posadero —dijo en alta voz—, ¿hay algo bueno que meter por debajo de la nariz? ¿Os espantáis porque pido de comer...? Mi traje quizás... «Debajo de una mala capa se encuentra un buen bebedor»⁷⁵, ea, manos a la obra.

—Mucha priesa trae el hijodalgo —replicó el posadero, que era un socarrón de siete suelas.

—No gasto nobleza, amigo mío, pero sí dinero... ¡Cómo! No había reparado en lo de Bartolomé, ¿tú por estas tierras? ¿No estabas hace tres días en el campamento?

—Sí, y allá te dejé yo también.

—Mi amo, como es así, cuando se le pone una cosa en la cabeza no hay sino menear los talones y darle gusto.

—Lo propio sucede al mío.

—¿Con que tú vienes...? ¡Eh...! Ya lo sabía yo... Al duque...

—No.

—Pues... Lo mismo digo... Como tu señor es tan amigo de Marcos Sánchez...

—Cierto, mas...

—Te entiendo... Aunque Lope García se halle metido en la bullanga del campamento, nunca se olvida de su hijo...

—¡Cómo olvidarse! Aquí llevo unas cartas para su merced, y cerradas de veras.

—¿Juzgas tú que las mandarían abiertas, tonto...? Posadero, vamos, dos cubiertos, que este amigo es un mozo garrido que va a comer conmigo hasta hartarse.

—Te doy gracias, mas ya por el camino he tomado un bocado y...

—Tomarás ahora otro.

—Tengo mucha priesa por llegar...

—En un santiamén tragamos un par de conejos, dos jarros de vino y luego alegremente nos encampamos allá en lo que se dice Jesús.

—Vamos, no me parece mal tu concejo.

—Ya veo —dijo para sí Santiago— que este Bartolomé es un sandio; que me pelen las barbas si no le hago hablar más que a una Urraca.

—Aquí está la comida, señores, que se puede poner delante al mismo rey de Castilla.

—¿A cuál de ellos? —replicó el criado de Ortiz.

—Al que quiera vuesamerced, que yo no me meto en tantas honduras.

—Y obráis con cordura.

—A mis cazos y sartenes me atengo y nada más.

—Bien pensado, mas en cuanto a la comida, más blanco es el hollín que este pan, y más blandas son las paredes que estos conejos o lo que sea.

—Pero qué tal el vino...

—Agua tiene, mas se puede beber; ea, Bartolomé, aguijad los dientes, que bien es necesario, y manos a la obra... Otro trago, un poquito más.

El bobalitón⁷⁶ de Bartolomé alzó tanto el codo que a las pocas andadas se puso peneque.

—Lo que siento es —dijo el pobrete— que mi amo me ha mandado que esta noche quede en poder de su hijo la carta, y ya ves, Santiago, cómo se hallan mis piernas.

⁷⁵ El citado refrán hace referencia a cómo las apariencias externas son muchas veces engañosas (García Rodríguez, 2021: 145).

⁷⁶ Dihigo recoge «bobalitón» como variante de «bobalicón» (1946: v. 2, 210).

- Andando te mejorarás.
 —Ya se me va la cabeza...
 —Eso quiere decir, en pocas letras, que estás borracho...
 —Tú tienes la culpa, pues me aseguraste que sin falta entrábamos hoy en Sevilla.
 —Y te lo vuelvo a decir.
 —Por eso me detuve a beber.
 —¿Y quién tiene la culpa que hayas apretado más la mano de lo que era regular? Con todo, para que veas que no soy la galga de Lucas,⁷⁷ pues cumplo lo prometido, acuéstate a dormir, dame la carta y yo la entregaré en sus propias manos al hijo de tu amo.
 —¡Hombre! Pero...
 —Dela quien la dé.
 —En quedando hoy en su poder, ¿quién puede chistar?
 —Y, si luego vas a decir a alguien que llevas esa carta...
 —¿Para qué tengo de charlar sin necesidad?
 —Nada, mejor es que yo vaya... Dame la mano... Como se me andan las paredes... Que me caigo... Sosténme, por Dios...
 —¿No te digo que estás hecho un topo y no puedes moverte?
 —Lo conozco ya, ea, pues toma, cuidado...
 —Lo tendré.
 —Es un secreto...
 —Cuando te digo...
 —Guárdatela bien, no se te pierda... Aguarda... En el otro bolsillo... Apriétala más.
 —No tengas miedo, en buenas manos está el pandero.
 —Por eso te la fio, que si no... Ea, a Dios, ven pronto, que yo...
 —¿Te duermes?
 —Sí, parece que tengo una olla de grillos...
 —Vaya, se durmió del todo; posadero, cuidadme a este muchacho, que es algo pariente mío y, aunque esté calamocano, no quiero que nadie se burle dél.
 —Por supuesto.
 —Es una desgracia que puede acontecer a cualquier fiel cristiano.
 —¿Quién lo duda?
 —Y cuando despierte, dadle bien de comer y beber, que yo pago.
 —Será vuesamerced complacido.
 —Eh, hasta la vuelta, amigo.
 Saltando de gozo salió nuestro hombre de la posada, pues merced a la intemperancia del mandadero de Lope, con poco trabajo cayó en su poder la ansiada carta que tan necesaria era a los planes de su poderdante; en pocas palabras refería en ella Lope a su hijo cuanto le había pasado, le mandaba que suspendiese su proyectado casamiento y pasase al instante a los reales del duque para disponer la terrible venganza que debería tomarse del pérfido Pedro Sandoval.
 Enterado ya de todo Santiago, no hizo por supuesto la tontera de ir a Sevilla y cansarse en menear los talones, antes, por el contrario, zampose en otra posada del pueblo y allí estuvo escondido hasta el día siguiente mientras dormía la mona su compañero.
 —¿Has despertado, Bartolomé?
 —¿No ves que tengo los ojos abiertos?
 —Vaya, me alegro.

⁷⁷ «La galga de Lucas» es una «expresión con que se da a entender que alguno falla en la ocasión forzosa» (Fernández Cuesta, 1872: 9).

- Ya yo decía, mucho tarda el amigo.
—Para lo bien despachado que vengo... Por poco no me echa de su casa Diego a piedra y honda así que leyó la carta.
—¡Qué me cuentas!
—La verdad, que es hija de Dios.
—¡Vaya! Cuando creyera...
—Que me dieran las albricias; pues las albricias que me dieron fue decidme «muchacho, dile a mi padre»...
—Así, con ese modo tan desconocido...
—Como te lo canto, que yo no acostumbro a andar con cuenta de horno... «Dile a mi padre que, dentro de doce días a lo más, me caso con Juana Sandoval, y que por ahora no puedo ir al campamento».
—¿Y nada más te respondió?
—Por señas que ni aun así me dieron siquiera un mal vaso de vino.
—Pues estamos frescos. ¿Y qué hago ahora?
—Llevarle ese recado.
—Se enfadará.
—¿A ti qué te importa?
—Me querrá pegar.
—Húyele el cuerpo.
—Con que nos volvemos.
—Sí.
—Pues vamos andando.

La furia de Lope al recibir aquella fingida respuesta de su hijo no tuvo límites; juró vengarse de él y que jamás se casaría con Juana Sandoval; volvió a enviar nuevos mandaderos y supo por sus amigos de Sevilla la hora y aún el minuto en que se celebraría el matrimonio; reunió con tiempo a muchos de sus parciales y les mandó que robasen a Juana y se la trajesen a Medina, donde, con la protección del duque, pensaba tenerla encerrada hasta que la olvidase su hijo del todo.

Cuando las leyes causan algún respeto, cuando se aprecia la vida y libertad de los hombres, la sola idea de un rapto, de una violencia, inflama en santo furor los corazones generosos, indigna a los prudentes y hace temblar a los débiles, pero entonces, que no había más ley que el capricho y la voluntad de unos cuantos próceres; que el pueblo era un rebaño de tímidos corderos, las cortes un mero simulacro de representación nacional y que por último cualquier conde o marqués mandaba más que el rey, el rapto de una inerme doncella era un acontecimiento sencillo y usual que no vaciló un momento Lope en mandar efectuarlo.

Desaparecieron en efecto de la iglesia los robadores, llevándose como he dicho a Juana más muerta que viva, y quedáronse los concurrentes atónitos y estupefactos, pareciendo más bien estatuas que otra cosa; Beatriz y Diego eran los más dignos de lástima y estaban como fuera de sí; Matilde se llevó a los dos a su casa a pesar de las instancias de Marcos, que quería conducir a la suya a su querido huésped; una terrible calentura se apoderó del constante caballero y lo puso a pocos días a las orillas del sepulcro; el cuidado y esmero de Matilde y de su cuñada que olvidada de su dolor solo atendía al enfermo lo sacaron de tan inminente peligro.

Entretanto, veamos lo que le pasaba a la desgraciada Juana: sus robadores sacáronla de Sevilla por la puerta de la Carne, terciaron después a la izquierda y la depositaron en una de aquellas huertas, pues, como seguía desmayada, no se atrevían a subirla en un caballo

ni a seguir con ella adelante; prodigáronla algunos socorros, y era bien entrada la noche cuando volvió en su acuerdo la infeliz.

—¿Dónde me hallo? —exclamó— Este cuarto... ¿No estaba yo en la iglesia? ¿Y mi esposo...? ¡Ah! Yo me acuerdo... Los malvados... Lo matarían... ¡Viles...! ¿Y qué quieren de mí...? Me parece que estoy en el campo... Se mueven los árboles... Me hallo tan débil que si no me levantaría... ¿Qué ruido oigo en aquella ventana...? Un bulto... Dios mío... Socorredme...

Un hombre, en efecto, había saltado las paredes de la huerta amparado con la oscuridad de la noche, y entrara por la ventana que estaba bastante baja.

—Señora —le dijo acercándose a la cama con blanda voz—, no temáis.

—¿Venís a matarme? A hacerme padecer nuevos tormentos.⁷⁸ Volvedme con mi esposo si la piedad se alberga en vuestro corazón.

—Sosegad, soy amigo de Diego García.

—¡Ah! Pues entonces...

Y Juana, como animada de rápido fuego eléctrico, se incorporó en la cama.

—Os van a entregar en manos infames.

—¿Venís a salvarme?

—Sí.

—Pues vámonos corriendo.

—Esperad, señora; vuestros enemigos están apoderados de la casa y es preciso...

—Yo haré cuanto me mandéis... ¿Y mi esposo...?

—Diego García se encuentra sano y libre esperándoos con ansia.

—¡Cuánto habrá padecido!

—Solo se acuerda de vos.

—Bien lo veo.

—Ea, seguidme, pero ánimo, pues tendremos que salir por esa ventana.

—Por cualquier parte saldré yo por tal de verme libre de mis enemigos, pero... ¡Mis enemigos! ¿Y a quién he ofendido yo en el mundo?

—No lo sé, el tiempo urge.

—Altísima parece la ventana.

—No lo será nunca mucho, cuando se trata de escapar a la muerte, y lo que es peor a la ignominia.

—Decís bien, la ignominia... ¿Acaso...?

—¿Para qué se encierra a una joven sino para quitarle el honor?

—Huyamos, amigo mío, huyamos de este lugar ominoso.

—Ataos al cuerpo esta sábana, yo os dejaré caer poco a poco... Bien... Así no os ladeéis... Gracias a Dios, ya tocasteis con los pies en el suelo.

Enseguida bajó también el desconocido; atravesaron la huerta con felicidad, y ya casi tocaban a las tapias, cuando empezó a ladrarles un enorme mastín.

—Escondámonos entre estos árboles, a ver si calla ese maldito perro. ¡Qué contra-tiempo! Si tuviésemos siquiera un mendrugo de pan que echarle...

—¿Nos morderá? Vaya por Dios.

—No tengáis miedo, dejad que se acerque más, pues entonces con este puñal saldremos del paso.

Parece que el perro conoció el peligro, pues se mantuvo siempre a razonable distancia, y al cabo de rato se retiró alguna cosa.

—Salgamos ahora a ver si logramos...

⁷⁸ Justo después de la palabra «tormentos», vemos, entre paréntesis, una interrogación de cierre: «(?)».

Pero el perro, así que vio claramente los bultos, se les echó otra vez encima, dando desaforados aullidos.

—Gente viene... Tapaos contra ese árbol.

Se acercaron en efecto dos hortelanos.

—Leopardo, Leopardo —dijo uno de ellos—, qué estruendo es este... Vamos a ver... Hola... Amiguito —dijo, dando con el pie al desconocido que por no tener donde ocultarse estaba tendido en el suelo—, ¿si estará muerto...? Él no resuella... Nada, de tres días... No es mal chasco... Y un puñal en la mano... Jesús... Vamos corriendo por una luz... Quédate ahí.

—Yo no me quedo solo con un muerto.

—Ni yo tampoco.

—Pues vamos los dos, que a fe mía el muerto no se ha de mover de ese sitio.

Apenas se desviaron, púsose de pie nuestro amigo, agarró con prontitud en sus brazos a Juana, salvó las tapias que no eran muy altas y a las pocas horas se encontraron otra vez dentro de Sevilla.

Capítulo 11º. El padre y el hijo

A pesar de la debilidad de Juana, el temor de volver a caer en manos de sus robadores la hizo cobrar ánimo, y atravesaron con rapidez multitud de calles hasta llegar a la de la Laguna; parece entonces un desconocido conductor a la puerta de una casa grande.

—Antes de todo —dijo la joven— os suplico que me digáis por qué no me habéis conducido a mi casa o a la de mi tía.

—Diego García vive ahora aquí.

—Ya... Pero...

—Los enemigos que tenéis son muy poderosos; de entre los mismos brazos de vuestra madre o de vuestra tía os hubieran sacado y os sacarían mil veces.

—Con todo...

—¿No os acordáis de anoche? En un barrio de los más concurridos de la ciudad, en el mismo templo de Dios...

—Es verdad.

—Por estas poderosas razones se me ha mandado que os traiga aquí, donde recobraréis la perdida libertad y hallaréis el ídolo de vuestro corazón.

—Haced lo que os plazca.

Llamó el incógnito a la puerta, y a poco vino a abrir una muchacha no de mala figura que los introdujo en una vivienda bastante espaciosa y se retiró.

—Aquí podéis descansar, que yo voy a avisar de vuestra llegada.

—Sí, decidle a mi esposo que venga pronto.

—Seréis obedecido —replicó el desconocido.

Habían sido tan rápidos los acontecimientos que Juana meditara poco sobre ellos, mas ya sosegado su espíritu, alentada con verse libre entregose a un blando y tranquilo sueño y era bien entrada la mañana cuando despertó; púsose entonces a observar con atención aquella vivienda, para matar el tiempo mientras entraba más el día y llegaba la hora de salir de su momentáneo cautiverio. Era una habitación cuadrilonga y con poca luz; algunos siales y escabelos, una alfombra vieja y raída, una aljofaina de barro, una mesa y encima un espejillo de metal descantillado por los bordes, dos o tres tarros de vinagrillo, y otros mejunjes mujeriles componían su amueblamiento, además de la cama, que era mediana, y cuyas sábanas no muy limpias veíanse cubiertas con una almozala de lana parda.

- La misma muchacha que abrió la puerta entrara a poco con una taza de sopas.
- Vengo a traerlos el almuerzo.
- Temprano se come en esta casa.
- Sí, señora.
- Espera que me vista. ¿Y García por qué no viene?
- Yo no sé.
- ¿No vive aquí?
- Yo no sé.
- Pues entonces...
- Nada sé de lo que me preguntáis, porque me han mandado que calle.
- ¡Oiga! Gracioso es tanto misterio... Ea, veré, y dile a Diego García que ya estoy vestida y harta de esperarlo.
- Iré, pero... Vaya una bulla que tenéis... Si ya no podrá tardar... Ayer tarde estuvo aquí...
- ¿No es esta su casa?
- Y dijo que vendrías, que se os pusiera buena cama porque esta mañana sin falta... ¡Hola...! Ya asoma la cabeza por el corredor...
- ¡Cuándo acabaréis de llegar! —exclamó Juana en alta voz.
- Ya estoy aquí, señora —replicó un hombre asomando la cabeza por la puerta.
- ¡Dios mío! Jaime Coronel.
- El mismo soy.
- ¿Os parece, mi querido Marcos —dijo una mañana Diego— que al fin hallaremos a mi querida Juana?
- Confío en Dios que sí.
- ¡Ala! ¡Qué angustias terribles he pasado y paso! ¡Robármela en los mismos instantes en que iba a ser mía para siempre! ¿A qué hombre en el mundo sucede tan terrible desmán?
- Tenéis razón, y lo peor es que hasta ahora las diligencias que la justicia ha hecho son inútiles, yo bien hubiera querido practicar otras, pero...
- ¿Cómo? Explicaos, hablad.
- Quiero decir, que más confío en hallar a Juana Sandoval valiéndonos de maña e indagaciones que de otro modo.
- ¿Y por qué...?
- Os entiendo; me reconvenís porque ya no he practicado esas indagaciones, mas no era asunto para fiado a nadie, y el estado de vuestra salud hasta hoy no me ha permitido separarme un instante de vos.
- Primero era Juana que todo, cruel amigo, ¿por qué no me habéis dejado? ¡Quién sabe las dolorosas cuitas que estará pasando la infeliz!
- Podrá ser muy bien.
- La cabeza se me trastorna pensando por qué causa me robaron a la desdichada. ¿A quién podrá ofender aquel ángel del cielo? ¿Qué arcano se oculta en este acaso? ¡Ah! Si yo supiera el nombre de los viles, entonces...
- Cuidado, amigo mío, que el odio y la venganza son pasiones que ofenden mucho a Dios.
- Sí, será cierto. ¿Mas no ofenden mucho más a Dios los alevosos, los tiranos que me quitaron la prenda de mi corazón, que me la arrancaron de mis brazos, que violaron su santo templo, que desoyeron las súplicas de sus sacerdotes?
- Es verdad, mas templaos, no os acaloréis la sangre, que podrá volver la calentura.
- ¿Para qué quieren vivir los desdichados como yo?

—¿Y si morís, qué será de la infeliz?

—Tenéis razón.

—¿Que solo confía en vuestra protección?

—Bien, Marcos, viviré, y me serenaré, pero os juro que mañana mismo vamos a indagar los dos el paradero de mi querida Juana.

—Estáis tan endeble...

—No importa; vos me llevaréis de la mano si fuese preciso... Por ella, ¿qué no haría yo?

Salió, en efecto, al día siguiente nuestro caballero acompañado de su amigo. ¡Cuán diferente estaba de otras veces! No era aquel agraciado doncel cuyo rostro rebozaba salud y vida; no, pálido como la muerte, semejábale a la blanca azucena, mustia ya con el soplo agotador de los vientos de Julio.

Entráronse primero en la tienda de un maestro chapinero que se veía frente a la misma parroquia de Santa Catalina en el propio sitio donde hace años existe una botica; el amigo no estaba en casa, y se sentaron a esperarlo.

—Os encargo —dijo Marcos— que tengáis paciencia, pues el maestro, conocido mío antiguo, es un charlatán perdurable con sus añadiduras de machacón en demasía.

—Perdonen vuesasmercedes si los he hecho aguardar... Está uno tan fatigado del trabajo que... Vaya... Pasó un amigo y me dijo, «vecino, ¿queréis tomar un traguito?»... Por supuesto, aquí a la vuelta, siempre a la vista [¿la iglesia?] porque lo primero es lo primero... Ya se ve cómo a nadie le amarga un [¿trago?] y más si no sabe a cobre...

—Y⁷⁹ ya estamos enterados —dijo Marcos, atajándole la palabra—, pero nuestro hombre no era persona a quien se hacía callar tan aína.

—Y luego el oficio no está tan brillante como en otro tiempo, y a veces acontece que no hay en la bolsa un mal maravedí partido por medio, «y a la bolsa dígola cuero».

—Venimos a saber de vos...

—¡Hola! Vuesasmercedes son muy dueños de preguntarme cuanto os diere la gana, porque apuradamente me pintó el solo para descubrir la hilaza de un negocio.

—Cuando ocurrió el robo de Juana Sandoval.

—Justamente yo me hallé en todo; serían poco más o menos las ocho de la noche... No, me parece que no era tan tarde.

—La hora no importa.

—A mí sí que me importa referir las cosas con sus pelos y señales, y no quiero que jamás me cojan en un embuste, antes me cortarían un dedo.

—Vamos, ¿y qué aconteció?

—Yo estaba asomado a la puerta de la calle, porque como había matrimonio dentro de la iglesia, siempre es bueno columbrar lo que pasa... Y además un asunto tan sonado... ¡Hola! Me parece que este caballero era... No me engaño... Era el novio... ¡Valiente chasco! ¿Y no ha parecido la señora? La jugada fue de lo fino.

—Para que parezca que venimos a preguntaros.

—¡Ah! Pues entonces parece al instante, porque yo os diré cuanto debáis saber... Estaba en la puerta cuando hete aquí que veo venir por la calle Real arriba quince a veinte hombres, unos a pie y otros a caballo; yo creí al principio que eran valentones, gente de la carda al servicio del duque o del conde, que todo es lo mismo; se acercaron, abrí tanto ojo... Por conocer... Pero nada, con las caras tapadas y más callados que mudos...

—Bien, bien, ¿y qué?

79 Antes de la conjunción «y» apreciamos un hueco muy grande, en el que debía situarse alguna frase extensa.

—Poco a poco se va lejos, amigos míos; en vez de tomar hacia arriba o hacia abajo, cádate aquí que se acercan a la puerta de la iglesia, que estaba cerrada... Sin duda sería por evitar el bullicio y...

—Por algo sería, seguid.

—Entonces uno de ellos se allegó y le dio tal empujón, a la puerta se entiende, que se retembló de veras; yo estaba bilorio,⁸⁰ sin saber qué me pasaba; vi que aquello era malo, iba a gritar, mas sin duda me conocieron la intención, pues uno se me acercó al oído y me dijo con voz cascarruña⁸¹ y oscura, vaya, parecía así como una voz sepulcral... «Antón perulero, cada cual atiende a su juego». Comprendí perfectamente el suave y oportuno consejo, y me quedé más encogido que galápago en su concha.

—¿Y no conocisteis al que os habló?

—Nada, ni quien tal vio. Solo sé decir a vuestasmercedes que era un hombre de pelo rubio, alto, acartonado, y debería tener pocas narices porque hablaba algo gangoso.

—¿Qué tienen que ver las haldas con la acabala de las habas? —dijo Marcos con enfado— Aquí no se os pregunta si era chato o narigón el tal hombre, sino quién era.

—Pues en cuanto a eso, *per istam*, amigos míos... Después menudearon tantos golpes sobre la puerta que en pocos minutos cayó al suelo... Lo que adentro pasó yo no lo sé por falta de ganas, sino porque el dicho del otro me escarabajaba todavía al oído.

—Lo que pasó dentro bien lo sabemos.

—Salieron luego de tropel unos por una calle, otros por otra, y por la de la Albóndiga cuatro de ellos se llevaron a una mujer en brazos que a la cuenta sería la novia.

—¿Y no sabéis más de lo que ocurrió?

—Nada más. ¿Os parece poco?

—Acabo de conocer que sois el hombre más plomo que hay en Sevilla.

—Muchas gracias, pero eso ya me lo sabía yo.

—¡Valiente sandio! —exclamó Diego⁸² así que se vio en la calle— No sé cómo he tenido tanta paciencia.

—Este es de aquellos para quienes se hizo el adagio, «si preguntáis por berzas, mi padre tiene un garbanzal».⁸³

En seguida hablaron con otros, y nadie les dio la menor vislumbre hasta que se entraron por las puertas de un traperero, mercader que vivía en la misma plaza de San Leandro.

—Con vuestro permiso nos sentaremos un poco, pues necesitamos...

—Bien sabe el amigo Marcos Sánchez que en mi tienda hay un surtido completo de todo.

—Ahora no se trata de compras ni ventas, sino de saber de vos el camino que tomaron o quiénes eran los robadores de Juana Sandoval.

—¡Ah! Ya... Aquella señora que se llevaron la otra noche... En verdad que daba lástima, pero como uno... ¿A qué meterse en lo que no le atañe...? Precisamente en mi tienda la metieron un rato para darle un vaso de agua...

—¿Con que estuvo aquí sentada? ¿Y cómo no la favorecisteis? —replicó Diego⁸⁴ con viveza.

⁸⁰ «Bilorio» es un término propio tanto del léxico andaluz como de la cultura médica, y es equivalente a «tonto» (Núñez Fernández y Herrador Sánchez, 2006: 39).

⁸¹ «Cascarruña» es un término equivalente a «cascarrón», tal como puede verse en el *Diccionario histórico* de 1936 (Real Academia Española, 1936: 823).

⁸² En el original figura el nombre de «Lope», pero parece tratarse de una errata porque este pasaje está focalizado en Diego, no en su padre.

⁸³ Con esta expresión «se zahiere al que responde fuera de propósito» (Salvá, 1838: 131).

⁸⁴ De nuevo vuelve a equivocar el nombre de «Diego» por «Lope», que hemos corregido también.

—Nunca acostumbro meterme en lo que no me llaman, y mucho más cuando por el vaso de agua me dieron una bolsa de oro.

—Eso sería —siguió—, Marcos, para que callaseis.

—Así lo creo, mas no era necesario tal precaución, pues la vista de sus puñales y espadas era suficiente argumento para no chistar yo ni mover pie ni mano.

—En fin, ¿pudisteis columbrar algo? —prosiguió Marcos.

—Los robadores parecían gente baladí según sus pláticas; unos eran criados de Fernando Ortiz, y otros de un Lope García a quien no conozco, por señas que a uno le llamaban Bartolomé.

—¿Estáis seguro de lo que decís?

—Tan seguro como de morirme.

Terrible fue la impresión que aquella nueva causó en los dos; Marcos se puso más pálido que la cera, y Diego, por el contrario, más rojo que el carmín; por más que el primero trató de persuadir a García que sería error del mercader pues parecía imposible que su padre estuviese metido en aquellas andaduras, no lo pudo lograr: siguieron sus indagaciones y solo averiguaron que los robadores habían salido por la puerta de la Carne; ciertos ya de que Juana estaba fuera de Sevilla, se tornaron en casa de Matilde, donde, a pesar de los consejos de Marcos, formó Diego el plan de ir a hablar con su padre y a los dos días, sin despedirse de nadie, tomara el camino de Medina, donde le dijeron que se encontraba.

Era de noche; el viento silbaba con fuerza en las altas ventanas del palacio de Medina, mansión a veces de los duques del mismo nombre; la ligera lluvia que caía mojaba los blancos cabellos de un anciano que, asomado a una ventana, miraba con ojos inquietos al camino de Sevilla; golpeábase otras veces la frente como agitado con hondas y profundas cavilaciones; este anciano era Lope García; había visto frustrados sus proyectos de venganza; una mano oculta, que él creía ser la de su hijo, le había arrebatado a Juana; sin duda su maldad estaba descubierta. ¿Cómo presentarse en Sevilla? ¿Cómo permanecer en Medina? ¿No sospecharían de él si no se volvía a la hermosa ciudad? Terribles martirios padecía, aunque era de carácter fuerte y feroz si se quiere; la agitación que sufriera probaba bien que la voz de la conciencia aún sonaba fuerte en sus oídos, que no podía oír sin estremecerse las sentidas quejas de las víctimas...

¡Cuán fea cosa es la venganza, y más si se practica contra seres inocentes; débiles, y que en nada nos han ofendido! Las pasiones grandes, como el amor de la patria, el sacrificarse en defensa del pro comunal, de la religión, de la libertad... El socorro a la orfandad desvalida, al infeliz oprimido por los tiranos, todo esto excita el corazón de los pechos generosos, les comunica una vida nueva, una energía sobrenatural cuyos destellos salen al rostro y le dan un aspecto entusiasta, divino... Pero las mezquinas pasiones apagan el alma, la envilecen, la llenan de temores supersticiosos, y en la tez cárdena, ojos desencajados y miradas vagarosas y feroces de los infelices que oprimen se retrasan los remordimientos, las penas y los temores que los circuyen por todas partes; así acontecía a Lope, y así acontecerá siempre a los que desoigan la voz de la humanidad, los que se entreguen a la violencia de sus depravados apetitos; no —y se lo juro—, no dormirán tranquilos, ni beberán ni comerán con sosiego, no morirán razonando plácidamente con sus amigos,⁸⁵ cual hizo Sócrates, o bendiciendo a la patria y a su Dios, cual el adusto Catón⁸⁶

⁸⁵ La apacible muerte de Sócrates entre diálogos con sus amigos aparece relatada de esa manera en el *Fedón* de Platón (2004: 141-142).

⁸⁶ Aunque no especifica a qué Catón se refiere, la alusión a su muerte parece corresponderse más con Marco Porcio Catón, conocido como Catón el Joven, tal como lo retrata Plutarco. Este historiador menciona que en sus últimos días «luego que Escipión se encargó del mando, quiso, por complacer a Juba, que se diera muerte sin distinción a los Uticenses, y que se asolara su ciudad, por ser partidaria de César; pero Catón no lo consintió, sino que,

o el caballero Bayardo; «yo», dijo este héroe al condestable de Borbón, que peleaba en las banderas españolas y lo miraba con lástima, «yo no soy digno de lástima, pues muero por mi patria, tú sí, que peleas contra ella»,⁸⁷ así aconteció en realidad; a poco el condestable murió sin gloria en el cerco de Roma, y su nombre pasó con baldón a la posteridad,⁸⁸ mientras el del caballero —sin miedo y sin reproche— causa recuerdos gratos de virtud y de honor, y es y será galardón eterno de la entusiasta Francia.

Mientras más entraba la noche y la naturaleza yacía en calma oscura y serena, más agitado parecía nuestro caballero; abrióse en esto la puerta de la sala y asomose por ella a paso lento Diego García; su tez estaba pálida y descolorida, y sus negros ojos centelleaban en las órbitas con una brillantez deslumbradora; un ligero temblor agitó los miembros de Lope, que lo advirtió bien su hijo.

—¿Tembláis, padre mío?

—¡Yo temblar! ¡Y de ti...! Tendría eso que ver.

—No digo que sea de mí.

—Tú sí debías temblar, hijo ingrato y malvado... ¿Vienes a gozarte en la venganza y oprobio de tu anciano padre?

—¿Yo gozarme en vuestra deshonor sería gozarme en la mía propia?

—Es verdad, pero tus hechos prueban lo que digo.

—¡Mis hechos! ¿Os atrevéis, padre mío, a hablarme así...?

—Eres un malvado.

—¿Yo?

—Mal hijo.

—¡Padre...!

—Te llamé para que socorrieses la vejez desvalida, y desoíste mi voz, la voz de tu ultrajado padre.

Lope le contara entonces menudamente lo que había acontecido.

—Os digo que nada sé de lo que me [¿decís?] y que ningún mandadero vuestro he recibido; a pesar de mi amor a Juana Sandoval, su pérfido hermano hubiera visto si mi brazo sabe o no manejar el acero, y lo verá, que, aunque tenga fundadas quejas de vos, con todo el honor me manda que tome venganza justa y motivada de tamaño insulto.

—Harás bien, y así solo podrás librarte de la infamia que pesa sobre nosotros mientras respire mi odioso enemigo, y con eso me probarás que es cierto cuanto me dices de haber ignorado mi desgracia.

—¿Acaso os engaño yo?

—No lo sé, porque... El amor es tan poderoso... Y en los pechos juveniles y acalorados mucho más...

—Es verdad, es muy poderoso, pero la honra también lo es.

—¿Y entonces cómo no acorriste en mi defensa?

clamando y exhortando en la junta, e invocando a los dioses, aunque con trabajo, consiguió por fin desvanecer tan crueles intenciones, y ora cediendo a los ruegos de los mismos Uticenses, ora atendiendo a lo que también deseaba Escipión, tomó a su cargo guarnecer y fortificar aquella ciudad» (1847: 390). Plutarco también señala que «peleando en Filipos por la libertad de la patria contra César y Antonio, como fuese vencida su división, y no quisiese ni huir ni ocultarse, provocó a los enemigos, poniéndoseles bien a la vista, trató de alentar a los que todavía, quedaban con él, y murió dejando a los contrarios admirados de su valor» (1847: 403).

87 El narrador se refiere al caballero Pierre Terrail de Bayard, pero la historia que ahí expone y la cita son apócrifas. Jardín señala la falsedad de ese testimonio porque aparece solo en las memorias de Martin du Bellay, veinticinco años después de la muerte de Bayard (Jardín, 2006: 238).

88 Está aludiendo a la muerte del condestable Carlos III de Borbón, que falleció de un disparo de arcabuz durante el saco de Roma en 1527 (Polo Sánchez, 2020: 150).

—¿Queréis burlaros de mí, padre mío? ¿Queréis agriarme más y que os reconvenga como es debido?

—¿Tú reconvenirme?

—Sí, señor, yo os pido aquí y delante de todo el mundo que me entreguéis a mi esposa Juana Sandoval.

—¿Y quién te ha dicho que la tengo yo en mi poder?

—Vuestra turbación me lo probaría bien a las claras, aunque ya yo no lo supiese.

—Pues bien, ingrato... Desleal... Sí, yo quise impedir tu casamiento, pero luego... Otra vez cayó ella en tu poder... Y ahora vienes a mofarte de mis canas... Huye de aquí.

—No os entiendo y os ruego encarecidamente que me habléis más claro.

—Quieres más claro, pues sabe que yo mandé robar a Juana Sandoval.

—¿En qué os ofendía aquella inocente?

—Me ofendió su hermano, y era lo mismo.

—Pero ella...

—Ella será maldita como todos los de su raza; la odio de muerte y jamás consentiré que se case contigo; por eso se aumenta mi rabia al saber que ha vuelto otra vez a tus manos.

—¡Ojalá! Pero ignoro su suerte; necio de mí, ¿qué he de hacer? Si vos la tenéis presa.

—Yo no la tengo.

—Padre mío... Siento deciros que no os creo.

—¿No me crees, hijo desobediente? ¿No crees a tu padre?

—¿El que me roba mi esposa es acaso mi padre?

—¿Y es acaso mi hijo el que no acorre a defenderme?

—Yo no supe nada, os vuelvo a repetir.

—Mentira, tú lo sabías, pero esa vil mujer te ofuscaba los sentidos.

—Hablad mejor de la virtuosa Juana Sandoval.

—¡Virtuosa!

—Sí, virtuosa, honrada, santa, divina.

—Eso es mucho ponderar; cosas de amantes.

—Y las vuestras son cosas...

—Acaba, acaba la frase; injúriame a tu buen sabor y placer.

—Estas pláticas son inútiles y excusadas; volvedme a mi esposa, y yo os bendeciré mientras viva... Sí, hacedlo, padre mío —siguió el joven con las lágrimas en los ojos—; ella es digna de ser amada, y no es culpa suya si tiene un vil hermano a quien conoce y aborrece como es razón; mas ella... Así que la tratéis a fondo...

—Te digo que no se halla en mi poder.

—Sé lo contrario, y os vuelvo a suplicar que no queráis causar la muerte de vuestro hijo...

—Más bien quiero verte muerto que no casado con esa mujer.

—Padre, la paciencia se me va apurando; por última vez os pido que me entreguéis a mi Juana.

—Aunque estuviese en mi poder no te la entregaría.

—¡Cómo!

—Más bien la mataría con mis propias manos; tal es el justo odio con que miro a esa abominable familia.

—Dadme a mi esposa y yo me retiraré de vos; mi presencia no os fatigará y de lejos bendeciré siempre vuestra memoria.

—Me cansas en demasía; vete y no te acuerdes de mí para nada ni...

—Me iré —replicó Diego con voz sombría—, me iré, pero acordaos que hay un Dios que premia al bueno pero castiga también al malo.

—¿Soy yo acaso el malo?

—Examinad el interior de vuestra conciencia y ella os responderá.

—Maldita sea la hora en que naciste.

—¿Merezco yo ese baldón, padre?

—Sí, y mucho más.

—No me causa gran pena, porque las maldiciones recaen todas sobre vos.

—Pues bien, aunque recaigan, nada me importa, yo te maldigo otras mil veces.

—La paciencia se me acaba.

El rostro del viejo iracundo centelleaba de furor, y al notar las respuestas vivas y enérgicas de su hijo más rabia se apoderara de su corazón.

—Vete.

—No me voy.

—¿Que no te vas?

—No, señor, hasta que me entreguéis a Juana.

—Mira que...

—A mí no me asustan malas razones.

—Pues toma, hijo infame —y le dio entonces dos o tres golpes.

Diego se quedó atontado, pero luego púsose más cárdeno que morado lirio, sus ojos se le querían salir del casco, sus manos temblaban y echó mano a un puñal que tenía en la cintura; entonces se asustó de veras el anciano, y le dijo a su hijo con voz dolorosa pero fuerte:

—¿Vais a matarme? Parricida, parricida...

A esta terrible palabra el puñal se le cayera de la mano a Diego y se quedó arrimado a la pared, frío como la nieve: su padre se salió de la sala y entrara en ella en el propio instante Marcos Sánchez, que desde Sevilla venía siguiendo los pasos de su amigo.

—Diego García, querido amigo, ¿qué vais a hacer? ¿Vais a matar a vuestro padre?

—¡Ay, Dios mío! Mi padre... ¡Ah! ¿Y dónde está la desdichada Juana?

—No tengáis cuidado, ella parecerá.

—¿Por qué vos no sois mi padre? Ese lenguaje calmaría las llagas de mi corazón, endulzaría mis afanosas cuitas...

—Al fin el respeto filial...

—Marcos, huyamos de este ominoso sitio donde... ¡Ah! Yo he faltado a mi padre... Pero él...

—Amigo mío, vámonos, y Dios os dará el valor necesario para sufrir la pérdida de Juana y para pedirle perdón por lo que ibais a hacer.

—Yo nada iba a hacer... Bien sabe Dios... Mis manos están puras, inocentes... ¿No las veis?

—Pero vuestro corazón...

—Ese está muerto, despedazado, amigo mío... Id y hablad con mi padre, decidle que le pido mil perdones.

—Yo iré, sí, yo hablaré por vos.

—No olvidéis a aquella infeliz... Que me entregue a Juana, y cuente que seré no hijo, sino esclavo suyo.

Hablara en efecto Marcos con Lope García, pero, aunque dijo olvidaba el acaloramiento de Diego, no quiso verlo más, pues el carácter del anciano era terrible y obstinado; negó siempre, como era verdad, que Juana estuviese en su poder, pero ni su hijo ni Marcos lo creyeron.

Capítulo 12º. La iglesia de San Marcos

Apenas llegaron a Sevilla nuestros dos amigos, multiplicaron las pesquisas sobre el paradero de Juana; el mismo conde de Arcos, por petición de Matilde, tomó la mano en el negocio, pero todo fue inútil, parece que la tierra había tragado a la infeliz doncella; se necesitaba toda la dulzura y perseverancia de Marcos Sánchez para alentar al desdichado Diego, que arrojado en el piélago inmenso de la vida, hallábase con tan sensible pérdida como nave sin timón en medio de los [¿turbulentos?] mares; la desavenencia con su padre puso el sello al estado angustioso del mancebo, y si fuera posible que los pesares durasen eternamente sin duda pereciera oprimido por el enorme peso de los que sufría; mas felizmente todo se acaba; los placeres cesan, las estrepitosas bacanales concluyen, y en cambio los agudos dolores del corazón también tienen su fin, o al menos queda solo de ellos una suave melancólica memoria que en vez de fatigarnos nos causa placer el conservarla; así en la edad viril nos acordamos con complacencia de los juegos de nuestra infancia, y en la senectud recordamos con júbilo los caros objetos que cercaron nuestra florida juventud; el amigo generoso, la amante tierna, la esposa adorada, los queridos hijos... Y derramamos una piadosa lágrima a su dulce y grata memoria.

Ocurrieron en aquel tiempo cosas notables en Sevilla; el duque de Medina murió, y a poco el conde de Arcos; creyeron los incautos que aquellas desgracias acarrearían a Sevilla paz y sosiego eterno. ¡Necios...! La paz que entonces reinaba era una apariencia y nada más; rivales los dos herederos de aquellas ilustres casas, solo querían mandar, y las personas cautas y juiciosas juzgaban bien que la unión entre don Rodrigo de León y don Enrique de Guzmán podría durar solo algunos meses; los sucesos justificaron pronto tan cierto aunque funesto pronóstico. Empeñose el nuevo conde en ganar prosélitos, y para lograrlo era su casa centro de reunión de los caballeros jóvenes de la ciudad; los muchos hermanos que tuviera jóvenes, garridos y gastadores lo acreditaban entre la gente de poca edad, y unido esto a los frecuentes saraos y diversiones que reinaban en su palacio, se captó la voluntad de muchos indiferentes y aún parciales del duque; entre estos últimos logró atraerse a su partido con copiosas dádivas y ofrecimientos al valeroso adalid Fernando Ortiz y a toda su familia, con lo cual el poder del duque quedó bastante apocado; trató también don Rodrigo de atraerse a los Garcías y a Marcos Sánchez, pues conocía el valor de los primeros y la prudencia y crédito del segundo; Lope siguió invariablemente unido al partido del nuevo duque, y vivía en Sevilla en casa separada de su hijo. El conde hablara enseguida con Matilde y esta le ofreció su crédito para que Diego y Marcos abandonasen la bandería de la casa de Medina.

Sentada la vemos un día a la mesa acompañada de fray Jacinto, Diego y Marcos; a pesar de la pérdida de Juana; no por eso había perdido Matilde el apetito, pues viéndola comer nadie diría que estaba apesurada ni quien tal vio.

—Vaya —dijo al cabo de rato—, comed alguna cosa, padre Jacinto, no porque tengamos encima tan inmenso dolor tenemos de dejarnos morir de hambre.

—Es verdad, señora; en castigo de nuestras muchas culpas nos arrebató Díaz aquella cándida paloma, aquella brillante azucena... ¿Es cabrito ese que tenéis delante?

—Sí y asado.

—Venga un poquito... Pues señora, como iba diciendo... Cuidado si está tierno el picarón... Solo con súplicas, gemidos y lágrimas ante el trono del Eterno podremos conseguir por su infinita misericordia que se nos descubra el paradero donde está la inocente doncella, caso que aún viva en este mundo precedero.

—¡La habrán asesinado quizás! —saltó Diego con viveza.

—Yo no digo tanto, amigo mío, pero el malo... Es tan malo.

—Con todo —replicó Marcos— su reino es muy corto, pues bien lo dice Dios por boca de sus escogidos: «pasé y vi al impío alzar su cuello como el cedro del Líbano; [¿volví?] a pasar y ya se había hundido en el polvo».⁸⁹

—Decís muy bien, ea, querido Diego, alentaos y comed esta pechuga de gallina... Vamos con ella, que lo más tendrá media libra de carne, que no es nada para un mozo galán y alentado.

—Ya he comido bastante.

—Apenas —siguió Matilde— habéis probado un bocado tan siquiera... ¿Pensáis acaso que a todos no nos duele su pérdida? Y comemos porque es preciso... ¿No es verdad, padre Jacinto?

—Por supuesto que es necesario mantener nuestro frágil cuerpo mientras vivamos en esta tierra de desolación y tristeza.

—Aún las personas indiferentes se compadecen de la suerte de mi Juana; ayer, por ejemplo, don Rodrigo...

—¿Se acuerda de ella don Rodrigo?

—Sí, Diego, don Rodrigo es un caballero amable, generoso, humano.

—Cierto —siguió el fraile—, es el modelo de los hombres de pro, ¡y qué piadoso Marcos Sánchez!

—¡Oiga! Pues yo creyera que en banquetes iba a comerse su condado.

—No queda día que no socorra una viuda, dote una huérfana o efectúe otra equivalente obra meritoria: ayer supo que nuestro convento estaba en necesidad y nos mandó cien escudos.

—Y lo que me dijo: «Matilde, yo empeño mi palabra que Juana Sandoval ha de perecer a pesar de que está afianzada por parientes del duque, pero si él tiene su poder yo tengo el mío».

—No creo —replicó Marcos— que de don Enrique de Guzmán patrocine tales desafueros.

—Los tolera al menos, pues ya veis la intimidad con que trata a Lope García, faraute principal de esta desgracia... Pues aunque diga y repita que no sabe de mi sobrina... A otro perro con ese hueso... Mi sobrina está oculta por su orden y es seguro que el duque no lo ignora.

—Si yo averiguase —saltó Diego...

—Nada tenéis que averiguar... Los hechos hablan, ¿no es verdad, padre Jacinto?

—Por supuesto.

—Y a pesar de lo ocurrido —siguió diciendo el conde—, ese caballero sigue encaprichado en el servicio del duque, cuando su padre y muchos de sus contrarios están con él...

—Y tiene razón el señor conde; por el santo hábito que visto os aseguro que yo me apartaría para siempre de la casa de Niebla.

—Véngase conmigo —prosiguió—, y además de recompensarlo debidamente, le aseguro que su querida esposa parecerá o pierdo el nombre que tengo.

—¡Ah! ¿Parecerá mi Juana?

—Sí.

⁸⁹ Encontramos alusiones bíblicas al cedro del Líbano en los Salmos; concretamente, el 92 (13-14) dice así: «El bueno crecerá como palmera, subirá como el cedro del Líbano. Plantados en la casa de Yavé, crecerán en los atrios del Dios nuestro». En cambio, el pasaje referenciado por Marcos más se parece al del salmo 37 (35-36): «Al malo le vi muy empinado, desplegarse como un cedro frondoso; pasé otra vez y ya no estaba, le busqué y no se le encontró». Entendemos, por tanto, que la palabra omitida debe ser «volví» o alguna similar. Si bien después de «Líbano» introduce de nuevo la partícula «del», entendemos que se trata de una errata y la hemos omitido.

—Al menos —prosiguió fray Jacinto— el conde os abre los brazos, os llama con cariño, os trata como a hijo, se compadece de vuestras cuitas y promete aliviarlas.

—Es verdad.

—No es eso bastante, Diego.

—En efecto que lo es.

—¿Ha hecho otro tanto don Enrique?

—No.

—El duque es un señor muy espetado, y bien debía acordarse de quien fue su madre.

—Callad por Dios —replicó Marcos—, no quita lo cortés a lo valiente; don Enrique es de carácter adusto, seco si se quiere, no tiene la bondad y popularidad de su padre, que en santa gloria esté, ¿pero por eso se ha de hablar de su nacimiento? Su madre era una doncella honradísima a quien yo conocí desde chiquita... Luego se casó con el señor duque y nada hay que decir.

—Esto es hablar por hablar, que bien sabemos las virtudes de doña Isabel de Mene- ses... Pero vamos al grano... El duque está sin duda alucinado con las razones de Lope García...

—Por eso Diego debe unirse al conde —siguió Matilde.

—Me uniré, señora, ya que lo tomáis con tanto empeño... Todo aquel que se compadece de mi Juana, todo el que siente sus cuitas amargas, que padece por ella, es mi amigo y yo lo seré del conde y lo defenderé mientras viva.

—Perfectamente pensado —replicó el religioso—, pues el conde es digno del mayor respeto y veneración... Ea, apurad este vaso en celebridad de tan feliz suceso.

—Que no será completo —siguió Matilde— mientras mi antiguo y constante amigo Marcos Sánchez no haga lo mismo.

—Yo soy de tan poco valor en el mundo...

—Fuera a un lado todo el fingimiento.

—Mi amigo Marcos —siguió Diego— hará lo que yo y pues he pensado pasar al servicio del conde, puede contársele también entre los nuestros.

—Yo... Pero... ¿Qué se ha de hacer? Vos lo decís, bien está... Ojalá que este acontecimiento sea el primer paso para que recobre su libertad la desdichada Juana.

—Así lo espero —replicó Matilde—, pues el conde me ha dicho que parecerá y el conde nunca miente.

El corazón del hombre es un vaso lleno hasta el borde de amargosa hiel; dél destilan como de ponzoñosa fuente los celos, la envidia, la venganza y las mil pasiones rencorosas que minan la existencia [¿misma?] aunque también nazca en su seno el amor, cercado se ve de tantas penas y dolores esta dulce pasión, que dudoso es bastante a el que la padece si obtiene un don agradable del cielo o un regalo envenenado de las furias del averno; despedazado estaba fuertemente el corazón de Diego y por eso abrió sus brazos, acogió con placer la buena voluntad que el conde le demostraba; y como nada halaga más al entusiasta amante como las pláticas del objeto de su cariño, el conde, que era en realidad generoso y afable, captose su eterno reconocimiento con nombrarle diariamente a Juana Sandoval; de este modo se templó la actitud de aquella alma de fuego y se determinó sin trabajo a suspender por algún tiempo sus pesquisas para seguir al conde a la conquista de Cádiz, que en nombre del rey don Enrique pensaba hacer para oponerse y ganar lauros cual el duque de Medina delante de Gibraltar; marcharon en efecto, y la ciudad se entregó con facilidad y los condes se apellidaron desde entonces marqueses de Cádiz, con cuyo nombre conocemos de hoy adelante a don Rodrigo Ponce de León.

Tal empresa desbarató para siempre el partido de don Alonso en Sevilla, pues retrajo dél a media ciudad; bien es que nada influyó, pues en aquellos tiempos murió el joven rey

y don Enrique volvió a quedarse rigiendo solo un débil cetro, que las banderías y partidos le disputaban sin cesar; el almirante Girón se tornó a Castilla y Lope hubiera hecho lo mismo, pero aunque sumamente irritado contra su hijo, al fin era padre y no quería volverse a Palencia sin él, y por otro lado tampoco quería verlo ni hablarle; se negó constantemente a las súplicas de Marcos Sánchez que procuraba diariamente reconciliarlos, y esta amistad se hizo impracticable luego que Diego estaba aunado con el marqués de Cádiz y dejara su antiguo bando.

Entre los hermanos del marqués de Cádiz descollaba don Alonso Ponce de León, que era un joven agraciado y amigo íntimo de Diego, de quien supo sus cuitadas aventuras; creía que Fernando Ortiz había ayudado a su padre en el robo de Juana.

—Pues ahora mismo —saltó el acalorado joven— voy a matar a ese traidor.

—No, dejádmelo a mí, que esa cuenta me pertenece, ya le he mandado un cartel de reto y espero que desde Utrera, donde hace tiempo se encuentra al lado de su amigo Fernán Arias de Saavedra, acudirá pronto al sitio que le he señalado.

—No debe estar con nosotros; que vaya allá a prestar sus servicios al duque de Medina, que nuestra casa no necesita para su defensa brazos que se emplean en robar mujeres o en mandarlas robar, que es lo mismo.

Aconteció a los pocos días que al tornar de Utrera el adelantado Ortiz quedose dormido en una heredad llamada el Bodegón de las Cañas, cuando llegara a la misma con sus amigos don Alonso Ponce; habían cazado algunos días en los contornos y estaban bebidos y alegres; el desgraciado Ortiz cayó atravesado de mil puñaladas, y este aminoso atentado quedó por supuesto impune, como todos los que se cometían en aquel desastroso siglo, pero la causa del marqués perdió mucho; hasta por las calles cantaban los muchachos una antigua trova que así empezaba:

*Don Rodrigo, don Rodrigo,
Yo te mando gran desmán,
Pues perdiste a los Ortices
Y a los que con ellos van.⁹⁰*

Viose en efecto a los pocos meses el resultado de aquel imprudente y mal motivado asesinato, pues se enseñaron de nuevo los partidos; las calles eran teatro ordinario de porfiadas peleas, las muertes se ejecutaban diariamente, los hombres de bien se encerraban en sus casas y no osaban salir de ellas, mientras la gente desalmada mandaba a su antojo; así en las tempestuosas tardes del otoño, cuando los vientos silvadores crujen y tronchan los robustos árboles, cuando el agua corre a mares sobre la desolada tierra, el lobo carnicero sale de sus guaridas con descaro, se acerca sin miedo a las habitaciones del hombre que trémulo se esconde asustado con tan horrorosos temporales. Una mañana, sin saberse la causa, se tocó alarma en todas las parroquias de la ciudad, los adalides corrieron a las armas y en dos o tres calles trabose encarnizada pelea; la fortuna fue aquel día contraria a las gentes del duque, pues tuvieron que encerrarse en las casas e iglesias que estaban a su devoción y los gritos victoriosos de «viva Arcos y Cádiz» sonaban por todos los ámbitos de la ciudad; en la iglesia de san Marcos se habían acogido los principales guerreros de la casa de Medina y se defendían allí con obstinado valor; la victoria estaba indecisa; hasta que se presentó entre los sitiadores el animoso Diego García.

⁹⁰ La anécdota histórica está extractada casi literalmente de los *Anales eclesiásticos y seculares de la ciudad de Sevilla*. No solo los acontecimientos referidos, sino también los versos citados figuran ahí con escasas diferencias (Ortiz de Zúñiga, 1796: 53).

—¿No os da vergüenza —gritó— que esas débiles paredes se resistan todavía? ¿Las armas de Arcos se estrellarán contra un puñado de hombres tan solo?

—A ellos —gritaron con entusiasmo eléctrico.

—Seguidme.

Subiéndose por una escalera estuvo pronto el valeroso joven en lo alto de una ventana, mientras los suyos desde las casas vecinas arrojaban teas embreadas a los tejados y a las puertas; pronto se presentó un voraz incendio, crujían las vigas y la techumbre, y los gritos de desesperación que dentro de la iglesia sonaban mezclábanse con el de los combatientes y el estampido de las llamas; en aquel conflicto mandó Diego echar las puertas abajo; una multitud de hombres pálidos como la muerte, con la cabeza y rostro medio chamuscados, se abalanzaron a salir pidiendo perdón, que generosamente se les dio por García, solo quedaban cuatro o seis defendiéndose en el altar mayor con profundo encarnizamiento.

—Por Dios —gritó entrando Diego—, rendíos, caballeros. ¿A qué esa defensa obstinada?

—Tenéis razón —respondieron, y presentaron sus espadas chorreando sangre al valeroso adalid.

Volvió entonces la cara este hacia un oscuro rincón donde un guerrero estaba retraído.

—¿Y vos...? —dijo— ¡Ah...! Mi querido padre... Vos en tal peligro... Venid...

El cansancio, las heridas, el humo habían debilitado de tal manera al anciano que, aunque quiso, no pudo hablar palabra y cayó accidentado.

—Padre de mi alma... —y lo estrechó entre sus brazos y lo llevara sin sentido a su casa.

Apenas merced a sus cuidados y a los de Marcos volvió en sí cuando fijó la vista en Diego y le dijo, con airada voz:

—Contempla, hijo desleal, contempla tu obra, mira a tu padre espirando y gózate en tu maldad.

A estas aterradoras palabras un velo oscuro cubrió los ojos del mancebo y se dejara caer sobre un sitial trémulo y fatigado.

—Vete —siguió el viejo—, vete de aquí, que no te vea yo más.

—Pero, por Dios, amigo mío —dijo Marcos—, ese encarnizamiento.

—Que se vaya, mi muerte se acerca, que se vaya, si no queréis que me condone para una eternidad.

Halló en realidad Marcos tan desnudado a su anciano amigo, que se dio prisa a llamar al cura de la parroquia con quien tuvo una larga conferencia el enfermo de más de cuatro horas.

—Que venga Diego —dijo Lope con alterada voz—... Ven, hijo mío, la voz de la religión, las palabras de mi buen Jesús, que murió en un afrentoso suplicio y que perdonó hasta a sus encarnizados enemigos han penetrado ya en mi corazón, merced a la virtud varonil de este digno ministro del altar... Cuando se aproxima esta hora terrible... Entonces...

—¿Pues qué, querido padre, vais a morir?

—Sí... Entonces... ¡Cuán chico es el hombre y cuán débil! Porque nada hay grande sino Dios...

—Es verdad.

—La venganza, esa pasión terrible de las almas fuertes... Decid más bien esa pasión maldita, alucinó y ligó mi corazón...

—Pero, padre, no os canséis...

—Es preciso que yo hable la verdad y me queda muy poco tiempo de vida... Hoy mismo he sabido por una rara casualidad que Bartolomé no te entregó la carta en que te noticiaba la afrenta hecha a mis canas en el campamento de Conil.

—Acordaos de Dios —saltó el cura.

—Si esto es contar los hechos... Yo perdono también a Pedro Sandoval... Alucinado contra ti, quise vengarme y mandé robar a la inocente Juana; la llevaron de mi orden a una de las huertas junto a la Trinidad, para desde allí conducirla a Medina, donde yo estaba... Mi fin era que no te casases con ella... Mas yo no quería hacerle ningún daño; aquella propia noche un desconocido penetró por una ventana y se la llevó...

—¿Con que en efecto vos...?

—Sí, yo no sé de Juana, si se hallase en mi poder ahora mismo fuera tu esposa... ¡Qué placer tan grande tendría yo en unir vuestras manos! Pero Dios me castiga... Inocente criatura... ¿Quién sabe lo que por mi causa estará sufriendo...?

—¡Ah! Padre mío, cómo me atreví yo...

—Yo tuve la culpa, yo... Y debo pedirte perdón.

—¿Vos a mí? Yo sí que de rodillas os lo pido con las lágrimas del más sincero arrepentimiento.

—Todos tenemos momentos de error... Toma el ósculo de amor de tu moribundo padre.

—Que muera yo primero.

—No, Dios mío, no oigáis sus voces; yo soy solo el que debe morir; vive tu hijo de mi alma, para buscar con empeño diario a la triste víctima de la maldad de tu padre, para casarte con ella, para hacerla feliz...

—¡Ay, ojalá...!

—No maldigas mi memoria, te lo pido con fervor... Acuérdate alguna vez de mí...

—Y tanto, como siempre...

—No te acuerdas de Lope García, cuando estaba erguido, respirando venganza, atizando las discordias civiles... No, acuérdate de Lope García moribundo, que solo piensa en su Dios, que se arrepiente de haberte ofendido y que quisiera vivir un cuento de años para amarte y bendecirte diariamente.

—No os aflijáis, padre mío, podrá haceros daño para vuestras heridas...

—Las heridas de mi corazón son las que yo quiero cicatrizar, que las de mi cuerpo son incurables... Padre cura, no olvidéis nunca en vuestras oraciones a este pobre pecador.

—El arrepentido ya no es pecador...

—¡Qué placer tan puro me causan esas palabras!

—Vuestra vida, Lope García, ha sido un tejido de hechos loables y malos; el rapto de Juana Sandoval fue una acción...

—No se turbe vuestra lengua, lo sé bien, una acción vil, infame...

—Lo habéis dicho, Lope, vuestro hijo pudo cometer una maldad por vuestra causa... Al fin Dios sujetó su brazo... Pero vuestro profundo y sincero arrepentimiento borra en gran parte tan tremendo delito; continuad así y yo os prometo la bienaventuranza en nombre del cordero inmaculado, del salvador del mundo a quien place sobremanera el dolor y la sinceridad de los pecadores.

—Con que yo... Esperaré...

—Todo, todo puede esperarse de su infinita bondad.

—Acercaos a mí, mi querido amigo Marcos, contemplad este lecho de amargura, pues en él tenemos todos de acostarnos...

—Sí es verdad.

—Dichosos aquellos que no tengan su conciencia agitada como la mía... Su muerte entonces solo será un dulce sueño... El sueño de los justos.

—También vos...

—Yo espero mucho en los méritos de mi divino redentor; no en los míos... Pero mis fuerzas se van acabando...

—No os lo decía, padre mío, que iba a dañaros...

—Marcos, sed siempre el amparo, el consejero, el padre de mi Diego... Os lo pido por último favor.

—Lo seré, querido amigo.

—Y yo con tal promesa moriré mucho más tranquilo... Diego, amado Diego...

—Padre —exclamó este sollozando y bañando en lágrimas una de sus manos—... ¿Me perdonáis?

—Sí, querido hijo, con todas las venas de mi corazón... Tú también debes...

—No habléis de tal cosa.

—Ea... Amigos... Acordaos algunas veces de mí... Diego... ¿No te acercas? Un poquito más... Veo tan poco... A Dios, te bendigo mil veces... Nunca dejes el camino de la virtud... No te entregues como tu desgraciado padre a las rastreras y mezquinas pasiones... Señor, recibidme en vuestro seno... Te bendigo otra vez...

—Ya expiró —exclamó el cura, poniéndose de pie—, Dios te recompensará; si tu vida ha sido la de un hombre engreído con el poder y las riquezas, tu muerte es la de un santo, y digna por cierto de eterna envidia.

¡Religión cristiana, tales son tus prodigios! El pecho altivo de Lope, que jamás pudo ser domellado,⁹¹ que desoyó la voz de la naturaleza, de la amistad y de la razón, doblegose a los acentos aterradores del ministro del santuario y murió después de perdonar hasta a sus mismos enemigos y bendecir mil veces a su hijo que antes miraba con horror.

Capítulo 13º. El mal caballero

Desde los primeros disturbios que entre las dos poderosas casas de Medina y Arcos ocurrieron en Sevilla, cada partido tomó las iglesias y casas importantes para desde allí defenderse de sus adversarios; los templos del Dios de paz, del conciliador de todos los hombres, tornáronse en asilos de guerra, y allí donde solo debieran sonar siempre los loores del Rey de los Reyes, sonaban estrepitosos alaridos y las blasfemas palabras de soldados mercenarios y asalariados: la iglesia de san Marcos se quemó casi del todo como hemos ya dicho, y, aunque tan fatal suceso desalentó por algunos días a los partidarios del duque, aquellas treguas fueron de poca duración y comenzose a lidiar de nuevo con igual encarnizamiento que antes; cada bandería seguía atrayéndose partidarios con regalos, amenazas y ofertas; los dos rivales daban crecidos acostamientos y dones a los caballeros y escuderos que siguieran su parcialidad; no todos tuvieron la entereza de Luis de Medina, señor de la Membrilla y tesorero de la casa de la moneda, que con su humor festivo respondió a los que trataban de atraerlo a su lado:

*Tengo treinta marcos de oro
De plata ciento y cincuenta,
Con quinientos mil de renta
Y estas casas donde moro:
De señor acatamiento*

⁹¹ «Domellar» es un término en desuso equivalente a «domeñar» (Real Academia Española, 1950: 596).

*No me da ningún contento.*⁹²

Los varones pacíficos, los hombres piadosos lloraban en secreto tamaños males, pero inferiores en fuerzas cedían sus alientos a otra superior: compusieron entonces los siguientes versos en que se referían bien a las claras las cuitas y desmanes que en la ciudad se sufrían:

*Mezquina Sevilla en la sangre bañada
De los tus hijos, è tus caballeros.
¿Qué fado enemigo te tiene menguada
È borra è trasciende tus leyes è fueros?
¿Dò están aquellos de que eras mandada
En paz è justicia alcaldes severos,
Los que te hicieron de lealtad espejo
È agora fallece su seso è concejo?
¿Dò son aquellos bravos regidores
Que nunca à rico home doblaban rodilla?
¿Dò tus jurados cuerdos celadores
Que te arrebatában el mal è mancilla?
¿Por qué à tus vecinos faces tus señores
È a su ambición la gloria te humilla?
Ponces è Guzmanes en ti residían
Mas yugo a tu cuello nunca lo ponían.
Ni el duque ni el conde consienten rival
È la raíz es esta de las sus pasiones,
Que à solo oprimirte pugna cada cual
È à ver en tus torres alzar sus pendones:
¿qué olvido? ¿Qué sueño è letargo fatal
Somete tus gentes a tales baldones?
Despierta, Sevilla, è sacude el imperio
Que face a tus nobles tanto vituperio.*⁹³

Pero Sevilla no despertaba, y sufrió por muchos años el despotismo violento de sus señores; tan cierto es que el pueblo se acostumbra con facilidad a la esclavitud con tal que sepan dorarle y cubrirle de flores olorosas las pesadas cadenas.

Como tiembla el cordero a la vista del sanguinario lobo o la paloma delante del milano, así Juana Sandoval se quedó más fría que la loza de los sepulcros a la vista inesperada de Jaime; parte del velo oscuro que ocultaba su suerte se descorrió entonces ante su vista y se creyera perdida para siempre.

—Parece —dijo Jaime con sonrisa burlona—, que mi presencia no os causa mucho placer.

—Así es verdad.

—¡Hola! La franqueza alabo.

—No estoy acostumbrada a mentir.

⁹² Estos versos están nuevamente extraídos de los *Anales eclesiásticos*, donde también se atribuyen a Luis de Medina (Ortiz de Zúñiga, 1796: 44).

⁹³ Estos versos de carácter anónimo están tomados, una vez más, de los *Anales eclesiásticos* (Ortiz de Zúñiga, 1796: 43).

—Pues no tenéis para qué asustaros, que yo no me como a los niños crudos; ea, sentaos y sosegad, que pudiera con el sobresalto ajarse el brillo de vuestra tez de rosa y...

—Os suplico que no me alabéis ni poco ni mucho, sino más bien...

—Perderíais el mérito y entonces podría olvidaros vuestro galán.

—¡Mi galán! ¿Quién os ha dado facultades para hablarme así?

—La casualidad de que estáis en mi poder.

—Decid más bien mi fatal desgracia... ¡Ah! Más me valiera estar en [¿compañía?] de tigres y leones...

—¡Oh! No digáis tonterías ni ponderaciones; los tigres ni los leones no quieren para nada a las muchachas agraciadas y lindas como vos... Esas son frases de copleiros y trovadores... Los hombres son los que las necesitan, que no las fieras.

—Hablad cuanto os diere la gana, ya que por mi mal me precisa escucharos, pero antes de todo manifestadme por qué causa me han arrancado de los brazos de mi familia; sin duda por vuestras órdenes habrá sido.

—Hay de todo; he hecho como el gato astuto que saca la castaña asada del hogar por mano ajena.

—¡Cómo!

—Otros os robaron y yo me he aprovechado del hurto...

—Y con la mayor familia y doblez me habéis trasladado a este sitio que ignoro por cierto cuál sea, pero siendo vos quien aquí manda deberé creer.

—Que estáis entre gente honradísima y útil y vos poco a poco os iréis acostumbrando a sus mañas.

—Pero... Jaime... Os pido encarecidamente...

—¡Vos a mí suplicarme! ¡Vos! ¿La esposa del brioso paladín Diego García se abate tanto?

—¡Ah! Si él...

—Ni sabe ni sabrá nunca de vos...

—¿Pensáis acaso tenerme aquí siempre encerrada? ¿Qué queréis de mí?

—Nada quiero, porque no me gustáis, que si no...

—Moriría primero que ceder a un infame.

—Eso quisierais vos, que yo os amase.

—¿Amaros yo, cuando os aborrezco de muerte?

—¡Cuán mudada estaréis dentro de un año!

—Las penas me habrán consumido antes.

—¡Qué disparate! Aquí no se trata de morir ni quien tal vio... En esta casa donde solo se respira suavidad y dulzura adquiriréis costumbres plácidas y amenas.

—¡Qué lenguaje! Jaime, matadme más bien que burlaros de mí.

—Os hablo la verdad pura; dentro de un año seréis indulgente, tierna, compasiva...

Con los hombres...

—¡Yo! ¿Por qué no se abre la tierra y me traga?

—¿Queréis que Dios haga un milagro ahora sin venir al caso?

—¡Impío! Dios vela sobre la inocencia y me sacará de vuestras manos infernales.

—Yo no dudo que vele sobre vos, pero yo también velo y os he mandado traer aquí para que seáis una mujer completa, que adquiriréis maneras agradables, que os torneis, en una palabra, digna esposa de Diego García, con quien pasasteis una noche en los jardines...

—Mi pureza me libra de tan viles sospechas.

—Yo no digo chus ni mus... El lance era delicado... Los dos solos... De noche... Pero como vos sois una santa...

—Dios mío, dadme valor para sufrir tan terribles insultos... Jaime, siquiera por el amor que otros días me habéis tenido, volvedme al seno de mi madre... ¡Ah! ¡Infeliz! Quizás las penas la habrán rematado...

—No, no ha muerto, pero podrá morir, porque todos somos mortales.

—Callaré porque veo que os mofáis de las cosas más santas, de los sentimientos más puros del corazón, de todo lo bueno y loable... ¿Queréis que sea vuestra víctima? Lo seré... Estoy resignada.

—Aquí no se trata, niña mía, de víctimas ni sacrificios; se trata de placeres y nada más... Pronto perderéis ese aire simple, inocente... Que os sienta mal... Porque aquí se pierde al instante... Es un aire el que aquí se respira tan sabroso y tan dulce... Ya veréis... Quedaos con Dios, amable joven, ya sabéis que Jaime os quiere más que a las niñas de sus ojos.

El infame caballero dio entonces una estrepitosa risotada, cerró la puerta con llave y se marchó.

Solo la persona que se haya encontrado en situación igual o análoga a la de Juana podrá comprender el estado en que quedó la infeliz; encerrada en un estrecho aposento, donde con trabajo penetraba por altas rendijas la luz del sol, a merced de aquel hombre feroz que se burlaba de su inocencia con tan horrible descaro, en una casa cuyo dueño era sin duda un satélite de Jaime. ¿Qué podía esperar la [¿joven?]? Nuevos ultrajes y nada más. ¿Quién la socorrería? Dios del cielo, y él solo podía en realidad sacarla de aquel hondo abismo.

Mientras la triste se devanaba los sesos calculando en sus desgracias tan poco merecidas, entrara otra vez la muchacha que le había traído el desayuno.

—¿Parece que estáis llorosa?

—No lo he de estar...

—¿No habéis quedado contenta del caballero...? Pues no sé... Porque es generoso en demasía.

—Antes de todo, te suplico que me digas dónde estoy.

—Pues vos...

—Yo he entrado aquí forzada...

—¡Ah! Ya caigo... Por eso os han encerrado en estas habitaciones solitarias y nuestra madre encarga mucho que nadie os vea.

—¿Tienes tú acaso madre, hija mía? Yo también la tengo... Y espero que tu corazón se ablandará con mis lágrimas, y quizás...

—Es admirable lo que pasa, porque justamente aquí nadie viene forzada, pues entonces... Un severo castigo.

—[¿Pues?] yo te aseguro que más muerta que viva me trajeron aquí, y ese mal caballero que acaba de salir me persigue de muerte...

—¡Oiga! Vaya un necio... Habiendo tantas...

—Veo que tú me tomas por alguna mujer perdida y para desengañarte, ya que parece te condeules algo de mí, voy a contarte mis desgracias.

Contóselas en efecto en pocas palabras, y la muchacha, que era de buenas y piadosas entrañas, más de una vez derramó abundantes lágrimas.

—Creo, señora —respondió sollozando— que nuestra madre no sabrá tales

[Tiene aquí lugar, después de la palabra «tales», la primera gran omisión de la novela. Vemos a continuación un gran hueco en blanco que se extiende hasta finalizar el primer

cuaderno, el «tomo 2» de las *Crónicas sevillanas*. El siguiente texto que encontramos se corresponde con la portada del «tomo 3».]

TOMO 3º

Y que jamás —prosiguió Diego— vuelva a correr por las calles de esta ilustre ciudad la sangre de sus hijos, que se olviden los disturbios civiles y que solo para eterno escarmiento quede siempre el recuerdo de los bandos de Sevilla.

Cap. 18⁹⁴

[Tiene lugar otra omisión significativa justo después de esta página de portada. El siguiente texto que encontramos pertenece ya al capítulo dieciséis. Falta, por tanto, parte del capítulo trece y la totalidad del 14 y el 15. Según podemos deducir, el texto que a continuación sigue corresponde con un diálogo que tiene lugar en el mismo burdel donde Jaime Coronel había encerrado a Juana. Las prostitutas que ahí conversan deben ser personajes que fueron anteriormente presentados en los capítulos omitidos. Durante todo ese tiempo, y según los comentarios de las meretrices, la heroína parece haberse sumergido en una oscura melancolía debido a su desdichada situación.]

—Y⁹⁵ luego cada cual a su buena suerte, y nada más... Ea, sentaos y oiréis... Empiezan las ordenanzas con el encabezamiento de los señores reyes y demás preámbulos que no viene ahora al caso, y luego dicen «primeramente ordenaron y mandaron que el padre o madre de la mancebía dé a cada una de las mujeres que allí residieren una cama completa, conviene a saber; dos bancos y un zarzo, y un jergón de paja y un colchón de lana, dos sábanas, una manta y una almohada y un paramento de lienzo para delante de la cama y una silla y una vela cada noche de a dos mil por todo lo cual puede llevar y lleva veinte mil cada día y no más, y es obligado de ocho a ocho días de les dar sábanas limpias y almohadas», luego siguen las penas para los padres o madres que faltaren a este mandato; ea, que tal, falto yo acaso a él. ¿Qué dices, estudiante, pues parece que meneas la cabeza?

—Yo digo que todo eso es muy santo y muy bueno, y como decía un juglar en cierta ocasión delante de mí: «Como esas cosas dicen / los libros y no se hacen».

—¡Cómo que no, hija mía!

—Hay muchos modos de hacer las cosas, y si no, la que guste que venga y registre mi cuarto.

—Si lo verá sucio en demasía porque creo poco aficionada a agarrar la escoba en la mano, si fuera el jarro...

—Cada cuál agarra lo que quiere, y Dios sabe lo mejor... Aquí no se trata de limpieza ni ese papelote canta nada de eso; de los muebles de mi cuarto hablamos y nada más; a mi cama le falta un banco, mis sábanas son de retazos, la manta es de veinte colores y por añadidura ni el colchón ha visto la lana ni quien tal la vio. ¡Ah...! Se me olvidaba, la silla no tiene más que tres pies; si estos son muebles para una persona racional, venga Dios y véalo.

94 El fragmento citado al comienzo del tomo 3 no vuelve a aparecer en ninguno de los pasajes que figuran en el presente manuscrito; entendemos que pertenece a alguna de las partes omitidas. Desconocemos si realmente pertenece al capítulo 18 o al 19, teniendo en cuenta el mencionado error en la numeración.

95 Justo antes de la conjunción «y» encontramos la partícula «do», que debía pertenecer al final de una palabra partida cuya primera mitad desapareció con la mencionada omisión.

- Tú misma lo confiesas; no tienes bancos, sábanas, colchón y silla.
- Sí, señora, aunque todo roto.
- De roto no habla la ordenanza y yo a ella me atengo. «[¿Pues?] por precio de veinte y cinco mil cada día».
- Ea, hijas mías, ahora es la ocasión de alzar el dedo. ¿Manirrota, te falta algo de lo que oyes?
- ¿A mí?
- Sí, contigo es la conversación.
- Será muy cierto lo que decís, pero yo no tengo carne ni tocino para untarme un diente.
- No es culpa mía que seas tan tragona.
- ¿Y nos dáis diariamente tanto vino? —replicó la estudiante.
- Y bien medidos los cuartillos.
- Como me los bebo en un sorbo y apenas tengo para enjuagarme la boca...
- ¿Puedo yo remediar de que seas una cuba...?
- Unos tienen la fama y otros cardan la lana, madre Jacinta.
- No es ocasión ahora de disputas. «Otro sí, ordenaron y mandaron que si cualquiera de dichas mujeres, allende de la comida y cena, quisieren traer para comer, ave o cabrito u otra carne que ellas lo puedan traer o enviar por ello a quien quisieren y por bien tuvieren y si quisieren que el dicho padre o madre se lo traiga no les pueda llevar por se lo traer y guisarlo más de la quinta parte de lo que costare. Item, ordenaron y mandaron que los días de pescado les dé y les haya de dar seis mil de pescado o huevos con su fruta y ensalada, según está dicho y más una cocina».
- Alto ahí, madre —saltó la estudiante—, ¿y entonces, si yo lo pago, por qué no se me ha de traer todo el vino que me diere la gana?
- En primer lugar, porque no quiero que te haga daño.
- A mí lo que me hace daño es el agua.
- Y en segundo y principal porque la ordenanza manda que puedan comprar carne pero no vino, y yo a la ordenanza me atengo, y para no cansaros más leeré por último el párrafo que habla de lo que se queja la Manirrota, que dice así: «ítem ordenaron y mandaron que por cuanto son informados que las dichas mujeres por razón de dar a sus rufianes o a otras personas se empeñan y obligan a algunas deudas con dicho padre o madre, ora por empréstito o por empeño o por otra manera, que no se les pueda obligar ni obliguen ni les sean obligadas a pagar más de hasta cantidad de cinco P.». ¿Oyes, Manirrota? ¿Y querías tú que yo te prestase un escudo para luego no tener obligación de devolvérmelo?
- Como nadie tenía necesidad de saberlo y yo a Dios gracias tengo mi poquita de honra, no llegaría el caso de no pagar.
- Di lo que te parezca, mas no puedo salir de las ordenanzas; ya habéis todas visto que no falto en un ápice a ellas y espero que se acabarán de una vez tantas chirimolas y pláticas ociosas.

Capítulo 17º. La riña

Terminó así la reyerta de por la mañana, mas por la noche las cosas pasaron a mayores; desde temprano estaban dentro de la mancebía dos dignos pilares de la gente de la cáscara amarga; eran en efecto el Bizco y el Remilgado, perla y nata de los matones de Sevilla; se les puso aquel día en la bolina tener un rato de plática seguida con sus antiguas conocidas la Cariancha y la Estudiante.

—¿Cómo estamos, princesas? —dijo el Bizco, que era el más letrado de los dos.

—Siempre ariscadas y buenas —replicó la Estudiante—, y ejerciendo nuestro oficio con todo el primor que a nuestro leal saber y entender [¿tenemos?].

—Eso sí, vosotras siempre tiasas que tiasas; muda el lobo los dientes, pero no las mientes.

—Ya somos durillas para aprender otras mañas.

—Lo propio nos acontece a nosotros, hijas mías.

—Siempre has sido un gallofero de los buenos y tu costilla te coge todo el cuerpo.

—A ellas nos andamos, y unos tienen la fama y otros escardan la lana; señores, conozco yo y de los más emperifollados que por vida mía ni tienen un escudo ni saben ganarlo... Y son unos tontos porque, como dijo el otro, «barbas ponen mesa que no piernas tiasas»...⁹⁶ ¿No tienes un buhecito, Cariancha, con que humedecer las fauces de este pobre pecador?

—Veremos si la madre quiere...

—Eh... Por falta de dinero no se deje... A ver... Uno, dos, tres... Hasta cuatro mil tengo yo... Registro la bolsa, Remilgado.

—Aquí está, pero más escurrida y seca que mis tripas.

—No se hace por dineros, caballeros, que dineros tengo a Dios gracias —respondió la Cariancha—, sino que la madre...

—La madre no se negará a lo que fuere razón.

Traieron en efecto cuatro cuartillos de vino, que en un decir Jesús despacharon, y al querer volver por más no lo permitió la tía Jacinta.

—Por las ánimas del purgatorio —siguió el Bizco—, que no me ha pasado otra en los años que tengo. ¿Tasarme a mí el vino? ¿Al Bizco? ¿Yo beber solo un cuartillo, cuando tengo hecho juramento de jamás levantarme de la mesa hasta apurar siete por lo menos?

—Esta mañana se lo dije a la madre —siguió la estudiante—, que esto de matar a la gente de sed ya pasa de la raya.

—Por vida mía, que si no me traen más vino ha de haber la de vámonos.

—Poco hablar y más trabajar —saltó el Remilgado—, ahora mismo voy a ver a la madre Jacinta y que no ande conmigo con agachadizas ni añagazas, porque lo mismo me da a mí agarrarla por los cabellos si los tiene, y patearla, que beberme un cántaro de moscatel.

—Pues vamos allá todos, compadre, y veremos si la maldita vieja se resiste a nuestras suaves pláticas.

Con espantosa vocería acometieron en efecto a la madre Jacinta con tales denuestos y palabrotas que la pobre mujer no tuvo más amparo para no morir ahogada entre sus manos que poner pies en polvorosa por aquellas calles de Dios.

—La victoria es nuestra —gritó el Bizco—, pues que los enemigos huyen, ea, muchachas, aprovechemos la ocasión y a sacar las tripas de mal año.

No se hicieron de rogar las tales hembras, y en coro acometieron a la despensa que en razón de no estar descamisada la madre, hallábase bastante provista; algunas de las más prudentes cargaron con luengos trozos de jamón y tocino y los ocultaron en sus aposentos, pero las más atolondradas formaron corro en la misma despensa y allí rodaban por el suelo los jarros de vino, el pan, el pernil y las aceitunas: primero comieron mucho y callaron, luego por el contrario nadie comía y todo era bulla, cantares y danzas: como las cosas en este mundo tienen su término, acudió a las dos o tres horas una califa de alguaciles y corchetes precedidos por la madre Jacinta que venía jadeando y a todo correr, pues calculaba piadosamente lo que estaba sucediendo; no se dieron mucha prisa los

⁹⁶ Se trata de un refrán «que recomienda el trabajo y la aplicación para adquirir lo necesario» (Real Academia Española, r823: r30).

recién venidos en calmar la pendencia, pues también tomaron parte en la comilona con gran pesar de la madre que veía concluirse las municiones de boca que para un par de meses tenía acopiadas.

—Esto no ha sido nada, caballeros —decía el Bizco—, una humorada y no más... Ea, empinad un trago... Vaya, madre Jacinta, pelillos a la mar... Otro sorbito... Las muchachas están siempre encerradas y esto ha sido un rato de holgorio.

—No está mal holgorio robarme y aún quererme asesinar.

—Un momento de broma, de bullanga amistosa y no más... ¿Quién temía de querer dañar a la venerable madre Jacinta? Yo he corrido todas las mancebías de España y ninguna se ve mejor arreglada que esta.

—Menos borlas y más limosnas, amigo Bizco.

—Así Dios no me salve si no digo la verdad.

Mientras estos coloquios, los alguaciles bebían a mansalva, la madre se desesperaba y las mujeres reían y cantaban de lo bueno.

Una de ellas faltaba allí y era Leonor, que desde el anochecer estaba en razonable plática con un quídam algo estrafalario con sus visos de soldado y matachín; apenas comenzara la bulla mi hombre, que al parecer era prudente y mesurado, se puso de veinte colores y le dijo a la muchacha que si acudía la justicia, como era de pensar, no le haría maldita de Dios la gracia.

—¿Pero y vos...?

—Calla, niña. ¿Quién hay seguro de malas lenguas?

—Mas quien tiene su arroyo limpio, nada teme.

—Lo mismo digo yo, pero le tengo tanto respeto y veneración a la justicia que me gusta verla desde muy lejos... Allá muy lejos, como veinte leguas de mí... Parece que suena más ruido, veamos... Ya están los corchetes a la puerta... Escóndeme por la virgen...

—Pero...

—Nada me digas, porque... Vaya, cada cual se entiende y más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.

—Venid conmigo.

—Llevadme a cualquier oscuro agujero mientras pasa el chubasco.

Leonor, riéndose del miedo de su cuyo, lo llevara a la parte de la mancebía donde estuviera Juana encerrada.

—¿Parece que miráis con mucha atención estos corredores? —le dijo Leonor después que se sentó en el rincón de uno de ellos.

—En efecto, y allí hay una sala.

—Verdad es. ¡Hola! ¿Habéis estado en este lugar?

—Una noche... Todavía me acuerdo bastante... Traje yo aquí una señora...

—¡Oiga! —replicó Leonor haciéndose la desentendida, pero poniendo suma atención.

—Linda era si las hay.

—¡Vaya una ambición! ¿No os bastaban las muchas que hay aquí dentro?

—Si no es eso tontuela.

—Pues si no habláis más claro no os entiendo.

—¡Voló ya el pájaro de jaula! Me lo temo y por eso ando siempre a sombra de tejado, porque en un quitame allá esas pajas pueden echarme el guante, y no me ha de valer entonces hacer la de [¿Dios?] ni decir «tío, yo no he sido».

—Allí en aquella sala hay una mujer loca...

—¡Loca! Tanto mejor... ¿Sale algunas veces de paseo?

—No, señor, siempre encerrada, sin ver a nadie...

—Bueno... Parece que la zambra va sosegando.

- Sí, ya está del todo concluida; qué hacemos aquí, vamos a nuestro cuarto.
- Mejor será, pero esta noche, si me lo permites, soy tu huésped, pues lo que es salir a la calle...
- No saldréis, que cena no faltará.
- ¿En habiendo comida quién dijo miedo...? Tierna está la rosquilla... ¿Y vino tienes?
- Sí señor.
- Venga... Vaya, no parece muy malo...
- Bebiose en efecto como un cuartillo nuestro hombre, sus ojos se encandilaron y se tornó más parlanchín.
- Me alegro saber —dijo Leonor— que habéis estado otras veces en la mancebía, pero yo en verdad que esta es la primera vez que os columbro... Ya... Como veníais acompañado con la tal señora...
- La señora aquella no es mujer de tu clase, el tenerla aquí era solo castigo... Y bastante castigada ha sido con perder el seso.
- Yo le llevo la comida y con verdad que podrá ser señora muy fina...
- Y tanto como lo es.
- Y de elevada alcurnia...
- Ya ves tú; ¡se llama Juana Sandoval! Mira si no es de la primera tijera en nobleza.
- Pero ella se conoce que ha vivido entre gentes de mala vida.
- ¿De mala vida? Lince eres en conocer a las personas...
- Sus maneras tan desenvueltas, libres... Es por supuesto casada.
- Lo iba a ser, pero en Santa Catalina se descompuso una noche la boda. ¡Valiente bulla se armó...! Yo estaba en acecho detrás de la puerta, porque aquella primera jornada no la hacíamos nosotros, sino el padre del novio.
- Pues, según le he oído decir en sus pláticas cuando se halla algo más acorde, su novio no tenía padre.
- En eso se conoce que no está en su juicio... ¿Con que no se acuerda que su novio Diego García tenía por padre a Lope García y por señas que no hace mucho murió el pobre señor...? Dios lo haya perdonado, pero era más duro de genio y más huraño... Una mosca que se le posase encima le pesaba... A cada puerco le llega su San Martín.
- Es verdad, todos tenemos de morirnos cuando nos llegue la hora.
- Murió como te digo después de haber pedido perdón a su hijo; al menos tal es el runrún que entonces corriera por la ciudad.
- Y nada tiene de extraño; tendría en su cabecera a la hora postrimera hombres piadosos que le aconsejarían lo bueno.
- Con tener a su huésped Marcos Sánchez le bastaría.
- Ese Marcos Sánchez —siguió Leonor, aparentando siempre la mayor sencillez en sus preguntas— es uno medio beato que vive allá en la puerta de la Barqueta.
- No, simple, que donde tiene su casa es en San Marcos... Los ojos se me pegan, muchacha, y tengo muchísimo sueño.
- Pues acostaos, que yo voy a ver en qué estado se halla la casa y a traer otro buchecito de vino para cuando despertéis por la mañana.
- Bien pensado, hija mía.
- Salió Leonor, tomó su toca y cerró la puerta de su vivienda con llave.
- Bendito sea Dios todopoderoso —dijo en voz baja— que al fin la maldad se descubre... ¡Qué feliz casualidad! Con que el hombre que trajo a la fuerza a esa pobre señora... La novia de Santa Catalina... Mentecata que he sido. ¿Cómo no he caído antes...? ¡Quién imaginara...! Al fin lo tenemos encerrado... La puerta de la calle está abierta merced a la bullanga... Sin ella no hubiera sabido jamás... Busquemos corriendo al Diego García...

Que vive sin duda con Marcos Sánchez... A esta hora... Y si se entera la madre y sacan de aquí a la infeliz... Siempre es hora de hacer una obra buena... La noche en verdad está oscura como boca de lobo... ¿Y qué le puede acontecer de malo a una desgraciada que vive en la mancebía? ¡Cuándo querrá Dios que deje tan perversa casa!

Saliera Leonor sin ser sentida; la urgencia del caso le daba alas en sus pies y así a pesar de que había mucho que andar, en pocos minutos estaba llamando a la puerta de Marcos Sánchez.

—¿Quién aporrea la puerta con tal barahúnda? —dijo el criado Bartolomé al cabo de media hora.

—Abrid una ventana y oídme.

—Eso será si yo quiero, no tengo más amo que me mande sino uno, y ese a Dios gracias está ahora durmiendo.

—Oídme, por Dios.

—¡Hola! Voz atiplada... Mujer a estas horas por las calles, no puede ser cosa buena.

—Pero por Dios...

—Mienta a Dios, entonces no es el diablo en figura de hembra que será de carne y hueso como yo.

—¿No me oís?

—Escucho, señora, escucho.

—Tengo precisión de hablar ahora mismo a vuestro amor.

—A mi señor le gustan mucho las damas, pero está durmiendo y por ningún oro del mundo me atrevería yo a despertarlo.

—Es cosa que le interesa sobremanera.

—Decídmelo a mí, que somos uña y carne y sé todos sus secretos.

—Bueno fuera que un asunto reservado lo contase a voces.

—Pues yo no abro si me matan.

—Cuidado que, como vuestro amo sepa que no queréis despertarlo, os va matar.

—¿A mí amenazas? ¿A mí? ¿Soy yo hombre que me asustan amenazas?

—Ea, retírate, bribona, pronto...

—Por María Santísima —exclamó Leonor alzando la voz—, no me neguéis el favor que os pido... La vida de vuestro amo se interesa...

—¿Qué de ardidés usáis vosotras las [¿prostitutas?] para engañar? ¡Pero a mí! Echadme a mí guindas que a fe que sé tragarlas.

—¿Qué bulla es esa, Bartolomé?

—Nada, señor, aquí una... Que Dios nos libre de ella... Pero, aunque soy un mogrollo, no me chupo el dedo ni me hacen la manola.

—Por amor de Dios, Diego García, mande abrir vuesa merced la puerta.

—Abre corriendo, bribón.

—Pero, señor...

—No ves que es una mujer.

—Es que hay muchas clases de mujeres en el mundo; mujer era la hechicera que el otro día [¿prendieron?] en la plaza de san Francisco...

—No seas picotero; abre al instante.

—Al fin esa zarrapallona se habrá de salir con la suya.

—Diego García —dijo Leonor apenas entera—: ¿la dama que era ya vuestra esposa y os robaron en santa Catalina no se llamaba Juana Sandoval?

—Sí, pero a que esos tristes recuerdos... Acaso... Dios mío... Podré lograr...

—Venid conmigo y la veréis.

—¿Que yo veré a mi Juana? ¿Yo a mi querida Juana?

—Sí, señor, seguidme.

—Espera que me vista, la ropa pronto, Bartolomé, arrima los zapatos, el jubón, anda vivo. ¿Pero cómo has descubierto...? Tú no eres una mujer para mí, eres un ángel; mi vida, mi hacienda, todo es tuyo... ¡Y este salvaje no quería abrirte la puerta!

—¿Y quién había de pensar que una persona de tan malas trazas traería tan importante nueva?

—La espada... El sombrero... Vamos andando... ¡Hallar a mi Juana...!

—Pero, señor, debo advertir a vuesamerced que no conviene que este criado venga con nosotros, ni se entere de nada...

En pocas palabras contó Leonor al caballero lo que había ocurrido, el lugar donde estaba su amante y el estado de trastorno de su cerebro, entonces despertó a Marcos y salieron los dos detrás de Leonor.

Ya estaban cerradas las puertas de la mancebía, pues era más de media noche, pero la muchacha por una ventana alta sin reja introdujo a los dos caballeros y luego le dieron la mano y la subieron a ella también, no sin gran peligro y trabajo.

—Antes de todo —dijo Marcos— vamos a conocer al bribón y que nos cuente lo que pasa.

—Decís bien, con eso no sabremos el nombre del implacable enemigo que tan crudamente a mi inocente esposa

[Tiene aquí lugar, de nuevo, otra omisión extensa. Desconocemos a qué capítulo pertenece el siguiente texto, pero la siguiente escena que vemos nos muestra una reyerta encarnizada entre el bando del duque de Medina y el de Ponce de León, por lo que deducimos que las tensiones entre ellos dos se han recrudecido en el texto que falta. Mientras tanto, Diego parece haber persistido en un objetivo claro: buscar a Jaime Coronel para vengarse de él. Con este se encontrará, precisamente, en el texto que sigue.]

Que de la vida de tantos hombres iba a decidir.

—Parad, insensatos...

Esta voz sonó en las filas de los dos ejércitos y las alzadas chuchillas abajáronse hacia el suelo: volvieron la vista hacia el lado de la ciudad y vieron allegarse a ellos al prior del convento, vecino de San Agustín, que con sus religiosos llevaba en solemne procesión al Santísimo Sacramento; las insignias militares se postraron a la vista del Dios del universo, y los guerreros doblaron la rodilla y la cerviz ante el que todo lo puede.

—Parad, insensatos —volvió a repetir el prior con una voz estentórea—. ¿Qué espíritu infernal os alucina para que os matéis unos contra otros? ¿Todos hijos, todos hermanos, y dirigís las armas homicidas contra vosotros mismos? ¡Ah! Cesen ya para siempre esas desavenencias escandalosas motivadas solo por un orgullo mundano... En nombre de Dios que tengo en mis manos os lo pido, duque de Medina, marqués de Cádiz, ¡ay de vosotros y de vuestras almas si no deponéis tanto encono y rencor a la vista del cordero inmaculado que pudiendo mostrarse como el león poderoso de Judá⁹⁷ y abrumar con los rayos de la divina justicia a los pecadores prefirió por salvarlos tornarse paloma sin hiel y perecer en el santo madero de la cruz!

Un murmullo sordo de aprobación comenzara a reinar en la asamblea.

⁹⁷ Está aludiendo al león como símbolo de la tribu de Judá, según queda reflejado en el Génesis (49: 9).

—Sí, hijos míos, conozco bien que vuestras almas van a abrirse a dulces sentimientos de caridad, de benevolencia; ea, cada cual se retire a sus tiendas y enseguida a sus lugares, y yo en recompensa prometo a los obedientes y sumisos a los preceptos de la caridad evangélica el reino del cielo que deseo a todos los hermanos míos.

A paso lento tornose otra vez la procesión a Sevilla; los guerreros parecían abochornados de su necio furor; los caudillos, aunque no tan contritos como sus soldados, conocieron bien que no era ocasión de menear la mano y se retiraron a su respectivo campamento.

Era ya la media noche, un hondo silencio se notaba por doquier; Diego ocupó el día en inquirir cuidadosamente cuál era la tienda de Jaime; armado de punta en blanco, dirigióse con serenos pasos hacia ella y tuvo la suerte de penetrar sin ser sentido.

—Aquí me tenéis ya, Jaime Coronel; hace muchos días que deseaba hablaros cara a cara; ya llegó la hora.

—¡Cómo! Diego García, ¿queréis asesinarme?

—Nada se perdería en matar a un vil como vos, así como se estruja en medo de un bosque a la sierpe ponzoñosa que se encuentra.

—Ese lenguaje...

—A un lado el disimulo, sé quién sois, lo que habéis hecho y lo que puede expresarse de vos... Ea, armaos y seguidme.

—Yo... En verdad... Mejor fuera mañana...

—Diré que sois un mal caballero si ahora mismo no lidiáis conmigo.

—Lugar hay siempre...

—Hablemos, poco y más cuando no es necesario; o venís conmigo, o morís aquí a mis manos.

Azorado en extremo, siguió Jaime a su terrible adversario encomendándose de todo corazón a Dios para que de tan apurado lance lo sacara; llegaron a un rincón separado de los dos campos, y allí acometióle García con la furia de la desesperación; Jaime se defendiera débilmente y a un golpe del hijo de Lope la espada saltó de su mano.

—Levantadla y seguid.

—Yo... Por Dios...

—Cobarde. ¿Con que me pides perdón? Pídeselo a Dios, a quien tanto has ofendido, y a la infeliz Juana, a quien querías perder para siempre.

—Pero... No me matéis.

—¿Tienes miedo a la muerte, hombre vil...? ¿Me juras irte para siempre de Sevilla...?

—Yo juraré cuanto os diere la gana con tal de salvar la vida.

—Pues bien, dame palabra...

—Los viles, los malvados, no son dignos de vivir —dijo acercándose con rapidez un hombre alto con la espada en la mano; mira, y se alzó la visera del yelmo—. Aquí está Pedro Sandoval, si García es tan benigno, yo no; te busco hace días y huyes de mí, cobarde, bien sabes que te conozco; por mi desgracia te he tenido por amigo... Y me llevabas por la senda de la maldad... Defiéndete o muere.

—Sandoval, yo no puedo...

—Toma, infame —y le atravesó la espada por el corazón.

—¿Qué habéis hecho...?

—Matar a un monstruo... Por eso después de mi convalecencia me he quedado en la ciudad hasta librar a

amigo Jaime. Aunque Pedro siempre había mostrado indiferencia hacia su hermana, es muy probable que la prostitución de esta le hiciera replantearse sus prioridades morales. En cualquier caso, el siguiente fragmento se corresponde con el que parece ser el final de la novela. Todos los conflictos parecen haberse solucionado en este último texto omitido. Hay paz entre los bandos de Sevilla, mientras que Juana, que ya está a salvo, ha vuelto a reunirse con su familia y con Diego.]

—Diego.

—Sí, Diego García... ¿Y dónde estoy...? ¿No tenía yo puesto un vestido blanco...? ¿Y unas flores en la cabeza?

—Sí, Juana... Aquella noche...

—¿No oyes los alaridos de la maldad? Me llevan... ¡Ay, Dios mío! Y aquel perro maldito ladraba con un ahínco... ¡Qué casa tan triste y solitaria...! ¿Y Leonor?

—Aquí estoy yo, señora.

—A ese hombre, que se vaya y que venga mi esposo... Si yo no quiero a nadie más que a mi esposo.

—Vamos —siguió Marcos—, no la fatiguemos; ya ha empezado a raciocinar, el tiempo hará lo demás.

—Dejad, por Dios, que otro rato.

—No, Diego, andad; sería perder por vuestra impaciencia lo adelantado... Ahora ya es ocasión de entrar a su madre y tía... Su presencia acabará de restablecerla.

Al fin la desdichada Beatriz abrazó a su hija, que poco a poco fue conociéndola y cada día adelantaba más en su curación; dispuso entonces Matilde reedificar de nuevo su casa, pues ya los antiguos partidarios del marqués comenzaban a vivir con sosiego en la ciudad; pronto los albañiles y carpinteros la pusieron corriente y a los dos meses pasó a vivir a ella la opulenta tía de Juana.

Restablecida ya esta del todo, tratose de acabar la principiada boda, pero entonces no se quiso hacer de noche, sino de día, porque, aunque nada tenían que temer, con todo les asustaba a la madre y a la hija la memoria de la terrible noche del rapto.

Concluidas las ceremonias eclesiásticas dijo el cura en alta voz:

—Hoy justamente hace un año que se principió este casamiento interrumpido como sabéis de un modo tan intempestivo y violento; inútiles fueron mis palabras, el templo del señor se violó, el faraute de tal crimen murió arrepentido completamente y Dios sin duda condolido de su profundo dolor lo habrá recibido en su seno. ¡Cuánto ha padecido en ese tiempo esta triste doncella; todos hemos padecido también: varias veces doblé mis rodillas ante los altares del poderoso Dios pidiendo que la salvase del peligro y la restituyese al seno de su familia...! Nuestros votos ardientes han sido cumplidos, porque el señor es padre de inmensas misericordias... Ahora, hijos míos, que acabáis de recibir tan venerado sacramento, amaos siempre mucho, reverenciad al Señor de todo corazón y acordaos.